

Álvaro Cunqueiro



Un hombre que se parecía a Orestes

Premio Eugenio Nadal
1968



Lectulandia

Un hombre que se parecía a Orestes (Premio Nadal 1968) recrea de una forma totalmente libre el mito clásico.

La acción se paraliza después del asesinato de Agamenón, sin que la esperada venganza llegue a cumplirse. Orestes sabe que debe perpetrarla; pero el tiempo pasa y no ocurre nada. Y así resulta que los personajes del mito ya no funcionan en claves de fatalidad y trascendencia sino en los regocijos y amarguras de la vida cotidiana. Orestes ya no es el joven atleta admirado por Electra, sino un hombre muy hecho que viaja de incógnito. Y en todas las aldeas una muchacha le sonrío y le hace pensar más en la vida que en la muerte. La acción transcurre en una época indefinible en la que lo más antiguo coexiste con lo más reciente en una proximidad que sólo el sueño hace verosímil. Un hombre con dos cabezas, un caballo de madera que fecunda la yegua del abad, un patético Egisto que, obsesionado por la llegada del vengador, se finge caballero andante en busca de aventuras sin lograr por ello superar sus temores.

Todo esto lo presenta Cunqueiro sin prisa, con un cierto regodeo en la frase, con frecuentes toques de humor y abundantes digresiones, dejando siempre suelta su inagotable y gozosa fantasía.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

Un hombre que se parecía a Orestes

ePub r1.0

Artifex 05.05.14

Título original: *Un hombre que se parecía a Orestes*

Álvaro Cunqueiro, 1969

Diseño de cubierta: Destino

Editor digital: Artifex

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EL OFICIAL DE FORASTEROS se puso el sombrero de copa, adornado con las dos hebillas de plata, y requirió el paraguas, pero al llegar ante la puerta de su despacho vaciló, y finalmente volvió el paraguas al paragüero y colgó el sombrero en la percha, una amplia cuerna de ciervo sobre el cofre de los legajos. Se sentó ante su mesa, en el sillón giratorio, y de un bolsillo del chaleco sacó el reloj. Abrió la tapa posterior, y extrajo un papelillo doblado, que posó encima del vade verde.

—¡Hace diez años que no recibo un parte sobre este asunto! —comentó mientras guardaba el reloj. Y se sorprendió a sí mismo de haber hablado en voz alta.

Pero el asunto era el asunto. Se repantigó en el sillón, cruzó las manos tras la cabeza, y con la mirada fija en el papelillo doblado recordó todas sus intervenciones en aquel caso.

El oficial de Forasteros tenía un tío en las postas reales, llamado señor Eustaquio, al cual correspondía el revisado de mojones de legua, que estaba ordenado que siempre tuviesen la numeración clara: «A Tebas, doce leguas». Y por amor, de su oficio, y porque tenía fina letra de lápida a la manera antigua, él mismo pintaba los mojones, y añadía debajo del numeral una seña, poniendo aquí una liebre y allá una paloma, un lobo o un san Jorge, y así las leguas eran llamadas por los viajeros por estas señas, la legua de la liebre, la legua de la paloma, etc. Lo supo el rey Egisto y le gustó la cosa, y quiso conocer al tal señor Eustaquio, el cual era un hombre pequeñito y obsequioso, el pelo muy blanco, miope declarado, algo picado de viruelas y chato, siempre calzado con bota enteriza y excusándose por estar afónico, lo que le obligaba a chupar hojas de menta. Eustaquio hizo delante de Egisto una muestra de letras y señas en una pizarra, y el rey mandó que desde aquel punto y hora solamente el señor Eustaquio pondría el título en los papeles reales. Con lo cual Eustaquio pasó a ser el hombre de los secretos regios, y tuvo derecho a dormitorio con retrete en el palacio. Eusebio, el oficial de Forasteros, recordaba las visitas del tío Eustaquio a su casa, que salían todos a la puerta a recibirlo, y su madre, la hermana de Eustaquio, quemaba papeles de olor y hervía vino con miel.

Eusebio tomó la costumbre de acompañar al señor Eustaquio, después de la visita, hasta la puerta de palacio, y el tío posaba la mano derecha sobre el hombro del sobrino durante todo el tiempo que duraba la caminata, y le agradecía con medio real la compañía. Un día el padre de Eusebio le dijo a este que había llegado la hora de pedirle un empleo al tío Eustaquio.

—La prisa es, hijo mío, porque vas creciendo y tienes ya la talla del tío Eustaquio, y aunque todavía le gusta subir hasta palacio con la mano derecha apoyada en tu hombro, ya con tus medras no va cómodo. Como sigas creciendo así y no pueda llegar fácil a tu hombro con su mano, aborrecerá este paseo que ahora le

parece de gracioso respeto, y te aborrecerá a ti también. ¡Estos pequeños cuidan muy mucho la presentación!

Se le pidió al señor Eustaquio el empleo para el sobrino Eusebio, y el hombre de palacio estudió en qué podría servirle el sobrino, y cayó en la cuenta de que en los lazos de cintas para atar los legajos, lo que sería novedad para el rey, llevarle cada mañana un legajo con lazo de pompón, otro con lazo de flor, y los de pena de muerte con el nudo catalino de la horca, que es de cuatro cabos, según la moda inglesa. Y así entró Eusebio en los Consejos y Archivos, después de pasar un mes en la casa de una modista de niñas difuntas aprendiendo lazadas, iniciando de este modo la carrera administrativa que había de llevarle a aquel sillón giratorio de oficial del Registro Obligado de Forasteros.

De los lazos, que se los pasó en ocasión oportuna a su hermano Sirio, ascendió a lector de partes en la cámara regia, y por lo bien que pronunciaba los nombres extranjeros lo puso Egisto el primero en la sucesión para la Oficina de Forasteros. Y fue estando de lector cuando, por vez primera, tuvo noticia del asunto. Del asunto Orestes. Había leído el parte detallado de la navegación y arriba de una nave con pasas de Corinto y lana continental, y anunció el siguiente, según costumbre:

—Pliego lacrado, en los sellos una serpiente que se anilla en un ciervo. Salto los sellos, despliego y leo.

—¡Todavía no! —exclamó el rey levantándose del diván en el que, recostado, atendía a la lectura. ¡Espera!

El rey era de mediana estatura, y pasaba el tiempo alisando el espeso bigote rubio con los dedos pulgar y anular de la mano derecha. Era muy inquieto de mirada, tanto que los que estaban largo rato con él llegaban a creer que sus ojos, de un celeste frío, salían de su rostro y se movían por la cámara regia escrutadores. Tenía la boca grande, las orejas en abanico, el cuello ancho y las manos gruesas y cortas. El conjunto era de la solidez del roble.

—¡Espera!

En la frente del rey habían aparecido unas gotas de sudor. Egisto recobró la espada de ancha hoja que había dejado en un cojín, se acercó a la puerta, apoyó la espalda en ella, y con voz ronca que quería aparentar tranquila, ordenó:

—¡Lee!

Y Eusebio leyó:

—El hombre que hace un año compró una espuela en la feria de Nápoles, se parecía a Orestes.

El rey levantó la espada, la hizo girar en el aire, y volvió a sentarse en el diván. Tenía la espada en las rodillas y repasaba el doble filo con el meñique.

—Tienes que aprender todo lo que se sepa acerca de espuelas, y especialmente de las espuelas de Nápoles. Yo tuve una, de las que llaman de cresta de gallo.

Eusebio aprendió todo lo que se sabía de espuelas, leyó tratados, recibió estampas con toda la variedad de ruedas. Lo sabía todo de espuelas. Cuando un forastero entraba a registrarse, Eusebio miraba si gastaba espuela.

—¡Andaluz! —afirmaba, sonriendo.

Y no fallaba. Y ahora, al cabo de tantos años, cuando ya todos habían olvidado el nombre nefasto, este aviso. Sería un falso Orestes, como los otros. Hubo varios. Aquel que le murió el caballo a la puerta del mesón de la Luna. Era muy mozo. En el tormento dijo llamarse Andrés y estar huido de su madrastra, que lo requería de amores en los plenilunios. En una vuelta en el tormento, de las que llaman de respunte, que es la segunda de la cuestión del torcedor, se le llenaron los ojos de sangre, dio un grito y expiró. Una semana después apareció la madrastra preguntando por él. Era rubia, muy hermosa, con un gran escote. La encontraron unas lecheras que venían de alba a la ciudad, ahorcada en el olivar del Obispo. Salió un romance con el caso. Dos años después, aquel otro, el de la mancha en el hombro izquierdo en forma de león. Lo denunció una de las pupilas de la Malena, una tal Teodora, muy bonita morena, que después se salió sostenida y paró en las Arrepentidas y más tarde puso una frutería. Este aguantó en el potro y en el chorro. Decía que era celta, y que andaba por voto vagabundo. Nunca había oído hablar de Orestes. Pero, ¿cómo dejarlo libre? ¿No sabía ahora quién era Orestes? Sí, lo sabía todo de Orestes, y a lo mejor, suelto y por vengarse, se hacía Orestes, el pensamiento y la espada de Orestes, la sed de Orestes, consideró Egisto. Por seis monedas un soldado le puso la zancadilla y lo hizo caer por las escaleras de la torre.

—¡Qué casualidad! —dijo el capellán, que le había tomado afición.

Se abrió la cabeza contra una cureña, y quedó parte de su sesada mismo encima del escudo real que decoraba el cañón. Hubo otro, vendedor de alfombras, que quedó por loco en perpetua con grillos, y otro que quiso escapar y acabaron con él los alanos del rey cuando ya estaba en el postigo del patio. Y al cabo de los años, este aviso. «Serpiente anillando un ciervo en la ciudad». ¿Todavía Orestes? Pero, ¿lo habría habido alguna vez aquel Orestes?

Eusebio abrió el cajón de su mesa, para lo cual necesitó tres llaves diferentes, y sacó de él una libreta con tapas de hule amarillo. Allí estaba, resumido, el asunto Orestes. Sí. Un hombre en la flor de la edad llegaba, por escondidos caminos, a la ciudad. Traía la muerte en la imaginación, que es esta cosechar antes de sembrar, y tantas veces en el soñar había visto los cadáveres en el suelo, en el charco de su propia sangre, que ya nada podría detenerlo. En el pensamiento de Orestes, la espada tendría la naturaleza del rayo. La inmunda pareja real yacía ante él. Durante años y años, Orestes avanzó paso a paso, al abrigo de las paredes de los huertos, o a través de los bosques. El oído del rey era el amo del rey. Egisto escuchaba el viento en el olivar, los ratones en el desván, los pasos de hierro de los centinelas, la lechuza en el

campanario, las voces y las risas en la plaza, a medianoche. ¿Orestes? A su lado, arrodillada en frío mármol, su mujer se echaba el largo y negro cabello sobre el rostro. Y sollozaba. Eusebio se rascaba el mentón, hojeaba la libreta.

—Supongamos que llega Orestes. Lo prendemos y a la horca. Supongamos que no lo podemos prender y que entra, sigiloso, en palacio. ¿A quién va a matar? ¿A aquellos dos viejos locos, escondidos en su cámara secreta, vestidos de harapos, que nadie conoce ya, cuyos nombres olvidaron las gentes, huesos cubiertos de marchita piel, corazones que laten porque el miedo no les deja detenerse? Los niños de la ciudad creían que Orestes era un lobo. La verdad es que ya nadie nombra a Orestes salvo el mendigo Tadeo, el del mirlo. ¿No sería hora de acabar con aquel asunto? Ni se sabía si Orestes era rubio o moreno. Alguien inventó que un tal Orestes venía a vengar a su padre, asesinado por Egisto, que se había metido en la cama de su madre, y entonces comenzó la vigilancia, se alquilaron espías, se mandaron escuchas, se pusieron trampas en las encrucijadas, se consultaron oráculos. ¿Cuántos años no duraba aquello? ¿Quién seguía dirigiendo aquella búsqueda secreta? Lo más probable es que Orestes, de tanto andar en barco, hubiera naufragado, o se hubiese casado en una isla y ahora fuese dueño de una parada, pues salía en los textos como domador de caballos. Y si sabía disfrazarse tan bien como suponía Egisto, sería comediante en Venecia o en París. Pero Eusebio había jurado su cargo. Tenía que registrar a todos los forasteros que llegaban a la ciudad y descubrir si alguno de ellos era el secreto Orestes. Recordaba Eusebio que hacía años que había hablado del asunto Orestes con un capitán de la caballería, un tal Dimas, muerto de una pedrada en la revuelta del año sin trigo.

—Eusebio —le dijo el capitán—, me temo que mientras vivas siempre tendrás entre manos el asunto Orestes. Y ellos, los reyes, no podrán morir si no viene Orestes. El pueblo estará ese día como en el teatro. Quizá solamente falte el miedo. Habría que hacer algo de propaganda secreta, para que viniese a batir las puertas, como un viento loco. ¡Yo apuesto por Orestes! Y tras asegurarse de que estaban solos en el campo, levantando la voz y llevando la diestra mano a la visera del casco emplumado, añadió solemne:

—¡Siempre hay que estar en el partido de los héroes mozos que surgen de las tinieblas con el relámpago de la venganza en la mirada!

—¡Coño, eso parece de la tragedia! —había comentado Eusebio. Pero él cobraba por descubrir a Orestes, y debía registrar al forastero que le señalaban en el aviso.

YO NACÍ —dijo el mendigo Tadeo— de un padre loco, al que le daba por salir a la calle a enseñar gimnasia helénica a los perros, y se hacía entender de ellos por voces extrañas y ladridos imitados, tal que los perros le seguían y los más terminaban dando las vueltas que él mandaba, y poniéndose en dos patas. Finalmente dijo que iba a lograr un perro volador, y eligió el foxterrier de la viuda de un solador de zuecos, a la cual prometía —estando los tres, padre, perro y viuda envueltos en una misma manta, que la viuda era muy friolera en sus septiembres— sacos de dinero si el perro volaba desde las más altas torres a su regazo, haciendo ochos en el aire. El foxterrier, que se llamaba Pepe, no pasó de la primera prueba, que era volar desde el campanario menor de la basílica a la plaza. Saltó y cayó como bola de plomo, destripándose. La viuda lloraba, pero los entendidos alabaron la voz de mando de mi padre, que obligó al foxterrier al salto. Mi padre era de la ciudad, pero mi madre vino de afuera, en un velero del lino. Te digo que era muy hermosa, con su pelo rubio y sus ojos azules, siempre sentada en el patio, los pies descalzos al sol, posados en flor de genciana. Nunca se supo el porqué de haberse quedado en tierra cuando zarpó el velero, pero la tomaba las más de las noches una pesadilla que la despertaba, y entonces corría hacia la ventana, gritando que se tiraba al mar y que no quería volver. Mi padre la acariciaba, le ponía paños calientes en la nuca, y le hacía beber una copa de anisete. Se llamaba Laura, y aseguraba no recordar nada de su familia, salvo de una tía que calcetaba medias dobles de invierno para el rey de su ciudad, uno de los que fueron a Troya, y allí lo favoreció la lepra, tal que tuvo que salirse de la batalla y perderse por los bosques tocando la campanilla. En su isla lo tienen por santo y andan buscando sus restos por todas las selvas, que corrió la novedad de que volaban hacia él cuando dormía las palomas torcaces y le lamían el rostro, de modo que cuando murió, su cuerpo era una podredumbre, pero la cara la tenía de mozo, y la barba dorada. Lo que es doble milagro, si te fijas bien, ya que sabes que los *palumbus* no pueden echar la lengua fuera de la caja del pico.

Tadeo era solamente ojos, labios carnosos, y aquella enorme lengua roja que sacaba a pasear por los labios. El resto de su cabeza y rostro era una maraña de pelo canoso, que le cubría las orejas y las mejillas hasta la nariz. Mientras hablaba, sus pequeños ojos, claros y vivaces, lo vigilaban todo, el fuego que ardía en el hogar, las gentes que entraban y salían, la moneda de cobre que al suelo caía al dar una vuelta el tabernero, de qué barrica echaba, o si el gato se acercaba al plato de mollejas salteadas. Tenía la voz muy varia de tonos, y musical, lo que le vendría de las tertulias suyas con los mirlos a los que enseñaba marchas y tonadas.

—Con mi madre tan delicada y los pies al sol, y mi padre paseando en busca de perros para su catequesis, yo crecí libre, vagando por la plaza y las huertas, ladrón de

uvas y de higos, velando nidos, viendo hacer la instrucción a los quintos, y al anochecer ayudando, por la merienda, a encender el horno en la tahona. Algún día que otro mi madre tenía humor para enseñarme las letras, y yo aprendía por libre algo de música con el bombo de la charanga real, que vivía cerca de nuestra casa, y el cual era como eco, que de todas las piezas y óperas no sabía más que las frases a las que tenía que estar atento, porque daban entrada a sus golpes. Ya tenía yo trece años, o catorce, cuando un día encontraron a mi padre muerto en un prado, con doce perros alrededor, que debían estar aguardando su voz de mando. Mi madre lo lloró muy bien, puso un paño de luto debajo de los pies, encima de la flor de genciana, y acordó pedir una pensión al rey por ser viuda de hombre célebre. Un escribano venía a casa a redactar la instancia, que no daba perfilada porque quería acompañarla de un tratado sobre la disposición de los caninos para el baile, y a mí me sopló la criada vieja de la tahona que a lo mejor le estaban naciendo cuernos al difunto. Me puse a espiar, y logré ver a mi madre en camisión, abrazando al escribano. Interrumpí el trance, y mi madre, llorando, me dijo que me equivocaba, que estando de siesta le había entrado la pesadilla, confundiendo al escribano, que entraba en aquel momento, con el mar, y de ahí que se arrojara en sus brazos. El escribano temblaba desde el tupé hasta el tintero, y yo decidí ir a ver cómo era el mar, abandonando con lágrimas en los ojos la ciudad natal, lo que no tenían necesidad de hacer los murciélagos de los soportales de la plaza, que nunca pasaban fuera del arco del Palomar.

Se echó vino y bebió, y se sonó ruidoso con un grande pañuelo a rayas de colores, que más parecía falda de escocés. El hombre del jubón azul lo escuchaba atento, jugando con la sortija de la piedra violeta, y de vez en cuando dejando su mirar encantarse por el vivo fuego de sarmientos que ardía bajo la ancha y ennegrecida campana del hogar. Un narrador de oficio escucharía al fuego contarse historias a sí mismo.

—Once días durmiendo de fortuna, tomando atajos, el estómago vacío, acabada la bolla que me dieron de despedida en la tahona, y reventadas las zapatillas, tardé en llegar al mar. Las olas rompían en las rocas, y al acercarme al faro por un estrecho sendero entre ellas, el agua salada me mojó el rostro. El mar, como ya me suponía, no se parecía en nada al escribano de la instancia. Me quedé sentado en una peña, durante una larga hora, contemplando el juego de las olas en la caleta, y viendo un dos palos que viajaba hacia donde se pone el sol, y me puse a imaginar que en el velero regresaba mi madre a su país lejano, con los sus ojos azules de melancólico mirar, y los pequeños pies descalzos puestos al sol. ¡Ojalá tenga allí flor de genciana para posarlos!, me decía a mí mismo. La verdad es que, poco después de mi huida, mi madre desapareció, dejando abandonada la casa, que es ahora una ruina, y solamente queda cubierta la cocina, que es donde yo me cobijo.

Tadeo necesitó beber dos vasos seguidos para limpiarse de aquellas tristezas y

prosiguió:

—Me dijeron los torreros del faro que a mano izquierda quedaba una aldea, donde contrataban forasteros para el corte de leña. Me alistó un hombre rico llamado Petronio, el cual me tomó algún afecto visto cómo cundía en el trabajo, y la amistad que hice con sus perros y con su perdigón manso, que supe curarle un lobanillo. Me hizo dormir en buena cama, y su hija, una jorobadita llamada Micaela, me dejaba a la puerta, por las noches, una jarrilla con leche... Yo, señorita, no quería contarte mi vida, sino llegar a este punto. La jorobadita andaba triste, y más de una vez la encontré llorosa, sentada debajo de la higuera del patio. Yo sospechaba que la traía desconsolada su jorobía, que era de espinazo curvo y subido, tal que la punta de la corcova le llegaba hasta el cuello. Por delante estaba conforme, y los pechos muy redondos y puestos, y como tenía las piernas finas y largas, como suelen los más de los jorobetas, de frente no desagradaba. De cara era redonda y los ojos almendrados. Yo le hacía finezas de flores que cogía regresando del bosque, le regalé una alondra, le mostré cómo se silba variado con cañas de centeno verde de desigual tamaño, y le enseñé a saltar a la comba, juego de niñas que en aquel país no conocían. Las horas libres, pues, se me iban en consolar a la jorobada Micaela, pero no lograba alegrarla, y aun podía decir que cada día andaba más triste, enflaquecía y se disponía a marchitar. Una tarde de domingo, estando solos en el jardín echando barcos de papel en los canalillos, de pronto Micaela se echó a mí y me abrazó. Yo me puse a pensar si le habrían entrado amores, y si dado el caso de ofrecérseme, visto que por delante no parecía mal, si debía aprovecharme, pese a ser mi huésped y amo su padre, el señor Petronio. Lloraba Micaela abrazada a mí, y yo no sabía qué hacer.

—¡No lo puedo olvidar! —decía Micaela entre sollozo y sollozo.

Y a mis preguntas repetidas contó que hacía un año la había llevado su padre a una gran ciudad vecina, que era de los focenses y puerto libre de greco-galos, donde había mercado de toneles, y el señor Petronio dejó sentada a la hija en un serón de higos pasos, en el muelle, mientras él pagaba a un armador el transporte de los toneles comprados en la feria. Era algo más de mediodía. El muelle estaba desierto, que las gentes estaban en sus casas almorzando, y las más en el real de la feria. Por una calle que salía al muelle entre los almacenes de grano avanzaba un hombre. Alto, la cabeza descubierta, se envolvía en una amplia capa roja. En la mano derecha llevaba una bengala de plata. Al llegar a la altura de Micaela se detuvo y la miró, la paseó toda ella con la mirada de sus ojos negros. Se acercó un poco más. Micaela tuvo miedo, y cruzó los brazos sobre el pecho. El hombre sonrió. Era muy joven. Micaela creía tener ante ella una alta torre o un árbol gigantesco. El hombre era muy hermoso, y estaba perfumado con agua de madreSelva. El intenso aroma llegaba hasta el vientre de Micaela.

El desconocido dejó caer la capa que lo embozaba, y tendió hacia la muchacha el

brazo que sostenía la bengala de plata. La punta de la bengala tocó su hombro izquierdo. El hombre sonrió levemente. Ahora se veía lo mozo que era. Por tres veces la bengala tocó el hombro izquierdo de la jorobadita.

Una ola de calor invadió el cuerpo de la muchacha. Algo que era a la vez fuego y placer, quemadura y frescor de lima le obligó a cerrar los ojos. Creyó que iba a desmayarse, y tuvo sed, mucha sed. Inmóvil, se dejaba herir. La despertó la voz de su padre.

—¿Te sientes mal? ¡Es que estás sin comer y apenas desayunaste! ¡Vamos, que nos esperan una sopa de nueces y unos pichones!

Micaela se levantó y miró cómo el hombre de la capa roja continuaba su paseo hacia la punta del muelle.

—¿Quién será? —se atrevió a preguntar a su padre, con una voz que a ella misma le sonó extraña, la voz de la mujer desconocida que pregunta en el teatro quién es ella misma.

—Es un príncipe. Todos los días viene varias veces a la orilla del mar a ver si de las aguas sale un caballo, en el que ha de ir a galope a su ciudad a cometer un gran crimen por venganza. El caballo se lo mandará su dios, que no es el nuestro.

—¿Está loco?

—¿Quién lo sabe?

—¿Tiene nombre?

—¡Orestes!

—Fue —concluyó Tadeo— la primera vez que escuché el nombre. El nombre del hombre. El nombre del león.

El hombre del jubón azul se levantó y se acercó al fuego. Nadie lo observó, salvo Tadeo. Tadeo lo vio como se ven el sol y la luna. El hombre del jubón azul se acercó al fuego, lo tocó con la punta herrada de su bastón de caña, y las llamas ascendieron en largas lenguas doradas, derramándose por el suelo y vistiendo las paredes. Fue solamente el tiempo de un relámpago, pero fue.

Cuando el hombre del jubón azul volvió a sentarse y pidió más vino, Tadeo comentó:

—Micaela, en su inocencia amorosa, creyó que había quedado preñada del desconocido, hasta que la desengañó su nodriza. ¡Mira que si el león, paseando, hubiese tenido su primogénito en una jorobada, en tierra de selvícolas y carboneros!

EL BARQUERO colgó la pértiga en los dos ganchos de hierro del pedrón de atraque, y sentándose en el escalón, con las largas piernas balanceándose sobre la corriente, encendió el largo y retorcido cigarro negro. El humo que expulsaba por narices y boca, como no había viento, se quedaba sobre el ala de su sombrero, neblina haciéndose y deshaciéndose en suaves curvas azuladas. El río cruzaba ancho y lento por entre colinas pastizales, en las que se veían los rebaños paciando, desplazándose poco a poco desde lo alto hacia los campos de la ribera, donde al atardecer entrarían a abrevar en los pilones de piedra, puestos en escalera, y el agua vertiéndose de los de arriba en los de abajo. A los carneros padres les gusta beber en el chorro. La barca tenía en el centro un tablado redondo para pasar los caballos de los viajeros, y en el medio y medio del tablado, un poste para arrendar las bestias. Los días de fiesta de guardar el barquero ataba en el poste un palo con una bandera negra y oro, que nadie sabía de qué reino fuese, y ya se la había regalado a su abuelo un peregrino. El país aquel, que llamaban del Vado de la Torre, era muy hermoso, con sus prados, sus bosques de abedules y de chopos, y la majestad transeúnte del río. Sus cinco aldeas estaban situadas en la falda de las respectivas colinas, abrigadas del nordeste, las casas pintadas de blanco, y entre casa y casa, higueras y cerezos, y entre pastizal y pastizal, largas filas de manzanos.

El barquero apagó el cigarro cuando ya lo había quemado hasta la mitad, y guardó la punta del resto en una bolsita de cuero que llevaba colgada del cinturón. El oficial de Forasteros se había sentado a proa de la barca, y parecía distraerse viendo las truchas que se acercaban raudas a la orilla, ya porque había brincado al agua un saltamontes, ya porque se había distraído una rana a la espera de una mosca entre los juncos, cuya flor, de un amarillo intenso, aseguraba que acababa de abrir.

—Las gentes van y vienen, señor Eusebio, y puede decirse que este vado es el gran teatro del mundo. Por ejemplo, hombres de obra de treinta años, dos docenas a la semana. Hombres con jubón azul, media docena a la semana. En las ciudades costeras gusta el azul, así como en las del interior el verde, y en las aldeas el negro. ¿Jinetes? Casi todos llegan montados a las orillas, y por eso tengo poste de arrendar en la barca. ¿Conocidos? Los tratantes en lana, por ejemplo, o los criados de los monjes de Simón Pedro, que vienen a poner las nasas por Pascua y por San Juan, y se llevan las arrobas de truchas y de anguilas que piden los severos ayunos de sus amos. Tratantes de lana y criados de frailes, esos son anuales. ¿Más conocidos? El señorío de la ciudad que tiene cortijos en la vega del río, cerca de la foz, y los que vienen a comprar madera, y los que traen el vino de la ribera baja, en pellejos. De estos conozco hasta la edad de sus mulas, y el nombre de cada pellejo, que sabes que los titulan con santos mártires. ¡Cientos de conocidos! Cuando la guerra, pasó una

muchedumbre. ¡Cientos de desconocidos! Todo barquero es Caronte, señor Eusebio, y pasa a la humanidad entera en su barca.

Eso dijo Filipo el barquero, y se quedó mirando para su señoría el oficial de Forasteros, quien asintió con una inclinación de cabeza a aquella filosofía.

—Y si me preguntas por viajeros raros y curiosos, tengo mi lista. Primero de todos, el monstruo de las dos cabezas, la una de pelo rubio y la otra de pelo negro, la rubia de mujer y la morena de hombre.

Cobraban sus padres medio real por mostrarlo en la feria de los Santos Inocentes. La cabeza de mujer tenía castos pensamientos, y pasaba las horas soñando con ángeles que volaban entre flores, y pedía que le pusiesen maestro que le enseñase poesía religiosa, mientras la testa masculina se empecinaba en la cuestión del sexo, y no cesaba de exigir que sus padres gastasen parte de la ganancia en buscarle una pechugona que lo aliviase. La cabeza de mujer gritaba que si aparecía la tal, que a ella le diesen veneno, que no podía valerse, lo que era verdad, que las piernas y brazos del monstruo solamente atendían las órdenes de la cabeza de hombre, y además sólo había sexo masculino.

Me contaron que por consejo de un sabio romano, los padres decidieron separar la cabeza femenina, dejando al lujurioso suelto, que hiciese su vena. Y a la cabeza femenina le pusieron un soporte hecho con cuatro vejigas de cerdo, que habían de estar siempre llenas de aire caliente, y esta era la dificultad de la vida, pero la ganancia de la cabeza como parlante, en las grandes capitales exhibida, lo compensaba. Uno de Buenos Aires que pasó hace dos años en mi barca, me dijo que la había visto allá, y que los que la explotaban, que eran dos libaneses, andaban forrados de plata.

Filipo se levantó para echar un trago de la bota que tenía colgada a popa, y se sentó al lado del señor Eusebio.

—Permíteme que te diga, señoría, que sé por donde vienes. Recuerda que ya me interrogaste otras veces. Una de ellas —y querías darme tormento, de lo que no te culpo a ti sino a las exigencias de tu magistratura—, cuando aquel caso del jinete de las dos espadas. Ya recuerdas, aquel que se le veía mozo, con el sombrero de pico y las plumas rojas, cuando estaba montado en su bayo, y de pronto desaparecía, y este prodigio se averiguó por un cestero que estaba reparando las nasas de los monjes, un curioso llamado Fenelón por mal nombre, el cual se apercibió de que el mozo era visible a caballo solamente, y en descabalgando, si hacía una seña, se evaporaba y así se estaba, perdido en el aire, salvo si precisaba hacer aguas menores, en cuyo caso se presentaba obligadamente en visible naturaleza.

—Es el argumento de necesidad de que hablan los teólogos griegos en el epítome de milagros —apostilló el señor Eusebio.

—Si ese fuese el hombre que hace tantos años buscáis, y cuyo nombre no

pronuncio porque soy apolítico, ya no había reyes en tu ciudad.

Obligó a hacer una pausa una libélula que los sorprendió surgiendo de entre los juncos. Cantaba la vecina alondra, y la tarde, al caer, se envolvía en una capa de oro.

—No —dijo el señor Eusebio—, no era él. Sin embargo, siempre sospeché que aquel caballero anónimo intentó ver a la infanta. Como sabes, no es fácil. Aun para un invisible de a pie no es fácil. Doña Ifigenia vive en la torre nueva del palacio, que no tiene puerta, y todo el tráfico se hace por roldana, que suben y bajan serones. Ella sube y baja en sillón con espejo. Las ventanas bajas tienen reja, y las de arriba están siempre cerradas, aseguradas con plomo, que a la reina le entró el temor de que le diese a la muchacha por defenestrarse en una melancolía mensual.

—¿Dices «la muchacha»? ¿Cuántos años hace que decimos «la muchacha»?

—Decirle muchacha a la infanta es, ante todo, respetar la Constitución. Y sacas a colación uno de mis grandes temas, que es el de la eterna juventud. Si algún día me hacen senador, mi discurso de toma de posesión versará sobre ello. ¿Nunca has oído hablar de las islas de la primavera perpetua? Te embarcas para ellas, llegas a mediodía, y allá moras feliz, el cuerpo sano, luengos años, siglos más bien. El agua de una fuente prodigiosa te mantiene en la perfecta edad, que son los treinta y tres años, según toda la escuela de Alejandría y los neoplatónicos florentinos. Solamente te es permitido el amor continente, y los banquetes vegetarianos. Lees, paseas, escuchas música, juegas a los bolos, duermes con la cabeza apoyada en un haz de lirios, conversas con las ninfas, ves las puestas de sol, no necesitas gabán, y no hay tuyo ni mío. En Irlanda se discutió si habría, al menos, propiedad de la ropa interior y de los pañuelos de nariz, pero el asunto quedó para tema de concurso, y no he recibido noticia de lo resuelto. Los eruditos en islas de la eterna juventud, o Floridas, coinciden en que tanto como la virtud del agua de la fuente de Juvencia, es necesario para la perpetua primavera corporal que el humano abandone todo apetito sensual y se dedique a perfeccionar un único sueño, que lo habitará todo. Así como los cartujos de Parma andan diciendo por su huerta eso de *morir habemos*, los floridos andan diciendo en voz alta su sueño, hasta que llegan a verlo de bulto, como en retablo, o en paso de figuras vestidas, como en el teatro. ¿Me sigues? Que notarás que abrevio esta metafísica para que mejor penetres mi argumento. Entonces, me digo yo, sin estar en ninguna Florida, pero sí en su patria, libre de toda preocupación mundanal, nuestra doña Ifigenia, no teniendo más que un solo sueño, y viviendo y durmiendo con él, viéndolo en los espejos y reconociendo señales tuyas en todas las cosas que pasan, desde la lluvia hasta la risa de un niño, o la carrera de un gato por un pasillo, se conservará en su sueño como una muchacha, porque ella sabe que ésta su condición juvenil es necesaria para el cumplimiento de su sueño. Ifigenia moza es necesaria para la venganza. Tanto como la espada del infante vengador.

—Según tú, señor Eusebio, Ifigenia sueña con la venganza...

—En caso contrario, ¿cómo se conservaría moza? La hermana joven, yendo por los soportales en la noche oscura a buscar el hermano y decirle la entrada secreta o la centinela comprada, es *conditio sine quae non*. Todo está estudiado, Filippo amigo. Los augurios no pueden ser puestos en duda: la hermana, en dulce juventud, bella si una hubo, irá a reconocer al vengador que llega en las tinieblas. Y el que no envejezca Ifigenia es una probabilidad mayor de que la venganza pueda llegar repentina, el día menos pensado. Probablemente, aunque Ifigenia quisiese no podría envejecer. El orden universal descansa sobre las adivinanzas.

—¿Se lleva con sus padres? —preguntó Filippo, curioso de nuevas de las estancias reales.

—Ama a su madre. Eso sí, antes de sentarse a desayunar con ella, la reina Clitemnestra tiene que bañarse, que el aroma del sudor de Egisto que trae de la cama matrimonial corta la leche que bebe Ifigenia. ¡Físicos anduvieron en consulta!

Filippo estaba asombrado de tanta novedad y agradecido a la confianza de Eusebio, el cual había viajado hasta la barca solamente por saber si había pasado por allí uno de jubón azul, y si se sospechaba de dónde procedía. Los que habían pasado con esa ropa de moda eran conocidos, Filippo los había saludado, y uno de ellos le había dejado de regalo, precisamente, aquellas tagarninas de Macedonia que estaba fumando.

TADEO se arrodilló en una arpillera, ante el augur Celedonio, como solía cuando le cortaba a este una uña muy enconada en el pulgar derecho, y el corte se lo hacía cada tres sábados, y aseguraba Celedonio que habiendo tantos y excelentes podólogos en la ciudad, ninguno llegaba al arte por libre de Tadeo, el cual levantaba la uña lentamente, la cortaba en redondo y la limaba por el borde interior, que era donde le apetecía clavar, sin que Celedonio tuviese que dejar de leer varia de arúspices para dar un ¡ay! Tadeo le había pedido permiso a micer Celedonio para que lo acompañase un forastero que había conocido en la plana, y cuyo nombre y nación no había osado preguntar, pero que era un caballero cortés y muy convidador, entendido en hípica y en piedras preciosas, y dado a grandes taciturnias mirando arder el fuego o correr el agua.

—¡Esos son silencios aristocráticos! —dijo Celedonio.

—Es un hombre —había añadido Tadeo— que sabe escuchar. No te interrumpes, y llega un momento en que la historia que le cuentas la sigue a un tiempo con los oídos y con la vista, que de su magín saca estampas para ella, y entonces vas tú y te animas y floreas la historia con adjetivos de sorpresa. Y cuando yo le dije que eras augur titulado y hombre de la Corte, me aseguró que te saludaría con mucho gusto, y que si no tenías inconveniente, para amenizar la tertulia, mandaría traer pan, cecina y almendrados, y media cántara de vino.

—¡Que sea tinto! —pidió Celedonio.

Y allí estaban los tres en la sala de consultas, el forastero sentado en un sillón de cuero, Celedonio en una banqueta poniendo la uña a remojar en agua de citrón, y Tadeo arrodillado a sus pies, amolando la navaja en la piedra. La jaula con el mirlo colgaba en la ventana, a la caricia del sol poniente. Cada vez que Tadeo iba a casa de Celedonio, el augur se veía obligado a encerrar sus cuervos en las jaulas del desván, que desde el primer momento los auxiliares de negra pluma se habían mostrado celosos del ave cantora, y como andaban sueltos por la casa, asaltaban la jaula, por si entre mimbres y mimbres podían darle un picotazo al mirlo. Uno de los cuervos, sobre todo, lo tomó tan a pecho, que pasó una semana larga sin querer adivinar por alfitomancia preñeces o si se encontraría dinero perdido, y Celedonio tuvo que suplirlo por arte magna etrusca degollando pichones, lo que no le dejaba ganancia, cuanto más que Celedonio, por *respetos sacralis*, no se atrevía a comer lasavecillas, regalándoselas a su asistenta, que se las llevaba, decía, para un arroz.

—En este país —explicó Celedonio al forastero—, los augures estamos en las leyes como parte del gobierno, pero hace años que el rey no nos convoca, debido a la penuria del tesoro en lo que toca a la consulta áulica, y en lo que se refiere al demos por temor a que los augurios dados en forma, coincidiendo tripas y estrellas en la

misma opinión, se cumplan, trátase de sequía, batalla imperial, paso de cometa, naufragio, peste bubónica o terremoto. Pero hubo tiempos en que se nos escuchaba, y no se movía una paja sin pedirnos consulta.

Celedonio era pequeño y rechoncho, calvo, la nariz gruesa y abombillada en la punta, y la boca grande, el labio inferior caído. Unos brazos pequeños, como de oficial de juzgado municipal, terminaban en unas manos grandes, gruesas y velludas, debido esta gran pilosidad, según explicaba Celedonio cuando alguien aludía al caso, a la sangre de los patos tardona tardona, en cuyas entrañas inquiría si era consultado sobre navíos en la mar. Al augur le afectaban mucho los calores, y aun en invierno solía tener sudorosas la frente y la doble papada. Vestía casulla amarilla, y siempre al alcance de la mano tenía un abanico veronés.

Terminada la obra de Tadeo comenzó la merienda, y a preguntas de Celedonio respondió el forastero, entre vaso y vaso, con aquel hablar sosegado que tenía, que venía de muy lejos y que al caballo en que viajaba le habían asaltado unas fiebres, y que a unas cinco leguas de la ciudad lo había dejado en un mesón, y con el caballo y el equipaje quedaba un criado suyo de confianza.

—El objeto de mi viaje es ver países, tratar gentes, escuchar historias, admirar prodigios variados, ver teatro y conocer caballos padres. En estas dos últimas cuestiones puedo opinar algo —añadió el forastero modestamente—. Y porque de alguna manera habéis de llamarme, don León es fácil, si no tenéis inconveniente.

—No lo hay —dijo Celedonio, tras hacer buchecillos con el tinto y trabajar con el mondadientes, que se le había metido una hebra de cecina entre dos muelas—. En verdad que no lo hay. Yo también soy muy amigo del teatro, don León, pero a los augures nos está prohibido en esta ciudad, ya que el pueblo respetuoso teme que estando nosotros en los tendidos viendo la pieza, apasionados por el protagonista, o de una mujer hermosa que salga, hagamos suertes a escondidas dentro de una bolsa con habas blancas y dientes de liebre, y modifiquemos el curso de la tragedia, y llegue a anciano respetable un incestuoso, o Medea reconquiste a Jasón, y todo quede en besos a los niños.

—Por la amistad de Tadeo, ilustre augur senatorial, supe de un miedo que hubo en la casta real de tu ciudad. ¡No te obliguen las leyes de la hospitalidad a responderme, amigo Celedonio! ¿Cuál fue el miedo? ¿Lo hay todavía?

—Pues me llamas amigo y está delante Tadeo, que aunque mendigo es hombre libre, o acaso por eso mismo, y me ha servido más de una vez de agente secreto en difíciles asuntos, nada se opone a que te cuente que el tal miedo lo provoca la certeza de que un día Orestes, hijo de Agamenón, va a aparecer en la ciudad nocturno, armado de larga espada. Siete veces nos fueron pedidos augurios, y las siete veces dieron que Orestes llegaba armado, dispuesto a dar muerte al rey Egisto, lo que al fin era cosa natural, siendo como es Egisto el matador de su padre, y también a su madre,

la reina Clitemnestra. Los augurios salieron, y yo tomé parte en toda la ópera, que Orestes vendría, y que su hermana Ifigenia, moza y muy hermosa, avisada cuando iba para el lecho virginal, acudía en camisa corta a reconocerle y a mostrarle los pasadizos secretos que llevan a donde Egisto vive descuidado, y Clitemnestra pasa el tiempo depilándose, mientras considera que este segundo marido es más viril que Agamenón, lo que no tiene nada de particular, ya que es de menor talla y menos gimnástico que el difunto.

Se abanicó Celedonio, bebió y se limpió el sudor con la toalla que Tadeo había usado para secarle el pie de la uña enconada.

—El rey Egisto se sobresaltó y prohibió el nombre de Orestes, mandó poner registro de forasteros, envió agentes a averiguar qué era de Orestes por esos mundos, algunos de ellos venecianos y otros britones, contratados a peso de oro, y nos tuvo a los augures todo un año trabajando en averiguar cómo vendría el vengador secreto, por cuál puerta, cuyo el largo de sus pasos y cuyo el golpe de su espada contra el escudo real, que hubo que reforzarlo, que se quebró en los entrenamientos. No se vivía en la ciudad con el miedo, y para distraer a las gentes, y para que el miedo no se hiciese política, siguiendo en esto el talento del secretario florentino, se corrió la voz de que lo que se esperaba no era a Orestes, que andaba perdido por Oriente, sino un león rabioso. De ahí el juego que te contó Tadeo. Un león terrible que le había dado por devorar a la familia real, lo que explicó, además, el encierro de la niña a los populares.

—¿Y vendrá Orestes?

—No se sabe cuándo. Los años han ido reduciendo el miedo a fábula, como la esópica del zagal y el lobo, y ya solamente los ancianos, sentados a la sombra de los plátanos en las tertulias de verano, recuerdan el asunto y discuten el final de la tragedia, que sin la venida de Orestes está en el aire. La policía sigue investigando, aunque con menos diligencia y gastos. Los reyes van viejos, y no salen al público ni se dejan retratar. Y a nosotros, los augures, nos mantiene en honra, y hay en el cuerpo la interior satisfacción, el hecho de que Ifigenia no envejezca, y se conserve en la hermosura de los dieciocho años, y la piel tersa.

—¿No se casa? ¿No tiene pretendientes?

Al forastero parecía habersele avivado la curiosidad, y levantaba la mano al interrogar a Celedonio.

—Tuvo buenos partidos, pero los rechazó todos con pretextos variados, o haciéndoles viajar para que le trajesen músicas y recetas de postres de almendra, y los rondadores se cansaron, se fueron y no volvieron. Uno se volvió loco, y porque lo echaban de la ciudad que decía que quería raptar a Ifigenia, pugnaba por desasirse de los guardias y quitarse los ojos, dejándolos en el jardín, colgados en un rosal, para que, aunque él ausente, siguiesen ellos claros admirando a Ifigenia. Además, según

me contó su nodriza, la moza no se dejaba apretar en el agarrado, en los bailes de palacio.

—Me gustaría ver la muchacha —dijo don León.

—No podrás —afirmó Tadeo—, que no sale de su torre. ¡No conseguí verla yo en veinte años, yendo todos los días a comer la sopa boba a la puerta excusada de palacio!

—Podríamos —sugirió don León como ensoñando hacerle llegar la noticia de que uno que a Orestes se parece se acerca escondiéndose entre los abedules al palomar real cuando ya va a amanecer, escucha el rumoroso despertar de las palomas y, viendo la primera salir a volar, el desconocido regresa a su refugio secreto, en las ruinas hedrosas de la ciudad primera, donde precisamente, el que hace llegar a Ifigenia la noticia, lo escuchó conversar con sombras antiguas en octavas reales.

—No, no puede salir de la torre —aseguró Celedonio—, porque, ¿quién la bajaría sin que chirriase la roldana y no la viesen los centinelas? ¡La roldana no la aceitan adrede!

—Podría bajar por sábanas atadas y faldas viejas cortadas —apuntó Tadeo.

—Sí, atando sábanas —aceptó don León—, cinturones, pañuelos, cordones de corsé, cortadas en tiras las grandes cortinas forradas de la antecámara. Ella se acercaría al palomar y estudiaría mi figura a la indecisa luz de los albores. Cantaría un gallo, y ella saldría de la duda diciendo: «¡No, no, todavía no eres Orestes!». Quizá, para cerciorarse, tocase con una de sus manos mi frente, mis labios, mi cuello, o escuchase con la palma abierta los latidos de mi corazón. Y, desconsolada, regresaría descalza como había venido a mí, y semidesnuda, rodeada de todas las palomas, a que la izasen su nodriza y sus doncellas hasta la única ventana de la alta torre.

—¡Sería bonito paso! —comentó Tadeo— ¡y aun podría enamorarse de ti!

—Y tú, ¿cómo la esperarías? —preguntó Celedonio, levantándose, retrocediendo hasta situarse detrás de la mesa del oficio, cruzando los brazos sobre el pecho, pero sin dejar el vaso lleno de vino que sostenía con la mano derecha.

El forastero se levantó a su vez y se acercó a la puerta, que abrió de par en par. Envolvió la esclavina roja en el brazo izquierdo, y lentamente avanzó hacia la ventana. Levantó el bastón de caña con puño de plata como héroe que levanta una espada que quiere herir. Se detuvo, la cabeza erguida, mismamente donde el último rayo de sol de la tarde le besaba los pies. Y era verdaderamente, en la mirada asombrada de Tadeo y Celedonio, una larga espada la que sostenía su diestra.

—¡Orestes! —gritó el augur, sin darse cuenta de lo que decía.

En el desván gritaron a la vez, horribles y desafinadas voces, el mismo nombre los cuatro cuervos, y Tadeo se arrodilló. Pero ya, habiéndose hecho el silencio e ido el rayo de sol, el forastero aparecía de nuevo sentado en su silla, sonriente,

indiferente, como si todo hubiese sido un espejismo, o un sueño que hubiese durado lo que un parpadeo. Don León se golpeaba la barba con el puño del bastón. Celedonio abrió la puerta y derramó en la losa del umbral el vaso de vino.

—¡Estás en tu casa, príncipe! —dijo solemne, abriendo los brazos.

El mirlo, dándole entrada Tadeo, silbó una marcha.

Cuando el forastero y Tadeo abandonaron la casa del augur, Celedonio se dirigió al desván a ver qué había sido de los cuervos. Los cuatro estaban muertos, degollados. Celedonio comprobó que el corte iba de derecha a izquierda y de abajo arriba, como estaba anunciado para Egisto. La sangre de los cuervos goteaba en el platillo del gato negro, que lamía gustoso y tranquilo.

TEODORA, en los cuarenta cumplidos, con su frutería en la rúa de los Alcaldes, viuda del sacristán mayor de carros de autos sacramentales, había tomado la costumbre de acudir los martes a la tarde, que era día de lavado y planchado, a la casa de la Malena, donde viviera sus floridos años de pupila de mérito, especialmente solicitada por viudos y militares retirados. Fuera uno de estos, un estratega mitilénico emigrado, el que la sacara sostenida, y cuando el general se quedó sin dineros, pasó ella a la Casa de Arrepentidas, donde conoció al sacristán con el que había de casar, que iba a elegir voces para un paso de mucho arte, en el que salía Dama Voluptuosidad seduciendo a un mozalbote, que por ella abandonaba diligente a doña Gramática. La Malena había muerto, pero había dejado su nombre al burdel, que ahora lo regía un tiple vaticano, muy bien castrado, que yendo por mar a recoger una herencia en Levante naufragó, y por la voz, los pescadores que lo salvaron de las aguas lo tomaron por doncella, y se lo vendieron barato a la Malena una vez descubierta la verdad del caso. La Malena le tomó afición al latino, quien dormía con la cabeza apoyada en sus nalgas, sabía de cuentas y cantaba con mucho sentimiento los cuplés de moda. El tiple se llamaba Lino, y era capuchino por parte de padre. Teodora se llevaba con Lino, que le compraba la fruta para el personal y la convidaba con refresco de malva. Las pupilas, mientras almidonaban las almohadas —que era uno de los méritos de la casa—, escuchaban las historias que corrían por la ciudad, y con especial apetito aquellas en las que salían altezas y todo el señorío. Y fue el propio Lino, que era algo novelero, quien le preguntó a Malena si sabía de un forastero que andaba *de occultis* por la ciudad, mostraba una pieza de oro y tomara por criado a Tadeo, el mendigo del mirlo, al que había comprado ropa nueva. También se decía que Celedonio andaba espantado con los augurios que le sacó.

—Algo escuché —dijo la Teodora—, y vi a ese desconocido que dices, que lo llevó Tadeo a mi tienda a comprar higos y limones.

—¿Es elegante? —preguntó Florinda lusitana, que era la romántica de la compañía, vestida de celeste, ufana de sus largas pestañas, que parecía que mariposas de luto volaban en sus ojos.

—Es un hombre alto y moreno, el pelo rizo, la cintura estrecha y las manos más finas que vi, con largos dedos y uñas barnizadas. Tiene un aire tristón, y no pasará de los treinta. Viste jubón azul y calza tabaco y plata, y Tadeo le lleva la esclavina y el bastón. Probó de los higos, escogió de los mejores, y les entendí que iban a salir al camino del vado a esperar a un criado, que le traía caballo y equipaje, que andaba incómodo el señor sin mudar camisa.

Lino se interesó por la barba, motivado a que siempre andaba preguntando si encontraban la suya en su cara, y una tal Amelia por la dentadura, que era huérfana

de un belga que fabricaba pasta dentífrica mentolada.

La Teodora explicó que la barba la llevaba redonda, y que la dentadura se la viera cuando mordió el higo, y era blanca y sin tacha.

—Tadeo le llamaba don León —añadió Teodora.

—Se corre entre los grandes que se parece al hermano ausente de doña Ifigenia —dijo Lino pidiendo secreto a todas, que sabía la cosa, añadió, por un senador que en los ratos libres le gustaba venir a actuar de masajista de tobillos en la casa.

—¡Siempre lo están esperando! —comentó Teodora—. Yo tuve que ver con el proceso de uno que llegó a esta casa, y andaban los inquisidores siguiéndole los pasos.

Pidió la frutera otro refresco de malva, bebió a sorbitos y, viendo al patrón y a las mozas con tanta curiosidad, contó el suceso.

—Llegó anocheciendo, que estaba ama Malena encendiendo el farol de reglamento en la puerta, y era un muchacho rubio, que se puso colorado cuando pasamos al salón. Y no bien entré yo, ya me echó mano, y bien sabéis que estas elecciones súbitas son cosa de tímidos. Le tiró una moneda a Justiniano el acordeonista, que en paz descansa, que dijo que le apetecía un baile. Tenía un acento que no era del país, y me miraba a los ojos mientras dábamos vueltas. ¡A lo mejor era tan inocente que pensaba enamorarme, y yo tan usada! En la cama me fijé en su hombro izquierdo, en el que tenía una mancha rojiza en forma de león. Me dijo que era de nacimiento, y de un susto que pasara su madre en un parque zoológico. Volvió otras veces a verme, y yo le tomé cariño. Me traía melindres de yema y vino dulce, y siempre echábamos un baile antes de ocuparnos. Dormía yo una mañana, que había estado hasta altas horas con un cabo que me contó sus batallas, que es cosa muy pesada de oír, con tanta bayoneta calada, y cómo se llama la mujer del comandante, y todo eso que todas vosotras sabéis como yo, y siempre terminan estos sacando el retrato de los hijos, que lo mandaron hacer antes de salir para la guerra, y el primogénito aparece con el casco emplumado del padre. ¡Y aún son más entristecedores los que sólo tienen niñas! ¡Ganas de llorar ausencias!

—¡Las tiene más de la mitad del género humano! —aseveró Lino.

—Cuento que dormía y me despertó ama Malena, que estaba el señor Eusebio de los Forasteros en el salón esperándome, pero que no era para cama, sino que me traía un papel interrogante. El señor Eusebio, muy educado, me preguntó por el muchacho, y yo le respondí que me prefería a las otras, y añadí lo del baile y lo de los convites, y que no me propinaba en mano, sino dejando los reales debajo de la almohada. Quiso saber cómo decía llamarse el muchacho, y yo le dije que no le sabía nombre alguno, lo que era la verdad, y que toda la casa lo conocía por el rubio. En los transportes, yo le llamaba así. Después me dijo su señoría que se esperaba a un peligroso criminal, y que las señas de él coincidían con las de mi rubio, y si yo podía añadir alguna. Por

ejemplo, lunares, cicatrices, dientes de oro... Recordé lo de la mancha en el hombro izquierdo y lo dije, y el señor Eusebio, con un carboncillo, me dibujó una en papel de barba que era igual a la del rubio, y yo se lo aseguré, y él, entonces, me tomó juramento de secreto delante de Malena, y por las cenizas de mi padre, aunque no lo conocí y por lo tanto no sabía si estaba vivo o muerto, me aseguró don Eusebio que en los papeles sellados haría muy decente. Y para que no me tuviesen por cómplice que firmase que denunciaba yo misma al desconocido de la mancha, que si no era bandido saldría libre y podría volver a la querencia, que lo era servidora, y que si era criminal, por la ayuda a la justicia me daban gratis cartilla de por vida, y sería muy apreciada en las visitas de tabla. Dije que sí a todo, y prendieron al rubio, y pasaron semanas y yo lo esperaba, que ya dije que le había tomado cariño, y además tenía un juego alegre y no era de los que contaban penas sino viajes, y el rubio no venía. Y una noche apareció un soldado, un mercenario mulato con pendiente en la oreja, y preguntó por mí, no para llevarme a la cama, que no tenía suelto, sino para un convite, y confidente me dijo que el rubio había palmado de una zancadilla que lo echó por las escaleras resbaladizas de la segunda batería, y fue de cabeza a un cañón grande. Le pregunté si se había averiguado que era el valiente bandolero, y entonces al oído me dijo que no era tal bandido, sino un príncipe, y que un compañero suyo había escuchado un interrogatorio en el tormento, y todo era preguntarle los jueces dónde tenía su espada, dónde sus leales, y el rubio negaba, diciendo que era celta y tenía voto de vagabundear por siete años, y que nunca había oído hablar de ese cuyo nombre callo, del vengador que va a venir un día. Pero no le valió de nada la terquedad. Llevé el mulato a mi cama, que bien me merecía este regalo por la noticia que me traía, y no le importó nada que yo llorase al rubio mientras él trabajaba, y al irse me dijo en secreto:

—¡Ojo, cariñosa! Las señas del que buscan son mancha en forma de león en la espalda, lunar con dos pelos en el pecho, y cicatriz de lanza en el muslo izquierdo.

—¿Las tres señas en uno mismo? —pregunté.

—No, pero el hombre que buscan ha de tener necesariamente una de las tres.

Las pupilas comentaron el asunto durante las horas de plancha, y todas juraban que si llegaba alguno con una seña de esas, o con dos o las tres, que lo callarían, le darían para que se fugase, o lo esconderían en el equipaje, y que no les importaba nada que viniese a la ciudad a ser el matador de sus padres, que el muchacho no podía librarse de lo que estaba augurado.

Y en esta conversación estaban, y ya todas enamoradas de un galán que ni siquiera sabían si existía, cuando entró por la puerta la voz de Tadeo pidiendo permiso, y apareció el mendigo vestido con ropa nueva, seguido de don León, quien sin decir más que las buenas tardes examinó las pupilas, girando lentamente la levantada cabeza, y con el puño de su bastón señaló a la portuguesa Florinda, la cual,

al ver acercarse a sus pechos aquel lebril de plata acostado, se desmayó y cayó al suelo sin soltar la plancha, que al golpear contra el piso se abrió y derramó las brasas encendidas. El amo Lino dio un gritito, a la Teodora se le cayó el vaso de la mano, y la Polaca se tumbó en el medio y medio de la reunión, levantando las sayas, como hacen las mozas de su país, en las aldeas, cuando se anuncia con trompetas que llega violadora la Orden Teutónica.

EL DRAMATURGO de la ciudad se llamaba Filón, y en los carteles ponía Filón el Mozo, para distinguirse de otro Filón que había tenido el mismo oficio y había vivido y escrito en la ciudad pasos con bobo y una comedia que todavía se representaba y que era El caballero de Olmedo cambiado, que estaba don Alonso con doña Elvira Pacheco en un balcón, en una feria que llaman Medina del Campo, y cuando el caballero se despedía para regresar a su Olmedo, a ella le entraba un delirio celoso al pensar en que viniendo noches frías, que ya era otoño, el caballero llegaría a su casa tiritando, y metiéndose en cama se arrimaría a su mujer buscando el calorcillo, y entonces, sin pensarlo, la doña Elvira vestida de hombre corría a esperarlo en una encrucijada y lo bajaba del caballo de un escopetazo. Y lo que admiraba al público, que en la ocasión silbaba, era que en el último acto doña Elvira estaba en su balcón viendo cómo daban garrote a dos que hacían de criados negros de un tal Miguel, que andaba huido vestido de fraile por sospechoso del crimen, y la dama tomaba refrescos, se abanicaba y reía cachonda con galanes nuevos. Los pellejeros, que tenían palco propio con farolillo, gritaban:

—¡Putá! ¡Putá!

Y la que hacía de dama Pacheco tomaba aquello como éxito, porque silbidos y gritos probaban lo bien que le salía el disimulo. Actriz que no lograba esto, lo tenía por fracaso. Una vez, siendo niña, la reina Clitemnestra debutó de sombra, avisando al caballero que no saliese, y estaba linda en un árbol en figura de ave cuando la flor de Olmedo pasaba por debajo de la rama, y el papel de Clitemnestra fue con canto.

Filón el Mozo tenía el encargo, hecho por el Senado, de llevar a tablas la historia de la ciudad, en doce piezas, saltándose, eso sí, al rey Agamenón, y pasando desde la preñez de su madre a Egisto, que aparecía ya casado, tomando unas copas con los repatriados de Troya. Pero Filón el Mozo, pese a las prohibiciones del senador de comedias, que le registraba la casa de cuando en cuando, escribía en secreto la tragedia sabida, y tenía suspendida la labor en la escena tercera del acto segundo, que era allí donde tenía pensado dar la llegada de Orestes. Todo el acto primero pasaba con la arrogancia de Egisto, la reina sólo pensando en su hermosura, e Ifigenia deseando quedarse sola para abrir ventanas y mirar hacia los caminos. El texto estaba así, en borrador:

ACTO II

ESCENA I

Egisto, Clitemnestra e Ifigenia.

EGISTO

¡Me voy a jugar a barra! La lectura de *la Gaceta* me fatiga. ¡Hay exceso de burocracia! Un rey debía ser un padre solemne y amistoso, descabalgando junto a un olivo para juzgar a sus súbditos. ¡Los reyes no debíamos saber leer ni escribir!

CLITEMNESTRA

Yo también estoy fatigada. ¿No notáis que envejecí de ayer a hoy?

EGISTO

[*Acariciándola*]. ¡Es la luna que está menguante, y quiere que todo mengüe con ella! Pero ya vendrá la luna nueva, amada mía. ¡Adiós! ¡Adiós, Ifigenia! ¡Múdales el agua a los peces de colores que te regalé!

IFIGENIA

[*Levantándose*]. ¡Adiós, señor!

EGISTO

¡Pensar que todo un reino depende de mi maduro pensamiento! ¡Pensar que si yo enfermo se pierden las cosechas! [*Sale*].

ESCENA II

Clitemnestra e Ifigenia.

CLITEMNESTRA

[*Levantándose*]. ¡Voy a lavarme el rostro con leche de burra! ¡No quiero envejecer, Ifigenia! [*Se mira en el espejo*]. Tendrá razón Egisto, será la luna menguante. ¡No, no son arrugas, sino sombras! ¡Esperaremos la luna nueva, que es tan cosmética! ¡Adiós, hija! Por la tarde haremos música. [*Sale*].

Y quedaba sola Ifigenia, asomada a la ventana. Era el momento en que Filón tenía que hacer que la infanta viese a alguien cabalgando por el camino real, y ese alguien se parecía a Orestes. Debía aparecer por la derecha, para que la gente no lo confundiese con el caballero de Olmedo, que entraba por la izquierda, y los críticos de la ciudad siempre estaban aireando plagios. O sería mejor ponerlo de a pie, disfrazado de peregrino, e Ifigenia comenzaría a sacar el parecido por cómo se apoyaba en el bordón para contemplar, desde la legua de San Jorge, las torres de la ciudad. ¿Cuáles serían las primeras palabras de Ifigenia? ¿Los amigos de Orestes le

mandarían una voz secreta a la princesa, al tiempo que esta iniciaba el reconocimiento? Aristotélicamente hablando, el reconocimiento se hace desde dentro, y es una memoria que toma cuerpo esencial. Filón pondría señas que hiciesen aumentar la expectación. Por ejemplo, los perros del camino se apartaban, sin dar un ladrido, cuando el viajero llegaba a su altura, y corrían a esconderse entre las viñas, salvo un perdiguero burgalés del rey, que andaba suelto y corría a lamerle las manos. Filón quería que el público se diese cuenta de que se había hecho en el campo y en la ciudad un silencio como nunca había habido, y para ello podía sugerir en el acto primero que en aquella parte del palacio había un eco muy sensible, que respondía en las noches de verano al ruiseñor del bosque, tal que parecía que el pájaro cantaba en el patio, y ahora sería, pues, verosímil que el eco diese, cuando el viajero llegaba al puentecillo sobre el foso, los pasos suyos en los tablones, si iba a pie, o el del trote de su caballo, si iba montado. Vueltas y vueltas le daba Filón a la escena, y no le salía como la quería, de sobresalto y apasionante, y buscaba objetos que en las tablas diesen el vivo retrato del horror que entraba: una lámpara que se apagaba súbitamente, un espejo que se quebraba porque Ifigenia movía los labios ante él como si dijese el terrible nombre, o la corona de Egisto que estaba sobre una cómoda y el gato, al pasar, la tiraba al suelo. E Ifigenia se estremecía con los presagios. Había recogido la corona caída en el suelo, y la sostenía contra su pecho, que al fin era la corona real. Ifigenia avanzaba hacia la ventana con la corona apoyada en su pecho.

En la ocasión, a la actriz que hiciese el papel habría que ponerle un sostén Directorio, para que se viesen bien los lozanos senos, y la corona fuese como en repisa de nieve. En un aparte el Coro diría esta imagen poética. Ifigenia temía acercarse a la ventana, retrocedía, se arrodillaba, se sentaba en el borde de una silla, hasta que al fin se decidía. Levantaba la cabeza y se decidía. Ya estaba en la ventana. Ya tenía ante ella las amarillentas colinas fronterizas, los oscuros bosques, la amplia vega regadía, los viñedos y las tierras de pan. Ya podía, con la mirada de sus ojos verdes, recorrer paso a paso el camino real, desde que aparecía en la curva del mojón de la lengua del lobo, hasta que bifurcaba junto al palomar de bravas del rey. Filón, para poder enseñar en su día en el teatro a la primera actriz la marcha vacilante de Ifigenia, la quiso mimar él mismo. Tomó en sus manos y la apoyó contra su pecho la corona de latón dorado que se usaba en el Edipo, y que había traído del teatro a casa para restaurarla, que le había caído precisamente el cristal de fondo de vaso que figuraba el gran rubí tebano, y que en el momento de quedarse Edipo sin ojos, figuraba uno en la frente, encendido, como si el santo rey fuese terrible cíclope, raro monóculo. Y caminó Filón haciendo lo que imaginaba para la escena tercera con Ifigenia sola y dudando, y recitando el texto:

IFIGENIA

[*Deteniéndose*]. ¿Quién me llama? ¿Qué voz viaja hacia mí, cuyas aladas palabras pasan rozando mis orejas sin que pueda entender el mensaje? [*Avanza dos pasos y se arrodilla*]. ¡Soy una niña delicada, y pesará demasiado el cántaro cuando me lo llenen de sangre y vaya a derramarlo a la tumba de mi padre! [*Se levanta, avanza otros dos pasos y se sienta en el borde de la silla*]. ¿Se apagó la lámpara porque llega otra luz más brillante? ¿He de ser yo quien dé la bienvenida a la nueva luz y la introduzca en mi alcoba? ¿Y si no fuese mi hermano? ¡Que esas equivocaciones se dan en las grandes tragedias! ¡Bien mejor sería que anduviese en amores, tortolilla que se esconde en el surco, a la sombra de las amapolas! ¡Ay, quién se llevará mi virgo! ¡Ay, si pudiera huir a donde no hayan oído nunca el ruido que hace una espada al chocar contra un escudo!

[*Se levanta, duda un momento, pero al fin se decide: la cabeza levantada, la corona apretada contra el pecho, se acerca a la ventana*].

Filón se había acercado a la ventana, con la corona de Edipo apretada contra el pecho. Y miraba como miraría Ifigenia, hacia el camino real. La ventana de Filón no da al campo, y no puede verse desde ella el camino. La ventana de Filón da a una calle que, por los obradores y tiendas que allí existen, llaman de los Bordados. La calle es estrecha, calzada de uña de perro. Junto a la puerta de uno de los obradores está un hombre alto, que ata al cuello y echa hacia la espalda una esclavina roja con vueltas negras. Está eligiendo un paño bordado con punto de brisa. Lo mira al trasluz, para averiguar las figuras del dibujo. Filón no lo reconoce. No, no es de esta polis. A Filón le sorprende la gracia sosegada de los movimientos del desconocido. Ahora le ve el noble perfil, la puntiaguda barba. El forastero se vuelve para darle el paño, que lo ha comprado, a un criado que lo sigue, y en un dedo de sus manos brilla una piedra preciosa acariciada por el sol. Y Filón, que tiene el sentido repentino de las casualidades que son necesarias para componer el argumento del drama, reclama, en su imaginación, aquella piedra para la corona real, para sustituir el perdido rubí tebano, y le da a Ifigenia el primer tema de la gran escena del reconocimiento: a la corona real de Egisto, que fue de Agamenón, le falta una piedra, que el hermano vengador, el príncipe que llega oculto y cubierto de polvo, sediento y dejando más allá de las colinas un juego de cegadores relámpagos, trae en una sortija. Filón se inclina, siempre con la corona de Edipo en las manos, para mejor ver cómo el forastero, seguido de su criado, camina por la empinada calle hacia la plaza.

—Por mucho que tarde en escribir el segundo acto —se dice a sí mismo Filón—, no se me olvidará el grave andar de Orestes...

EL PROBLEMA del metisaca —explicaba el diestro cortando el aire con el florete— se estudia por paralelas. Generalmente, en duelo, por lo menos en esta ciudad, se tira a hacer sangre. ¡Mero pinchazo! Pero en batalla o en asesinato, el metisaca permite el doble golpe fulgurante: hieres por vez primera y retiras, y como el herido se encoge, vuelves por segunda vez, ahora media cuarta a la derecha, y el viaje paralelo al primero. Si has estado bien, en esta segunda entrada le aciertas con el corazón. En esta casa se tira lo que se puede por figura geométrica, triángulos y tangentes, y los pies manteniéndose en el ángulo recto. Y el metisaca doble, repito, que es tan de mi gusto, consiste en trazar las paralelas en el aire. El diestro, que era más bien pequeño, usaba medio tacón, y tenía la nariz sorprendentemente movediza, gustándole que las visitas se fijasen en el detalle para poder explicar que su intuición era olfativa, y que había terminado por tener la nariz tan suelta y casi giratoria por seguir con ella, más que con los ojos, el juego de la espada.

—Las más de las veces —terminaba de explicar— es por el tirón que me da la nariz que mi espada acierta a parar o halla fácil los espacios intercostales del enemigo.

Y se acariciaba el apéndice nasal, delgado, abierto de bocas, aguzado en la punta y marfileño.

Desde que había leído Los Tres Mosqueteros, el diestro gastaba una melena a lo Aramis, que teñía de rubio. Era flaco y muy nervioso, y tenía la mirada dramática del espadachín que, médico de su honra, en toda dolencia receta el acero. No sabía estar sin la espada en la mano, y cuando recibía forasteros se situaba debajo de su retrato al óleo, en el que aparecía vestido de negro, flexionada la pierna derecha, y saludando con la espada, como al comienzo de lección. Se llamaba Quirino, y tenía la única sala de esgrima de la ciudad. La mocedad, en los últimos años, había perdido la afición al arte, y prefería pasar las tardes en el pichón, tirando ya con escopeta, ya con flecha.

Fue Tadeo quien le insinuó a don León que podrían pasar un rato en la sala de Quirino, ya que se había puesto aquella tarde de lluvia y no podían ir a pasear por la orilla del río como tenían dispuesto, visitando de paso las ruinas del puente viejo, que don León había visto en una estampa, decía, y en el petril del primer arco había un hombre que tocaba la guitarra. La verdad es que la insinuación de Tadeo era interesada, ya que quería ver cómo andaba su amigo, el del jubón azul, en espada, visto lo que se hablaba en secreto de la terrible facilidad de Orestes para dar la muerte en la hora de la venganza.

—Mi arte de espada —dijo don León a Quirino— no es tan depurado como el tuyo. Mi arte es simple y militar, y poco más he aprendido que aquello de «contra tajo, estocada, y viceversa». Además, que en mi país no se conoce el florete, no hay

duelos de honor, y toda la geometría que se sabe es agrimensora para deslinde de huertos después de las inundaciones. Yo lo que tengo —añadió don León— es que veo muy bien el cuello de mi contrario, jugando la espada ancha de doble filo, y voy a él de corte, que no de punta, y tajo con medio molinete como verdugo con hacha.

Quiso Quirino ver la prueba de esta habilidad, y puso en el centro de la sala uno de los muñecos del juego del estafermo, que era él quien tenía la exclusiva por privilegio real, ofreciendo a don León una espada larga, de hoja acanalada, de la familia del mandoble milanés. Don León la tomó, la halló ligera, la blandió y se puso frente al gigantón del estafermo. Ágil, simulaba el ataque adelantando la pierna, o se defendía retirándose, sosteniendo el terreno. Levantaba, con gracia de bailarín, el brazo izquierdo, y giraba alrededor del estafermo rápido y muy seguro de sí mismo. El señor Quirino sujetaba al muñeco por la cintura y lo llevaba de aquí para allá, poniéndolo fuera del alcance del atacante. Y en una de estas, cuando rápidamente lo apartaba, pretendiendo pasar hacia la espalda del hombre del jubón azul, este, con un quiebro sólo de cintura, se halló en el punto crítico, y descargó el golpe en el cuello del muñeco, de derecha a izquierda, y la cabeza de cartón piedra con los mofletes pintados de bermellón quedó colgando sobre el pecho del estafermo unos instantes, antes de desprenderse del todo y caer al suelo. Tadeo aplaudió y el señor Quirino admiró el golpe.

—*Magister meus!* ¡Admirable! ¡Eso que la espada está mellada!

Y en su entusiasmo, el pequeño Quirino, aunque la postura era forzada, puso uno de sus pies en la cabezota, y desenvainando la espada, se apoyaba en ella, ofreciéndose a la admiración del público, como si fuese el vencedor de Goliat y acudiese Israel jubiloso a saludar al héroe benéfico.

Mandó Quirino calentar agua para el baño a un criado de nación finesa que tenía, específico para estas higienes balnearias, y mientras tanto, convidó a una copita de vino dulce, y aunque había sobradas sillas, prefirió sentarse en la cabeza del estafermo.

—Mi padre, que en paz descanse —contó Quirino a don León—, enseñaba esgrima en Provenza, a pie y a caballo, y era muy apreciado. Se llamaba señor Elicio, y había que creerle, porque no era nada hiperbólico, que había aprendido de un centauro retirado el arte de la jineta. Se había ido a vivir a Provenza porque no podía pasar sin comer cada día ajos fritos por mor de mantener el juego de las articulaciones y los huesos sin sombra de reuma, cosa necesaria para su oficio, y solamente en Provenza había ajos de la calidad y la frescura que él exigía. Yo mismo hago curas de ajos en las lunas húmedas, y por el mismo motivo. Adiestró mi padre a los más de los gentiles hombres provenzales, y en los mayos salía con ellos al campo a fingir batallas contra imperiales o saboyanos, y en una de esas excursiones, habiéndose adelantado con el señor vizconde de los Baux, atravesando un pinar

encontraron una madre que corría dando gritos, llevando de la mano a una hija suya, y la hija tendría quince años y era rubia, muy agraciada. Mi padre y el vizconde le preguntaron a la fugitiva el porqué de las lágrimas, y la madre, haciendo arrodillar a la hija, explicó que había aparecido un dragón en la comarca, que había caído en la tema de pedir aquel bello fruto de su vientre para moza, que se estaba quedando ciego y quería ganarse la vida por ferias y fiestas haciendo de tarasca, desde Germania a Cataluña, y que si no le daban la niña de grado, que entraría en la aldea abafando y devorando. Mi padre le dijo que se sosegase, que él iría con su lanza a la bestia, y que el señor vizconde se llevase la niña al seguro de su gran castillo. Y así fue, y el vizconde, después de darle a la madre diez escudos de plata en garantía, se despidió con la niña a la grupa de su caballo, y mi padre, lanza en ristre, se fue al dragón. Y llegó tarde a combatirle, que aquella misma mañana, saliendo el animal de un prado escondido en el que un ciego le daba lecciones de canto a cambio de la noticia de dónde había escondido un violín Guarnerius, y el dragón aprendía fácil, que tenía buen oído y voz delicada; digo que el dragón, perdido el bien de la vista, se había despeñado por un acantilado en el camino orillamar, y yacía, pestífero, rota la bolsa del bafo, entre las rocas, medio sumergido, y la cabeza enorme, con la lengua verde asomando entre los aguzados dientes, surgía de las ondas. Y mi padre, desde aquel día, no soñaba más que con alancear dragones, y que venía desde Aviñón un pintor de milagros a retratarlo al lado de la bestia muerta, el valeroso con el pie izquierdo apoyado en la cabeza del draco. Y murió mi padre de no poder ver cumplido su sueño, y cuando estaba con delirios imaginativos no podían entrar en casa personas con tricornio, que los tomaba por infantes del dragón, de cabeza con cresta emplumada —que es como salen del huevo estas criaturas—, y quería alancearlos, y gritaba que viniese el pintor para el retrato, y a mi madre le pedía que le trajese las calzas bermejas. Y de los sueños de mi padre le quedó a servidor el deseo de que un día me pongan de campo —y soy muy aficionado, como todos los artistas, a que me retraten al óleo, con el pie izquierdo sobre la cabeza de una bestia—. De ahí que cuando rodó la cabeza del estafermo no me pudiese resistir a hacer un ensayo.

El señor Quirino se acercó a don León —arrastrando la cabeza de cartón piedra, que no quería cambiar de asiento— y le dijo, confidencial:

—¡El golpe de derecha a izquierda y de abajo arriba! ¡No lo puede mejorar nadie! Hace años que vinieron dos detectives a averiguar si yo se lo había enseñado a alguien, que corría la voz de que llegaba Orestes a vengarse, pero antes quería perfeccionarse de espada antigua. Yo no se lo había enseñado a nadie. Pero, si por un casual viniese Orestes secreto, te lo mandaría a que se lo enseñases, infalible. ¡Y no porque yo tenga afición a los regicidios, sino por amor del golpe perfecto!

Don León dijo que le gustaría mucho conocer a aquel Orestes, y pasó al baño, que ya estaba el finés esperando, en la mano la caña con la que sorbía un buche de agua

caliente, y se la soplaba después al bañista en los riñones. Y cada buchada era de un cuartillo, más o menos.

Tadeo había asistido en silencio a aquella escena de la prueba de espada de don León, y quiso tomar el arma, por ver si eran fáciles aquellos tajos, y pese a haber sido el mendigo leñador en su mocedad, no la pudo levantar de donde la había posado aquel a quien ya tenía por señor. Quirino, a su lado, se rascaba la cabeza.

—No te esfuerces —le dijo a Tadeo— y déjala donde está. Mientras al acero lo habite el pensamiento airado del que lo usó para la venganza, no habrá quien lo mueva, salvo el héroe. Dentro de pocas horas ya habrá enfriado y entonces podrá levantar la espada cualquier mozalbeta.

Escupió Quirino en la hoja, e hirvió el salivazo y humeó, como si hubiesen caído unas gotas de agua en un hierro al rojo vivo.

EL HERRADOR, sudoroso, tiró martillo y clavos en el cajón, y metió la cabeza bajo el chorro del pilón, y se dejó estar por unos instantes a su caricia. Se mal secó con un delantal viejo, que le quedaron goteando barba y pelo, y de este venían los hilillos de agua que le caían por la frente.

—Ya se ve —le dijo a don León— que entiendes mucho de caballos, y me gusta mucho el tuyo, cuya raza no conozco ni creo haber visto nunca otro semejante, que lleve el lucero dorado, y la cola negra azulada, que es lo más insólito que presenta. Mis abuelos estuvieron en Troya herrando los caballos de los aqueos, y mi padre viajó hacia Poniente, enseñando a aquellos bárbaros atlánticos el arte de la herradura, que ignoraban, y yo herré, de mozo, para el César de Roma, y nunca, hasta que me trajiste tu caballo, supe que se ayudaba a un feliz viaje clavando una herradura de plata en la mano de cabalgar del corcel. ¡Todos los días se aprende algo! y te felicito porque puedes permitirte este gasto, que una herradura de plata se va en pocas leguas.

—Mi caballo —explicó don León— es, si puede decirse esto de caballos, de raza divinal. Sabrás que en cierta isla de Levante apareció un día en la playa, como resto de un naufragio, un caballo labrado en madera, policromado, que seguramente ejerciera de mascarón de proa en una nave. Y el tal caballo era de cuerpo entero y debía encajar en la proa por los cascos traseros, levantándose sobre las olas encabritado. Era de una talla perfecta y lo más al natural que puedas imaginarte. Lo recogieron los isleños, y a hombros, y relevándose, lo llevaron al atrio del alcalde, quien salió con su mujer de la mano a admirarlo, y quedó con los ancianos en decidir qué se haría con aquel presente de las olas.

—¿Estará vivo? —preguntaba la alcaldesa, que era casi una niña, muy ensortijada y con un ramo de flores en la cintura.

—Hubo que convencerla de que no —prosiguió don León— acercando el torrero del faro una mecha encendida a las bragas del caballo, que no se movió. Quedó en el atrio el caballo en espera de una decisión, sin guarda de vista, que aquella es una isla pacífica en un mar solitario. Y no se sabe cómo a las yeguas de aquellas gentes les llegó la noticia del bayo y su hermosura, y como las dejaban sueltas al aire libre en las eras, porque era tiempo de verano, sin ponerse de acuerdo, que se sepa, llegaron todas a un tiempo al atrio a admirar el noble bruto, yeguas viejas y yeguas mozas. Lo que pasó cuando las yeguas comenzaron a rozarse con el caballo y a lamerlo no se sabe bien, que el alcalde despertó cuando su atrio era una feria de relinchos, y ya el caballo de madera, se ignora de cuál espíritu vivificado, cubría la yegua del abad mitrado de Santa Catalina, que la habían mandado del monasterio a la granja del monte a reponerse de un catarro, y las otras yeguas, decepcionadas, mordían y cocebaban a la elegida. Gritó el alcalde, salió a la ventana en camisón la alcaldesa, y

corrió el alguacil a encender un farol, y cuando lo hubo encendido se vio el cuadro que dije. El caballo, al darse por descubierto, como ya había terminado la cobertura, salió galopando hacia el mar. La yegua del abad quedó preñada; y de la cría que hubo descendiendo mi caballo, que saca en su capa los colores del decorado de su abuelo. El abad, que aunque gordo era letrado, explicaba la elección de su yegua por el aroma de incienso que despedía, que le quedaba a la montura suya de llevarla en las procesiones, y añadió en una homilía que algunas reglas ascéticas tenían prohibido el incienso por afrodisíaco, argumentando que si Salomón violentó a la reina de Saba fue porque esta le presentó una caja de plata llena de incienso en cuadradillos.

—¿Y qué fue del caballo? —preguntó el herrador.

—Se discutió mucho el caso, y aunque hay conformidad en que volvió al mar, que andaba tempestuoso en aquellos días equinocciales, los más piensan que pudo, dentro del caballo de madera, haberse escondido uno del mar, de las cuadras siempre vagantes y espumosas de Poseidón, que fue dios con las gentes antiguas idolátricas. Y de ser así, el que se escondió lo haría por influencia acaso de la historia del caballo de Troya, escuchada la noticia por el caballo marino a algún remero en cualquiera de los puertos helenos, donde las tabernas están en la playa, bajo grandes parras, como sabes.

—¡Notable asunto! —exclamó Tadeo, cada vez más sorprendido de las novedades que aportaba su amo, y convencido de que estaba sirviendo a un propietario de grandes secretos.

—Y este caballo —prosiguió don León— tiene además la novedad de que yo me embarco en Málaga para Atenas, por ejemplo, en una nave pisana, y yo voy durmiendo en mi camarote y mi caballo va por su cuenta a nado, y llega puntual para que yo lo cabalgue, salvo que pase cerca de una tierra donde haya una yegua en celo, que entonces se da unas vacaciones, y yo tengo que esperarlo paseando por los muelles. ¡Sale a su abuelo!

Dijo esto, y puso su mirada en la de Tadeo, el cual halló el relato de don León, que nunca había hablado tanto, como una respuesta a lo que el mendigo le había contado del encuentro de Orestes con la jorobadita en un puerto del país vecino.

El herrador no sabía si tomar por verdadera aquella historia del caballo, pero al fin este estaba allí, con su lucero de oro y su cola azul, herrada la mano de cabalgar en plata. Y viendo don León que el herrador quedaba confuso e incluso inquieto, le dijo:

—¡No me burlo, herrador! Y como el caballo llegó hace poco de una natación, y yo no he tenido tiempo de limpiarlo ni de mandarlo limpiar, y hace un mes que no conoce el cepillo ni su cola el peine, mira en esta las huellas del Océano.

Y don León, seguido del herrador y de Tadeo, se acercó al trasero del caballo, rebuscó en la larga cola, sacó unas algas y tres cangrejillos que mostró a los dos

atónitos en la palma de su mano.

EL OFICIAL DE FORASTEROS tenía sobre su mesa todos los informes acerca del caballero del jubón azul que se hacía llamar don León. No había dado un paso ni dicho una palabra, que no estuviesen allí, en letra de Iturzaeta —que era la reglamentaria en la policía política—, en aquellos grandes folios sellados. El señor Eusebio esperaba la visita de don León, que, según había avisado Tadeo, iría aquella misma mañana a registrarse. El señor Eusebio tomaba notas, se golpeaba la nariz con el manguillo de la pluma, cerraba los ojos para mejor seguir el hilo de su pensamiento. ¿Era o no era Orestes? Ateniéndose a los augurios antiguos, no lo era. Además, había desaparecido la expectación temerosa, apetitosa del derramamiento de sangre como de una liberación. Orestes entraba nocturno en la ciudad, y no bien llegaba ya hacía que Ifigenia tuviese conocimiento de vagos rumores y sospechas acerca de su venida. Segundo, entraba armado. Tercero, se escondía en el foso. Cuando los falsos Orestes, para Eusebio no hubo nunca dudas acerca de su inocencia, pero la razón de Estado llega a ser maquinal, y obra como un fin, creando una realidad propia ante la cual los humanos somos como siervos fantasmas de la gran idea. Se cortan cabezas no porque sean cabezas, es decir, pensamientos capaces de armar un brazo terrible, sino porque las excepciones prueban el argumento soberano. Ahora bien, se estaba despertando en la ciudad una extraña curiosidad ante las idas y venidas de aquel forastero, y algunos sacaban a relucir la historia de Orestes. ¿Viviría Orestes? Eusebio tenía archivadas noticias y noticias acerca del infante. Su hermana aseguraba que había sido un niño tímido y callado, que hacía castillos con tacos de colores, y pasaba las horas absorto, con las manos a la espalda, ante la corona paterna. Su madre lo tenía por travieso incorregible, inquieto desobediente, siempre soñando aventuras lejanas y pintando barcos en las paredes. Constantemente los testimonios se contradecían, desde el de la nodriza al del maestro de primeras letras. Unos lo daban por juguetón alegre, por doncel franco y generoso, y otros lo ponían de hipócrita y avaro, amigo sólo de aduladores. Cuando se fue, llegaban las nuevas más dispares de parte de los agentes secretos: que se hiciera caballero andante, que no salía de los prostíbulos, que iba al templo siete veces al día, que no dormía por jugar a dados, que regalaba monedas de oro en los hipódromos, que estaba preso por deudas, que lo querían casar con una princesa de Siria, que era marica probado, que juraba vivir de pan y agua hasta la venganza, que se emborrachaba para olvidar...¿Quién casaría todo esto? Eusebio pensaba que si él hubiese tenido gusto por la carrera política, le habría dado a Egisto las noticias de la perversidad y desgracia de Orestes, ya Ifigenia las de la espléndida nobleza y grave actitud de su hermano, ejemplo de príncipes exilados. Pero mejor estaba en su registro, con sus pantuflas, sin problemas mayores, tratando extranjeros, yendo a baños de mar en los septiembres, cita semanal

con viuda, y todo el año acostándose cuando las campanas de la Basílica tocaban a vísperas y benditas ánimas, salvo que hubiese teatro. Ahora había venido a complicar las cosas este forastero. ¿Lo detendremos por falso Orestes? Él no ha dicho que sea el príncipe. Detenerlo supondría volver al tiempo de las sospechas y del miedo cerval. Al miedo de la venida de Orestes se le echaba la culpa de todo mal: abortos, pérdidas de vino, ciclones, fiebres, e incluso caídas de andamio y muertes súbitas. Una escasez de paños negros que hubo, se probó que tuvo su origen en que un viajante le dijo al oído a un tendero que había encontrado a Orestes en una frontera, y que venía con la terquedad de imponer a todos lutos por su padre, y los mayoristas acapararon. No, no se detendría a Orestes, al falso Orestes. Era preferible correr el riesgo, una probabilidad entre un millón, de que fuese Orestes. Se le invitaría, si su conducta lo justificaba, y continuaban los rumores en barberías y tabernas, a que abandonase la ciudad. Y a esta decisión había llegado el señor Eusebio, cuando el ujier le anunció que aguardaba audiencia don León. El señor Eusebio metió los informes en el cajón, y mandó que pasase el forastero.

Don León, en la puerta, hizo una cortés inclinación de cabeza, y aceptando la invitación del señor Eusebio para sentarse ante él, se excusó por no haber acudido antes al Registro de Forasteros, pero estuvo a la espera de su caballo y paje de equipajes, y en una maleta traía la autorización paterna para viajar que, siendo primogénito de ley bizantina, le era necesaria. Y se la mostraba al señor Eusebio, en pergamino y con cuatro bulas, todas colgando de cintas púrpura, pues eran plomos imperiales.

—Me llamo León, hijo de León, y viajo por ver mundo, estudiar caballos y comparar costumbres por medio del teatro.

El señor Eusebio asintió sonriente.

—¡Aristocráticas ocupaciones! ¿Sois rico?

—En su provincia tiene mi padre una torre, y alrededor una buena labranza, y por parte de madre, que en paz descansa, heredé en Armenia rebaños, y el peaje de un puente muy transitado. Llevo conmigo doce onzas legales.

Y sacando una bolsa de dentro del jubón, la desató sin prisas, y echó encima de la mesa, rodándolas, las doce monedas de oro.

—Son romanas —añadió.

—¿Religión? —preguntó Eusebio, quien había comenzado a escribir en el libro registro.

—El alma es inmortal.

—¿Estado, edad, señas particulares?

—Soltero, treinta años, una mancha en forma de estrella sobre el ombligo.

El señor Eusebio vacilaba en pedirle al extranjero que le mostrase la tal mancha, pero no tuvo que decidirse a hacerlo, que ya don León desataba las calzas, que las

usaba como llaman de mantel, y levantando la camisa y bajando la cintura de las bragas, mostraba la mancha. Era una estrella casi en celeste, de doce puntas, y una de ellas más alargada y oscura, como la que en la rosa amalfitana de los vientos da el Norte.

—¿Os estudiaron alguna vez la seña?

—Sí, adivinos griegos. Anuncia, según ellos, robusta ancianidad, abundantes hijos y felices venganzas. Veremos si la aciertan, porque todavía soy joven, aún no encontré esposa, y no me obliga venganza alguna.

El señor Eusebio admiró la educación del forastero, y gustó de su mirada sosegada y franca, y de la nobleza de sus gestos, como por ejemplo cuando derramó las monedas de oro sobre la mesa. Para hacerlo de aquella manera, hacían falta señorío y generosidad. Tocó el señor Eusebio la campanilla, y mandó que se acercase el oficial sigilante, y acudió este con la pasta roja y el sello, y don León tendió la mano diestra para que se la sellasen. Lo que hizo el señor Eusebio con la facilidad que da la costumbre, pero al levantar el sello, se fue pegada a él la parte de pasta donde debía quedar grabado EGISTVS REX. El forastero mostraba la palma abierta, con aquel fallo en el sellado, a la altura de la hebilla del cinturón, la cual figuraba una serpiente anillada en un ciervo, emblema que había sido hacía años de los amigos de Orestes, y que todavía, cuando los agentes secretos lo veían en cualquier parte, les obligaba a decir que Orestes regresaba. El señor Eusebio y el extranjero se miraron. Don León sonrió y exclamó, más para sí mismo que para el señor Eusebio:

—¡Si todos los Orestes posibles fuesen Orestes, no valdría la pena ser Orestes!

Y salió.

El señor Eusebio se golpeó suavemente la frente, como ayudando a su cerebro a dilucidar aquella frase, que parecía tomada del libro segundo de la Sibila, y que tanta verdad decía.

SEGUNDA PARTE

TODA LA VIDA la había gastado en esperar. Dejaba en el lecho a Clitemnestra, y se dirigía, silencioso, de puntillas, espada en mano, hacia la sala de embajadores. ¿Sabría Orestes, si llegase oportuno, que era Egisto aquel que estaba allí, de centinela junto a la ventana, ensayando su perfil y su sombra a la luz de la luna? Egisto había conocido a Orestes niño, pero, ¿cómo sería ahora, adulto, el vengador? Egisto había ordenado que le hiciesen retratos del hijo de Agamenón, y tenía una docena, pero cada retrato daba un hombre diferente, rostros que en nada se asemejaban, bocas para palabras distintas, miradas que no se dirigían nunca a él, Egisto, que necesitaba ser reconocido por Orestes, no fuese este a equivocarse e ir hacia otro, deslumbrante homicida. Decidió el rey colgarse del cuello con un cordón de cuero, de los de atar el piezgo del odre, un letrero de cartón en el que había pintado con letras rojas su nombre, y lo escondió en el lobo de bronce que estaba en la tercera escalera del trono, a mano derecha, metiéndolo entre la parte interior del muslo izquierdo y los testículos de la fiera. Cuando retiraba el cartón, tocaba estos, y le parecía que una fuerza antigua y selvática lo saludaba, lo que tenía por buen augurio. Egisto, con el letrero sobre el pecho, avanzaba hacia la puerta. Diecisiete pasos justos hasta el poste de la primera reverencia. Si entonces tendía la espada, tirando al pecho del súbito enemigo, podría clavarla justamente en el corazón del que entraba, o en el cuello, pues pasaba la punta media cuarta del umbral. Imaginaba Egisto que aquel trozo de espada que asomaba por la puerta era luminoso como el ojo de un felino, como si él mismo hubiese puesto en la punta de la ancha hoja de acero uno de sus propios ojos, y vigilase en la oscuridad del largo corredor que descendía, en suaves curvas, hacia el jardín. Egisto veía con su espada. Noches enteras había consumido en esa espera, largas noches invernales, en las que el viento no permitía escuchar el catarro de la lechuga en la torre, y breves y dulces noches veraniegas, en las que el ruiseñor no cesaba de dolerse. Egisto prefirió, al principio de su centinela, la espera en las noches de lluvia al final de la primavera, pero las carreras de los ratones en el desván, rejuvenecidos con el tiempo tibio, le daban una sensación de compañía y tranquilidad que no era lo propio de su trágica expectación, y por eso pasó a preferir la espera en las noches lluviosas de comienzos de otoño. El viento arremolinaba hojas secas en las curvas del corredor, y el ruido que hacían al rozar con la piedra le parecía a Egisto los pasos de Orestes. Egisto, verdaderamente, lo pensaba todo como si la escena final se desarrollase en el teatro, ante cientos o miles de espectadores. Un día se dio cuenta de que Clitemnestra tenía que estar presente en todo el último acto, esperando su hora. Podría Egisto, en la pared del fondo, en el dormitorio, mandar abrir un ventanal sobre la sala de embajadores, un ventanal que permitiese ver la cama matrimonial, y en ella a Clitemnestra en camión, la cabellera dorada derramada en la almohada, los

redondos hombros desnudos. Cuando se incorporase, despertada por el ruido de las armas, en el sobresalto debía mostrar los pechos, e intentando abandonar el lecho para correr hacia el ventanal, una de las hermosas piernas hasta medio muslo, o algo más, que la tragedia permite todo lo que el terror exige. Clitemnestra gritaría:

—¡Hijo!

Y en ese mismo instante Egisto caía, mortalmente herido. Tendría que caer sin doblegarse. Agamenón había dado unos pasos, le había caído la espada de la mano, se había agarrado a un cortinón, se había llevado las manos al pecho... A Egisto le gustaría caer de otra manera. Como herido por el rayo. ¡Si pudiese mandarle recado a Orestes para que trajese una larga espada, de hoja sinuosa! O caer como cae una piedra en el sereno remanso de un río de oscuro rostro, y los espectadores, echando hacia atrás unánimes las cabezas, asustados, como queriendo evitar que la sangre los salpicase, simularían las ondas que se expanden en las quietas aguas. Egisto caía, y en el enorme silencio solamente se escuchaba el golpe en las tablas de su pesada espada, seguido de otros golpes, los del casco rodando por las escaleras, reflejando en su bruñida superficie la luz de las antorchas portadas por los esclavos. Ya estaba muerto el rey, y no podía levantarse a recibir los aplausos, ni a dirigir el asesinato de Clitemnestra. Con Orestes, él se batiría en silencio, pero entre la madre y el hijo era obligado que hubiese un diálogo. Habría que sugerirle a Clitemnestra unas frases, unos gestos, las posibles respuestas a las preguntas de Orestes, alguna pregunta a Orestes, en la que se revelase su corazón, a la vez de madre y de amante apasionada. Orestes preguntaría, naturalmente, cómo había consentido la reina en el asesinato del ungido, y llevado, después del crimen, el asesino al lecho nupcial. Habría que dar con el tono, con las palabras solemnes y significantes, y sin embargo próximas, del grito. Convendría buscar testigos de las grandes venganzas griegas. Por otra parte, lo mejor sería que uno de sus agentes secretos, en un puerto lejano, hubiese encontrado a Orestes y tratado con él el diálogo de la hora de la venganza. ¡Un toma y daca para el teatro! Un agente secreto que supiese enroscarse en el pensamiento serpentino de Orestes, plegarse a sus mil facetas como la luz a la cara tallada del diamante, penetrar a través de las rendijas de la ira al rincón más oscuro. El dramaturgo de la ciudad podía poner por escrito el diálogo. Egisto le explicaría las horas ocultas de la gestación del crimen y las horas espléndidas del amor. La conquista de la bella soberana había durado muchas semanas. Egisto, vestido de seda, sollozaba, se impacientaba, hablaba de darse muerte, se dejaba crecer las uñas para arañarse el rostro, se ofrecía para ir a averiguar si Agamenón vivía. Clitemnestra cedió el día en que Egisto menos lo esperaba. Pisó la reina, sin darse cuenta de ello, el galgo de Egisto, tumbado al sol, y que se levantó quejándose. Creyó la reina que el perro al alzarse se revolvía contra ella, y se echó en los brazos de Egisto. Las bocas se encontraron. Egisto prolongó el beso durante un largo minuto, y la reina se desmayó.

Allí mismo fue, en la galería, y el galgo, ya tranquilo y deseoso de que lo acariciase el amo como solía, acudió adonde yacía la amorosa pareja, y se puso a lamer lentamente el cuello de Egisto, como cuando, en los días de caza, a mediodía, Egisto, fatigado, echaba una siesta debajo de un roble.

Cuando apareció el rey guerrero, a Egisto le fue muy fácil convencer a la reina de que aquel hombre, siempre armado y grosero, debía perecer. Clitemnestra decía que ella se sentía viuda, como si el marido se hubiese perdido en un naufragio. Una noche llegó un corredor avisando a Egisto de que asomaba el viejo rey, cuya nave había echado el ancla en la desembocadura del río. Y casi al mismo tiempo del aviso entraba Agamenón en la ciudad, cantando, golpeando con el puño de bronce en el escudo de madera y piel, pidiendo vino, probando su honda en los faroles, llamando a gritos a su mujer.

—¡Vengo perfumada, palomita!

Le abrieron las puertas del palacio porque dio el santo y seña, y como era luna nueva, se sentó en la escalera principal afirmando que no se acostaría con Clitemnestra hasta dictar sentencia en todos los pleitos que dejara pendientes. Sus dos soldados alarmaban por calles y plazas, la gente despertaba, se abrían ventanas y se encendían luces. Agamenón, abriendo los brazos, imitaba el rugido del león, y ordenaba a su heraldo que advirtiese a las preñadas que no malpariesen con el susto, que aquellos rugidos eran el ritual del regreso del rey. Egisto avanzaba, descalzo, espada en mano. Las anchas espaldas de Agamenón parecían llenar el hueco de las escaleras. Egisto, al llegar al primer rellano, corrió, tomando impulso, y se dejó caer sobre ellas, y apoyando el golpe con todo su cuerpo, clavó a metisaca. Agamenón, herido mortalmente, se levantó y se tambaleó.

No miró hacia atrás, y así no pudo saber quién fuera el matador. Se agarró a un cortinón rojo, doblegándose, buscando a tientas su espada con la otra mano, pero no pudo sostenerla cuando la halló. Intentó incorporarse, agarrado al cortinón ahora con las dos manos, pero el rey y el cortinón rojo cayeron a la vez. Rodaron unas monedas. Asomó sobre el balaustre del último piso la cara colorada de la nodriza de Clitemnestra:

—¡Cayó el cabrón! —gritó el ama, y escapó, perdiendo una chancleta en la fuga. ¿La habría oído el rey antes de morir? El muerto estaba allí, medio envuelto en el cortinón. Sombras humanas se hundían en las paredes, se deslizaban fuera del patio, cerraban puertas. Egisto se había quedado a solas con el difunto. El miedo le había obligado a matar así, súbitamente, por la espalda. Flotaba en el aire el acre aroma de la resina de las antorchas apagadas con el pie por los esclavos presurosos. ¿De quién fue aquella mano que vertió de un cabo de vela un poco de cera en el pomo de la espada del rey, y lo posó luego allí? Egisto descendió tres escalones para poder ver el rostro del rey, tostado por los días de navegación. Colgaba la cabeza, mirando hacia

las bóvedas con los ojos rojizos, que parecían cuentas de vidrio. Clitemnestra, cuando Egisto saltó del lecho, le había pedido que se fijase si Agamenón conservaba todavía la barba rubia. La reina, por un raro escrúpulo, quería saber a ciencia cierta lo de la barba. Egisto contempló a sabor el rostro del rey muerto. No tenía barba. Estaba afeitado del día. El comprobar esto pareció tranquilizar algo a Egisto. Se tocó con ambas manos suyas su barba y la acarició. Agamenón se habría afeitado en la barbería del puerto, acaso pensando en la mujer, en no rozarle la suave piel de las mejillas con la militar barba puntiaguda.

—¡Se había afeitado la barba! —dijo Egisto a Clitemnestra, sentándose en el borde de la cama e inclinándose hacia ella, buscando un beso.

Clitemnestra rechazó a Egisto y se echó a llorar. —¡No podía hacerme eso! ¡No podía hacerme eso! — decía la reina entre sollozos—. ¡Y que no piense que voy a ir a verlo!

Se pasó llorando hasta el alba. Y Egisto, arrodillado cabe la cama, apoyando la cabeza en los pies de la amante real, durmió. Durmió hasta que lo despertó la trompeta de diana. Soñaba que Agamenón, envuelto en el cortinón rojo, se acercaba, arrastrándose, e intentaba arrancarle la barba, y la boca del rey se aproximaba, mostrando el enorme diente de oro, que iba a clavarse en los ojos de Egisto. Y Egisto no podía huir, las piernas no le obedecían. Lo salvaron la trompeta y los gallos del alba.

PASABAN LOS AÑOS. En la imaginación de Egisto la jornada regicida iba tomando aspectos nuevos. Egisto se decía a sí mismo, sorprendiéndose a veces de un añadido, que aquello no era invención sino recuerdo, y que, sosegando con el paso de los días, la memoria se hacía más generosa en detalles. La verdad era que Egisto tendía a ennoblecer su hazaña, a componer una figura heroica. Al pueblo se le había explicado que la muerte de Agamenón fuera forzosa, que el rey antiguo quería quemar la ciudad, porque habiendo mandado varias veces a pedir socorros de galleta y vino, no se había hecho caso de sus recados. Y aun fuera casual la muerte, que insistiéndole Egisto, en su calidad de apoderado de Clitemnestra, que estaba con un cólico de aceitunas aliñadas en la cama, que cesase en su empeñamiento, Agamenón se fue contra él y se clavó por su cuenta. Y la muerte fue porque se desangró, que la herida era pequeña. Egisto podía alegar la legítima defensa. Y la prueba de que no era criminal la daba Clitemnestra casándose con él de segundas. Se formó un partido, llamado «Los Defensores», que apoyó a Egisto por su gesto, impidiendo la quema de la ciudad, y el nuevo rey dio dinero para una bomba contra incendios, con lo cual sacó a los defensores de la política para bomberos voluntarios. La monarquía conservaba su pompa, y la ciudad era gobernada por los senadores. Egisto gozaba de Clitemnestra, cazaba en otoño, y en junio tomaba baños en una charca salutífera contra un sarpullido que se le ponía en el vientre. Si no fuese por el asunto Orestes, ¡qué regalada vida! Pero el nombre terrible, y la expectación de su llegada ensombrecían los días de Egisto y Clitemnestra. El gesto más habitual de la pareja era el de asomarse a la ventana y mirar hacia el camino. Muchas veces, coincidiendo con avisos del espionaje, se veía galopar por el camino a uno de capa roja, o seguido por lebreles, y Egisto y Clitemnestra se miraban y pronunciaban a la vez, interrogando, el nombre fatal:

—¿Orestes?

Egisto se armaba, y esperaba. Llegaban, al fin, sus escuchas, y le daban las señas del forastero. Egisto ya sabía que lo de armarse era superfluo, porque estaba escrito que si Orestes llegaba a encontrarse frente a él, Egisto sería hombre muerto. Y se corrió por los países vecinos la fama del sereno sosiego de Egisto, quien conociendo su destino, hacía la vida cotidiana, paseaba con su amada por jardines y galerías, educaba halcones y los miércoles recibía lección de geometría. Varios colegas quisieron conocerlo, entre ellos un rey de tracios llamado Eumón, el cual aprovechó para visitar a Egisto y Clitemnestra uno de sus períodos de vacaciones, que las tomaba por semestres. La causa de estas largas vacaciones era que, a Eumón, cada seis lunas se le acortaba la pierna derecha y se le ponía como la había tenido de un año de edad, y tardaba otras seis lunas en volvérselo a su natural. Entonces, Eumón,

por no perder el respeto de sus súbditos con la piernecilla aquella, salía de viaje, y no regresaba a su campo de tiendas de piel de potro hasta que estaba perfecto y podía mostrarse sin cojera en las procesiones. A Clitemnestra le gustó mucho ver la pierna de Eumón, que la traía, en los días de visita, de la máxima cortedad, y la acarició soñadora, porque le recordaba la de su primogénito cuando este salió del regazo para los primeros pasos, tan redonda, la piel suave, y aquellos rollitos del muslo. Hospedaron los reyes a Eumón en palacio. Todavía tenían algún dinero para diario, y además, por aquellos mismos días, aconteció la muerte de la nodriza, la cual le dejó a Clitemnestra lo ahorrado, con lo cual pudieron hacer buenas comidas sin tener que pedirle una paga de adelanto al intendente. El gasto de espías arruinaba a la Casa Real, que los senadores habían decidido que, fuera de los augurios, eran los reyes quienes tenían que pagar de su bolsillo la prevención de la venganza. Egisto llegó a pensar que tanto gasto en vigilancia iba a poner lo vigilado en muerte por hambre. O, y esto le hacía sonreír, que puestos en círculo alrededor de la ciudad y del palacio avisos, escuchas, espías y contraespías, Clitemnestra y él tuviesen que abandonar secretamente la morada real y salir por los caminos a pedir limosna, pordioseros que no osaban decir su nombre ni su nación, mientras en la ciudad continuaba la vigilancia.

Eumón de Tracia quiso saber todo lo que había en aquel asunto, y Egisto le contó —y la reina, que estaba presente, se ruborizó, tapándose el rostro con el abanico— cómo se enamoró de doña Clitemnestra por la visión de los pechos, y más tarde por el trato nacido de llevarle regalos de seda e imperdibles ingleses, y contarle las novedades, y cómo ella le correspondió, impulsada por la soledad, con aquel marido ausente durante largos años, y por la emocionada sorpresa del asombro de Egisto cada vez que ella se mostraba ante él en las recepciones matinales.

—Verdaderamente, era una viuda cuando cayó en mis brazos, buscando consuelo. Todas mis palabras la habían llevado al convencimiento de que eso era, una lozana viuda moza, una bella mujer que se estaba desperdiciando, esperando a quien no regresaría jamás. Y por creerse viuda se me entregó, con lo cual, en puridad, nadie puede decir que hubo adulterio. Corrían noticias de que Agamenón volvía, pero su nave nunca dejaba ver la ancha vela decorada con un león azul. Pero un día cualquiera Agamenón volvió. Advertido a tiempo, pensé en salirle al camino y en retarlo a singular combate. Había un llano perfecto junto al pozo antiguo, cabe la robleda grande. Yo saldría de entre los robles, la armadura disimulada con ramas, y gritando mi nombre galoparía contra él. Pero considerando el asunto estimé conveniente esperarlo en la escalera principal de palacio, y allí cerrarle el paso. Era prohibirle su casa propia, decirle que no era. Además, pensando en excitarlo, había mandado colgar ropa interior de Clitemnestra, perfumada a lo violeta, en cuerdas tendidas de parte a parte en las escaleras. Quería cegarlos de ira para mejor dominarlos

y darle muerte. Elegí cuidadosamente mi puesto en lo que podemos llamar sin más ojeo, y mandé picar el quinto escalón, que era el de mi espera, para no resbalar, que desde que los antepasados de Agamenón tuvieron el estanco de la sal gaditana en los bajos, no se ha podido quitar la humedad de aquella parte. La larga espada se mecía en mi mano derecha, y desde el balaustre del rellano, para darle más lucimiento a mi figura, iluminada perfectamente por cuatro faroles de cristales de diferente color, con un fuelle de mano un criado de confianza hacía menear, como si soprase viento del Oeste, las largas y enhiestas plumas de mi casco. Y apareció al fin, gigantesco, enmascarado, envuelto en dos capas, en una mano el hacha y en la otra la espada, el rey Agamenón.

—¿Dialogasteis? —preguntó el atento Eumón.

No se le había ocurrido aquello a Egisto. Habría que mandarle recado a Filón el Mozo que escribiese el texto, para recitarlo en otras visitas reales.

—Pregunté quién era aquel tal que, armado y nocturno, turbaba la paz de un pacífico matrimonio, el cual, acabada una modesta cena de caldo de pichón, se encontraba en la cama esperando la visita del sueño, que suelen pintar con alas, no queriendo aquella noche, primer día de Cuaresma entre griegos, goces conyugales. «¡Vete —le grité— a ensombrecer otros umbrales!». No me respondió, y aun pienso que queriendo hacerlo no pudiese, por haber perdido el habla agonizante en los largos años de ausencia entre bárbaros. Rugió, imitando el león, y avanzó hacia mí.

—¡Cuando estaba acatarrado rugía muy bien! —comentó Clitemnestra.

—Rugió —prosiguió Egisto— y avanzó hacia mí. ¿Deja de ser un héroe un hombre astuto? Yo contaba con el tercer escalón, rezumando humedad salitrosa, y con sus zapatos claveteados. Sonreí. No pude evitarlo. Y al llegar al tercer escalón, resbaló. Al caer, dio media vuelta y me ofreció su espalda, y mi hierro entró fácil hacia el corazón. Ya no rugió más.

—Ulises no hubiese tenido nada que reprochar a tu astucia —dijo Eumón, que conocía los clásicos.

—Además —apostilló Clitemnestra suspirando—, se había afeitado la barba rubia. ¡Nunca se lo perdonaré!

Egisto miró para Eumón, quien se encogió de hombros.

—¡Misterios de las mujeres! —dijo el tracio—. En mi país se estudian mucho estas salidas de las féminas. En la tertulia de esta noche os contaré algunos puntos.

EUMÓN EL TRACIO era alto y flaco y vestía a la moda de su país, que era un chaleco bordado y dos faldas forradas de diferente color. Tenía la clara mirada alerta de los pastores, y era más bien callado, salvo cuando la conversación trataba de pájaros, de mujeres o de mulas, siendo de estas últimas su nación la principal proveedora de las iglesias griegas, y las hacían a medida por encargo de metropolitanos y archimandritas, tanto en ancho como en alto y en balanceo. La ciencia de los criadores había llegado a tanto en el país de Eumón, que sacaban del vientre de la yegua madre la mula que querían, bebiendo en blanco, calzada de mano, bragada, y para el abad del monasterio de Olimpios, cana de cola, que era ese el gusto de Su Beatitud, y contó Eumón que una vez, necesitando el obispo de Adana un muleto con unas alas pequeñas en las patas, casi a raíz de los cascos, y tal como vienen las de Hermes en las estatuas antiguas, que quería monseñor sacar la bestezuela en un milagro, los abuelos de Eumón se comprometieron a lograr tal híbrido, y poniendo a la yegua bajo un asno zaino al que habían colocado unas alas de muestra, hechas con plumas timoneles de cuervo, y paseando el asno así vestido por delante de ella los nueve días siguientes al coito, llevando después la yegua a un campo donde todos los muletos destetados tenían aquel mismo adorno en las patas, no queriendo ser menos Aragona, que así se llamaba la yegua, dio a sus meses una cría alada, como pedía el mitrado de la ciudad de Adana, célebre desde Teófilos, el clérigo que vendió el alma al diablo.

—Decidme, ¿cómo no divulgasteis el arte ese? —preguntó Egisto.

—No compensa, querido amigo, salvo por encargo pagado en oro, que la yegua en su preñez hace tantos esfuerzos, que podemos llamar espirituales imaginativos, en sacar su cría a la moda, que después de parir esta, queda definitivamente estéril, le entran melancolías, aborrece el trébol, adelgaza, y un día cualquiera se desboca y se tira por el gran precipicio de nuestra frontera helénica, cuyo fondo son unas rocas puntiagudas.

Eumón levantaba la mano derecha al hablar y tropezaba algo en las erres. La barba redonda la tenía arrubiada, y lo más notable de su figura eran las grandes orejas, que cerraban el pabellón hacia delante.

—Mis orejas, que aquí llaman la atención, y tu barquero, en el vado de la torre me tomó, creo, por el último adelanto veneciano en escuchas, en mi nación son poca cosa, y según los historiadores las grandes orejas de los tracios hípicas vienen de cuando los antepasados creían que era el viento llamado Bóreas el fecundador de las yeguas, y había que estar con el oído atento al canto suyo, para encerrar a estas cuando se sospechaba la llegada de aquel falo silbador e invisible. Generalmente se las vestía con bragas de cuero, inutilizando así la violencia del ventarrón, aunque no

sin perjuicios, que al verse el tramontano privado de sus goces carnales, se revolvía furioso contra el poblado, y derribaba tiendas y dispersaba pajaros. De aquellas centinelas nos quedaron a los tracios estas nobles orejas.

Y el rey Eumón hizo una perfecta demostración de la movilidad de las suyas, abriendo y cerrando el pabellón, abocinándolo, y haciéndolo estremecer como hoja de higuera en día de vendaval.

Clitemnestra le recordó a Eumón que había prometido hablar de los misterios de las mujeres en la tertulia vespertina, y el tracio asintió, advirtiendo que, en conjunto, disentía de la novela francesa.

—La ciencia del misterio femenino —explicó Eumón— comenzó a cultivarse entre los tracios por la necesidad de penetrar en el secreto de las querencias de las yeguas. ¿Quién podrá negar que en la imaginación de cada yegua no haya un ideal masculino? En la imaginación de la yegua galoparán hermosos caballos, y nosotros, los tracios de las paradas, en vez de estos perfectos corredores les ofrecemos a las yeguas unos asnos, aunque lujuriosos, de agraria taciturnidad, aburridos los poitevinos, irritables los de Vich. Defraudadas, las yeguas jóvenes pasan largos períodos de histerismo, del que sólo las libra la forzada maternidad. Un gran criador, pariente mío, fabricó en madera siete caballos, a los que cubrió con pieles diferentes, capas varias desde bayo a ruano, y eran los símiles de tamaño natural. Mi pariente soltaba la yegua virgen por entre ellos, puestos en el pastizal, y estaba atento a la elección que la hembra hacía, púdicamente el primer día, con espantadillas, idas y venidas y sin saber con cuál quedarse, pero al segundo día ya se había decidido, y se acercaba lametona al preferido, ofreciéndole prueba de festuca en sazón. Entonces, con la piel del elegido, mi pariente vestía al asno padre de turno, y se le echaba a la yegua, la cual se entregaba fácil. Algún inconveniente solía haber con ciertos asnos, que no se dejaban disfrazar, ya que seguros de su buena presencia, querían ser aceptados por sí mismos en la cópula, Mi pariente, vistos los buenos resultados de esta práctica, especialmente con yeguas díscolas, y las más que salen así son de las delgadas y muy escogidas en alimentarse, dictó a un pendolista de Elea un tratado que se hizo famoso sobre la prudente libertad que se le puede conceder a la mujer en la elección de marido.

—¡Mis padres eligieron por mí! —suspiró Clitemnestra—. Mi nodriza me dijo que Agamenón entraría desnudo en mi cámara, y que yo, para no asustarme, que no me fijase en otro detalle que en su barba rubia. ¿Cómo, Eumón de Tracia, me entró esa incoherente vehemencia, esa terquedad en que si volvía Agamenón, trajese, al cabo de los años mil, la misma barba lozana y puntiaguda?

Eumón apoyó el dedo índice de su mano derecha en la estrecha frente, y volviéndose a Egisto explicó el caso, diciendo que lo hacía por intuición, y por analogía con la interpretación de sueños.

—Y no es difícil la explicación, que estando como estabas, Clitemnestra, en la espera del peregrino, temías asustarte si aparecía de pronto ante ti, y trabajando todavía en lo oscuro de tu alma la advertencia preventiva de tu nodriza, sin darte cuenta te asegurabas con ella, diciéndote, sin decírtelo, que evitarías el espantoso terror, y acaso el castigo por tu amor a Egisto, con sólo mirar para la barba rubia. No importaba nada el que, mirando para la barba rubia, te dejases hacer y saliese del paso Egisto cornudo por obra de Agamenón cornudo. O que te diesen muerte. Tú tenías que estar mirando para la barba rubia, no quitar ojo de la barba rubia, salvándote del miedo. Era, además, aquella mirada para la barba rubia, volver al día de la virginidad nupcial, de la preciosa inocencia tuya en la espera del gran Agamenón. De ahí tu desesperación al saberlo afeitado, que era como si te quedaras sin el seguro contra el miedo, que en este caso era un seguro de vida. Y aun creo que podría profundizar más en el asunto, sin ofender a Egisto presente, considerando si Clitemnestra no añoraba aquel lejano día, la hora en que la barba rubia se le metió en la cama. Que la memoria viaja sin dueño, y encuentras en un vaso un agua que te fue sabrosa antaño, aunque ahora te cause horror o sea veneno.

—¡Agamenón no era nada retozante! —comentó Clitemnestra, dirigiendo hacia Egisto la acariciadora mirada de sus ojos vacunos.

EUMÓN invitó a Egisto a hacer un viaje por la costa, ambos disfrazados de correos latinos, y dejando asegurado un relevo de avisos, no fuese a llegar Orestes durante su ausencia y hallase a Clitemnestra sola, asomada a su ventana. Tras algunas vacilaciones de Egisto, quien creía faltar a su papel ausentándose del reino, e insistiendo Eumón en que él corría con todos los gastos, quedó decidida una romería de una semana. A hora de alba salieron los dos reyes de la ciudad, Eumón en su árabe inquieto y Egisto montando su viejo bayo Solferino, y formaban el séquito los dos ayudantes de pompas de Eumón y el oficial de Inventario de Egisto, elegido porque tenía montura propia, y cerraba la compañía una mula cargada con las piernas de repuesto de Eumón, conducida por un criado etíope que en las cuestas se subía encima del petate, el cual iba envuelto en una lona blanca. Que quedaba por decir que Eumón tenía, para disimular en ellas la suya achicada temporalmente, unas piernas de madera de abedul con juego de tuercas en la rodilla, todas del mismo tamaño de su pierna natural, pero con diferente hueco, correspondiendo este al distinto bulto de la pierna, según iba creciendo, que mermar lo hacía en un día. Salieron a hora de alba, pues, los ilustres monarcas, y bajaron por el camino real a pasar el río por el vado del Sauce, eligiendo en la encrucijada el atajo que conduce, por entre colinas olivares, a la robleda grande, que quería mostrarle Egisto a Eumón el campo en donde, en los días de la arribada de Agamenón, pensaba salirle al encuentro a este, poderosamente armado. El campo lo había, junto al pozo antiguo, pero no valía para justas que el colono lo había labrado, y tenía en aquel septiembre un maíz muy lucido, y en su fuero interno Egisto se alegró de aquella labranza, que desde que se le había ocurrido invitar a Eumón a visitar el campo de sus posibles hazañas estaba preocupado, no fuese el tracio a pedirle una muestra de galope y desafío, que era más que posible que supusiese una caída del viejo Solferino. Decidieron continuar por el camino real, almorzando de campo el lomo embuchado y las tortillas que había preparado de su mano la propia Clitemnestra, y que eran muy del gusto de Egisto. Llegada la hora del almuerzo lo hicieron cabe una fuente, bajo unos castaños, y pusieron los vinos a refrescar en el pilón en forma de concha jacobea, en el que caía el alegre chorro y del que revertía el agua para formar un arroyuelo que se iba de vagar por los prados costaneros. Eumón, que era más bien moreno, con los repetidos tragos de las botas aparecía colorado, y se quitaba la calor abanicándose con las propias grandes orejas, lo que era cosa digna de ver. Ofreció de postre el criado etíope unas manzanas, y acordaron todos que una siesta era lo pedido. Había un mirlo próximo, que estaba poniendo en música todo aquel dorado mediodía.

Reanudado el viaje, a media tarde, desde las ruinas de lo que había sido una antigua atalaya, la comitiva contempló en el horizonte el mar azul. Egisto se quitó el

sombrero de cazador con que se tocaba e inclinó por tres veces la cabeza.

—El que uno esté como esté, pobre, la corona impedida, perdido el poder militar y olvidado en la sombra polvorienta de su palacio, no por eso deja de estar obligado a cumplir los ritos, como este de saludar al Océano, por el cual mis antecesores en la corona llegaron a esta tierra y la conquistaron, y con el cual, según las historias, nos unen lazos de parentesco.

—Este que aquí va —dijo Eumón indicando a uno de sus ayudantes de pompa, un hombre pequeño y moreno, picado de viruelas, que no había despegado los labios en todo el camino—, está emparentado con un pozo, que de él salió en niebla su bisabuela cuando su bisabuelo, que era mozo, le estaba dando de beber a su yegua.

—Hubo que enseñarla a hablar —añadió el ayudante—, aunque ya pasaba de los dieciocho, y como mi bisabuelo había dicho que no la tocaría hasta que diese consentimiento de palabra, aprendió en seis días el tracio, con el subjuntivo y todo. Desde aquella boda, los de mi familia saludamos a los pozos como tú saludas al mar.

El camino descendía desde los montes al mar por entre espesos bosques, y ya al final, en la llana marina, era como paseo de alameda, bordeado de mimbreras que empezaban a dorar y de altos chopos. Eumón, quien seguía dando tientas a las botas, propuso hacer noche en una posada que había antes de llegar al puerto, en la que habría una buena sopa de arroz y pollo asado, y cama limpia. El posadero conocía a Eumón, y lo recibió con alegría, disponiendo a gritos la cena, diciendo a cada uno cuál era su cama, y ordenando a un criado manco que tenía que trajese agua para que se lavasen los huéspedes. Mientras no hervía la sopa, Eumón tomó del brazo a Egisto y le rogó que se sentase con él un poco aparte, lo que hicieron los dos reyes bajo una higuera, junto a la puerta de las cuadras.

—Querido Egisto —dijo Eumón dándole una palmada amistosa al colega en la espalda—, desde que llegué a tu palacio y me hiciste confidente de tu tragedia, se me metió en la cabeza que tú y doña Clitemnestra quizás estéis viviendo una comedia de errores. Y cuando salió a relucir el asunto de la barba rubia de Agamenón, me afirmé en mis sospechas. Querido Egisto, ¿estás seguro de que el muerto era Agamenón?

Egisto miraba para Eumón, no sabiendo si aquellos eran propósitos nacidos de las abundantes libaciones, o si el tracio había reflexionado de verdad en su tragedia.

—El hombre aquel entró en la ciudad acompañado de un heraldo y dos soldados. Gritaba que era Agamenón y los soldados pedían mozas de gratis, que regresaban de la guerra de Troya. El heraldo anunciaba la presencia del rey en su torre. Y Agamenón rugió como el león.

—¿Y después de muerto?

—Los soldados huyeron y no se volvió a saber de ellos. El heraldo, que estaba beodo, subiéndose a una almena, cayó al patio y se mató. Yo avisé a la funeraria que se hiciese un entierro de tercera, sin plañideras, que al fin, según declaración oficial,

Agamenón volvía para quemar la ciudad.

—¿Quién vio el cadáver? —insistía Egisto.

—Nadie. No lo vio nadie. Terminaron de envolverlo en el cortinón rojo y lo metieron en el ataúd. Por cierto que no servía ninguno de los ataúdes que había en la funeraria, que eran pequeños para aquel envoltorio, y hubo que hacer un ataúd como para un gigante antiguo. Ya me dijo Clitemnestra, al saberlo, que no fuese en el entierro de duelo, que haría el ridículo, yo de mediana talla y en la caja mi antecesor, enorme como un buey.

—¿Nadie le vio la cara?

—¡Nadie! ¡Solamente yo, que no lo había visto nunca!

—¿Había dicho alguna vez Agamenón que se afeitaría?

—¡Nunca! Solía jurar por su barba rubia, y en las iras se arrancaba pelos de la parte izquierda, en el mentón, con lo cual siempre tenía allí un campo ralo. ¡Hay ficha de la policía!

—Querido Egisto, dame la mano derecha, que te voy a hacer partícipe de mis secretos pensamientos. Yo me imagino ser Orestes, el príncipe. Mi padre está ausente, en la guerra. Mi madre, la blanda Clitemnestra, está en brazos de un hombre de sociedad, venido a menos, famoso cazador, llamado Egisto. Los augures, arrodillados delante de las tripas, ven, como yo veo ahora el farol de la puerta de la posada columpiarse en el espejo de tus ojos, el futuro de la polis: regresará el rey, y tú, el amante real, matarás. Queda un hijo, que es una espada vagabunda, esperando el momento de la venganza. Egisto debe morir, y morirá. La espada de Orestes es infalible. Se asegura que la hermana fugitiva, Electra, se le ha metido en la cama al hermano para impedirle dormir, y por tener un hijo en cuya sangre vaya doblada la intención de la venganza. En palacio, la otra hermana vela con una luz junto a las almenas. Fíjate en que todo está escrito. Todo lo que está escrito en un libro, lo está al mismo tiempo, vive al mismo tiempo. Estás leyendo que Eumón sale de Tracia una mañana de lluvia, y lo ves cabalgar por aquel camino que va entre tojales, y pasas de repente veinte hojas, y ya está Eumón en una nave, y otras veinte, y Eumón pasea por Constantinopla con un quitasol, y otras cincuenta, y Eumón, anciano, en su lecho de muerte, se despide de sus perros favoritos, al tiempo que vuelve a la página primera, recordando la dulce lluvia de su primer viaje. Pues bien, Orestes se sale de página. Orestes está impaciente. No quiere estar en la página ciento cincuenta esperando a que llegue la hora de la venganza. Se va a adelantar. No quiere perder sus años de mocedad en la espera de la hora propicia. Está cansado de escuchar a Electra. No quiere estar arado de por vida al vaticinio fatal. Quiere vivir la libertad de la tierra y de los mares, está enamorado de una princesa de una isla, tiene naves y caballos, recibe cartas de emperadores que quieren alquilarlo por general en jefe, le gusta escuchar música o jugar al polo, o a las cartas. Y decide ir a buscarte y darte muerte.

—Pero no tenía todavía motivos. Yo no había rematado a Agamenón.

—¡Ni le importa! Tú tienes que matar a Agamenón el día en que el rey regrese. Orestes tiene que ir a matarte a ti, porque tú has dado muerte a Agamenón. Pero, para Orestes, su intervención se reduce a matar a Egisto. Muerto Egisto, se acabó su papel. Hace mutis y se va a sus vagancias. Si se adelanta y te mata, evita la muerte de su padre, lo que no le importa, y finiquita su obligación. Además, que le da asco que te acuestes con su madre.

—¡No hay otro más higiénico que yo! —se asombró Egisto.

—¡El asco no es por lo físico! Orestes quiere salir de la rueda, vivir libre. Y finge ser Agamenón que regresa. Se disfraza, disfraza a sus criados, imita el rugido paterno.

—¿Yo maté a Orestes? —pregunta Egisto poniéndose de pie, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¡Casi seguro! El muchacho había bebido para darse ánimos. En puridad, matarte a ti en aquel momento era matar a un inocente. Eras el querido de su madre, eso sí. ¡Lo único! Y si infaliblemente te hubiese dado muerte llegando en su momento a vengarse, en aquella ocasión, borracho e impaciente, no tenía ninguna probabilidad. Lo mató la prisa juvenil.

—¿Y Agamenón?

—¡Habrá muerto en Troya, o andará por ahí buscando empleo!

A Eumón, de tanto como había hablado seguido, se le secó la boca y fue a echar un trago y a ver cómo andaba la cena. Egisto se sentó en las raíces de la higuera y consideró todo lo dicho por el tracio. ¿Habría estado todos aquellos años esperando a un Orestes que estaba muerto y enterrado? ¡Su gran enemigo, su matador, podrido en la tierra, envuelto en el cortinón rojo! ¿Cómo estar seguro? Porque sin una prueba irrefutable lo dicho por Eumón no lo libraba de la larga, paciente, temerosa espera. ¿Le contaría las sospechas de Eumón a Clitemnestra? ¡Orestes muerto! ¡Por eso no daba nadie con él!

Silbó como echando el miedo de su pecho, y se dirigió a la posada, en la que entró preguntando cómo estaba la sopa y pidiendo un vasito de anisete, que siempre que cabalgaba varias horas necesitaba un carminativo.

MADRUGANDO al siguiente día para ir hacia el puerto, que un campesino que llevaba al mercado dos sacos de manzanas, bien estibados en las parihuelas de su asno, avisó que se avistaba navío griego, antes de montar hizo Egisto un aparte con Eumón, y recordándole su discurso de la noche pasada, le preguntó si creía verdaderamente que el muerto de la escalera de palacio era Orestes.

—El vino me hizo confuso parlanchín, amigo Egisto, y me limité a decir en voz alta mis más secretas deliberaciones. En mi país paso por intelectual escéptico, y no veas en mis palabras de ayer otra cosa que no sea un intento de ayudarte a hacer más llevadera tu terrible espera. El muerto puede ser Orestes, o no serlo. Lo que importa es que tú tengas la seguridad, o la esperanza, de que lo haya sido. Unos días estarás cierto de ello, y otros no. Pero, con las dudas, tu vida será diferente. Un hombre que duda es un hombre libre, y el dudoso llega a ser poético soñador, por la necesidad espiritual de certezas, querido colega. La filosofía no consiste en saber si son más reales las manzanas de ese labriego o las que yo sueño, sino en saber cuál de las dos tienen más dulce aroma. Pero esto es arte mayor. Bástate saber que tu vida será diferente con las dudas, como te decía, y que si es lo mismo morir de Orestes que de una fiebre sabatina, a la fiebre no la tienes por visita irremediable.

—¡Es que si no fuese Agamenón el muerto, quedo disminuido en la tragedia! — casi sollozó Egisto.

—¡Tu valor no se discute, amigo! —afirmó Eumón abrazándolo—. ¡Ya verás como si profundizas en el asunto, terminas saliendo del escenario para platea, ves el argumento con nuevos ojos y acabas separando de ti el Egisto regicida!

No entendió muy bien Egisto toda aquella reflexión del intelectual tracio, pero se sintió animado al ver lo que a su colega filósofo, lo que era un descubrimiento, le había preocupado su pleito. Ayudaba la mañana a un ánimo ledo, que era de esas límpidas de principios del otoño, cuando sopla suroeste y la luz parece surgir de la tierra misma. Las palomas picoteaban por entre las patas de los caballos, y desde su jaula en el dintel de la puerta de la posada despedía a los viajeros el jilguero. Se escuchaba próxima la respiración del mar, y Egisto admiraba el vuelo grave de las gaviotas.

La nave griega que se esperaba llegó puntual, y antes de que comenzase la descarga de mercancía, que la más de ella eran serones de higos y barricas de vino, descendieron los pocos pasajeros, y entre ellos uno mozo, que con la mano derecha sujetaba por el mástil un laúd italiano. Vestía de verde, y no cubría la alborotada cabellera rubia. Eumón y Egisto se habían sentado en unos sacos de centeno, contemplando la maniobra y curioseando el pasaje.

—A mí —dijo Eumón— lo que más me gusta de la arribada de una nave es que

descienda de ella una hermosa mujer desconocida. Ahora estamos disfrazados, por exigencias de tu incógnito, pero yo en estos casos me visto de gala, anuncio que soy rey tracio y me pongo en el muelle a contemplar el atraque y el desembarque, jugando distraído con monedas de oro, y de vez en cuando dejando caer una al suelo, que recoge uno de mis ayudantes de pompa, que anda alerta no se pierda. La hermosa mujer desconocida busca con la mirada de sus ojos verdes a quién preguntar dónde es la posta, y me ve a mí y se acerca, y entre reverencias la instruyo, y me ofrezco a acompañarla y darle custodia, si se dispone a viajar por caminos solitarios.

—¿Y en qué acostumbra a parar el asunto? —inquirió Egisto.

—Si te he de decir la verdad, lo más bonito es que todo quede en una despedida muy sentida, la dama en su caballo disponiéndose a partir, y yo acercándome presuroso, como movido por una fuerza ciega, y besándole el pie apasionadamente. A veces me propaso hasta el tobillo. Lo que no quiere decir que no se me hayan entregado algunas, ya por obsequios, ya por insistencia en la ronda, ya por hallarse muy lejos de su patria. Pero, ya te digo, lo mejor de la llegada de una nave es la expectación de si habrá o no desconocida.

No la hubo en aquella ocasión, y los dos reyes se dirigieron al mozo del laúd, presentándose como correos que esperaban navío que viajase hacia Occidente.

—Somos latinos —dijo Eumón el tracio—, y de oficio correos, y venimos de recorrer toda Grecia en busca de un tal Orestes, para entregarle un pliego sellado.

—Yo —respondió el mozo— soy de nación hiperbórea, y en ella nunca se pronunció tal nombre, que no somos tan sonoros. Este es el primer viaje que hago, con permiso de mis señores padres y después de haber aprendido la lengua en que estamos hablando de boca y estilo de un prisionero de guerra. El motivo de mi viaje es escuchar sirenas, y trasponer sus tonadas para laúd, y desembarco en este puerto averiguando si modernamente, en las playas próximas, ha sido oída alguna de estas señoras.

El mozo rubio arrancó de su laúd unas voces melodiosas, e hizo una graciosa reverencia. Sonreía con los ojos azules, y toda su figura era el cromo de la alegre mocedad en una revista ilustrada.

Intervino entonces en la conversación uno pequeño y gordo, amulatado, que mascaba caña amarga y la espumilla rojiza le quedaba en la comisura de los labios, el cual había estado hasta entonces muy afanado pintando con brocha gorda una seña en colorado en los sacos de centeno en los que se habían sentado los dos reyes.

—Soy siríaco, y llevo diez años en este puerto en el trato del centeno, ilustres extranjeros, y nunca supe que por esta parte cantase la sirena, y no se me hubiese escapado la noticia, porque como todos los de Damasco, criados en el bazar, soy muy amigo de novedades. Además, por herencia de un tío mío, de familia de pilotos levantinos, tengo en un pergamino tres cláusulas interrogantes para sirenas, a las que

estas damas de la mar no pueden negarse a responder, y me gustaría hacer la prueba.

El siríaco tenía ojos negros de muy vivo mirar, como si estuviese guardando cuatro tiendas a la vez, y por más señas le faltaban dos dientes y tenía la mano derecha cubierta de verrugas azuladas. A preguntas de Eumón y de Egisto se negó a decir cuál era el tema de esas cláusulas interrogantes, y en la respuesta trató a Egisto muy respetuosamente, dándole de señoría y haciendo como un intento de inclinar la cabeza. El tracio se fijó, y se dijo que quizás el siríaco hubiese ido tierra adentro a comprar grano, y reconociese a Egisto por haberlo visto en alguna procesión. Dado que no bajaba dama del barco, y que no había mayores novedades en el puerto, convidó a Eumón a unas jarras de vino en la taberna, que tenía un salido cubierto de cañizo.

—¡Brindo por las sirenas cantoras! —dijo Eumón levantando su jarra.

—En los mares de mi país, las que hay son silenciosas, y andan tristes, sombras somnolientas que se dejan llevar por las olas de aquí para allá, ven pasar indiferentes los navíos y no responden a los galanes que les ofrecen alma y cuerpo. La culpa del silencio sirenal de aquel norte —prosiguió el mozo del laúd— la tuvo un misionero irlandés, que en su isla está en los altares, y se llamó o llama Tigearnail de Clones. El monje era muy ascético, y cuando acudió a evangelizar mi provincia, nos quitó del *aquavitae* y del baile agarrado, y habiendo llegado a sus oídos que muchos jóvenes salían al mar a escuchar sirenas, y los más entusiastas se entregaban con estas cálidas al amor carnal, aunque sabían que en ello les iba la vida, y viendo en un arenal a un caballero barbilampiño, llorado de progenitores y parientes, ahogado por la flor marinera que lo había desvirgado, se empeñó en librarnos de aquella plaga. Volvió por cierto tiempo a su isla, y encerrándose en una biblioteca que fuera de san Patricio, aprendió en los libros de *ars magna* un gran secreto que toca a la naturaleza del canto de las sirenas. La cosa es que la sirena, cuando canta, lo que sale de su boca se condensa caliente en el aire, en una como nubecilla que de lejos alguien tomaría por un ave marina, y cuando la sirena termina su canto, se queda sin voz hasta que dicha simulada ave o nube, enfriándose al no recibir ayuda de boca de la sirena, desciende, y la sirena la aspira, y ya puede repetir el concierto. Las sirenas, que cada una tiene su canción, juegan a robarse unas a otras el repertorio. Y san Tigearnail de Clones mandó tejer a cuenta del patrimonio real una gran red de más de doscientas varas de lado, de finísima malla, y educando dos docenas de cuervos que había traído de Irlanda en sostenerla en el aire, mandó que se propalase que el príncipe heredero, de quince años, lindo como un limón maduro, salía a sirenas con un ardor que su padre no podía contener. Y las sirenas todas, por ver cuál de ellas disfrutaba de aquel bomboncito, se apiñaron en un estrecho, y viendo pasar la barra una barca con brioso y solitario remero, y el brillo de las cadenas de oro que llevaba alrededor del cuello era como si de día compitiese con el sol una luz de faro, soltaron cada una sus coplas

de encanto, y cuando todas las músicas estuvieron en el aire, gaviotas hechas como de vilanos estivales, y se produjo el instante silencioso de la recuperación del canto, a una seña del misionero los cuervos gaélicos dejaron caer la red. Recogida, fue quemada con todas las canciones cautivas, y este es, señores, el motivo del silencio dolorido de las sirenas cimerianas.

—¿Y había príncipe heredero? —preguntó el siríaco.

—No, que el remador era un lego, acólito de san Tigearnail, y he de contar como nota curiosa que, pese a los detentebala y escapularios de defensa que llevaba en su pecho, lo encandilaron los cantos a la vez de aquellas hermosas, cuyas desnudas formas adivinaba en las ondas, y bien alimentado como estaba y continente como fuera toda su vida, se le acumuló en la sangre el licor venéreo, y reventó por las partes.

—¡Nunca tal pasó con mis garañones —comentó Eumón—, y eso que a alguno tuve a dieta un año largo!

Pasaron el día los reyes paseando por el puerto, dando una vuelta en lancha, recogiendo caracolas, acompañados del mozo del laúd, quien les dio un concierto, y nunca Egisto había logrado, desde los años de la adolescencia, horas más felices. Cuando regresaron a la taberna, ya tenía el siríaco preparada la cena, y levantada una tienda de lona y pieles para que durmiesen dentro de ella, en cojines de pluma, aquellos forasteros. El orégano del adobo del cordero perfumaba el atardecer.

ME LLAMO RAGEL —dijo el siríaco mientras se ceñía por enésima vez la faja, que debía parecerle que cada vez que se apretaba se quitaba la barriga—, y siendo todavía un niño me pusieron mis padres a servir, que éramos doce hermanos, y en casa no había piñones para tantos. Tuve muchos amos, los más de ellos mercaderes, ya de telas, ya de granos, y con el dinero que pude ir ahorrando, que no fue mucho debido a mi gula, nacida quizá de que no se me pasa nunca el recuerdo de las hambres infantiles y temo que vuelvan, y entonces devoro un cordero entero, o media docena de gallinas con arroz; digo que con el dinero que fui ahorrando me establecí en esta ribera, y ahora comercio en cereales, yendo a comprar centeno y avena en las ferias del Vado de la Torre, donde soy muy apreciado por la señora condesa doña Inés la Amorosa porque le cuento piezas de teatro y le explico puntos de lana, que de un amo escocés que tuve, que vino a cazar centauros a la Hélade Firme, aprendí a calcetar en las largas horas de la espera.

El siríaco al hablar se dirigía siempre a Egisto, como olvidado del resto de la compañía, y fue a Egisto a quien sirvió primero, ofreciéndole las que creía las mejores tajadas, y abriendo para él la sesada, y preparándosela con perejil y bayas de enebro.

—¿Y tu don escocés encontró centauros? —preguntó uno de los ayudantes de pompa de Eumón, el más flaco y pequeño, buen cabalgador, que respondía por Cirilo.

—No encontró centauros vivos mi amo don escocés, pero en la cueva en la que tuvo que refugiarse un día de horrible tempestad halló el esqueleto de uno, y pasamos allí dos semanas lavando los huesos y numerándolos, y eran en total ciento nueve, y mi amo decía que aquella cifra contradecía la ciencia anatómica paduana, de lo que parecía muy satisfecho. Se llevó el esqueleto en tres cajas precintadas, y me dejó de recuerdo seis agujas de calcetar y una gorra a cuadros rojos y verdes, que mucho sentí perderla, que un día en que paseaba por el muelle vino una ventolada súbitamente y me la arrancó de la cabeza, llevándola al mar.

El oficial Cirilo pidió permiso a Eumón para contar una historia, a lo que el rey accedió gustoso. Estaban todos sentados en sus cojines alrededor del fuego, haciéndose lenguas de la generosidad de Ragel, pródigo ahora en limonada y en melones dulces, y Egisto había llamado a su vera a su oficial de Inventario, que parecía mustio y distraído, como que estuviese pensando en cosas que pasaban a mil leguas. No se quitaba el ancho sombrero marrón con toquilla carmesí, cuyas alas le ensombrecían medio rostro, y en el viaje se retrasaba siempre un poco, evitando la conversación con los ayudantes tracios. Gastaba bigote, rubio, espeso y caído, y tenía las manos muy blancas. El sirio Ragel alimentó el fuego con unas astillas de roble bravo y virutas de aliso, que se consumen en azul. Y Cirilo contó:

—En un valle entre montañas, en mi país natal, nació un niño cuyas orejas, siendo nuestra nación ya abastecida de ellas en exceso, sorprendieron por lo grandes, peludas y puntiagudas, y desde que el niño nació, las orejas no cesaban de crecer, tanto que cuando el crío fue destetado, y entre nosotros se usa hacerlo al año justo, las orejas eran mayores que todo el cuerpo y le caían como dos alas negras hasta el suelo. Para que el infante aprendiese a andar, discurrieron ponerle un artilugio en el cuello, que era un aro de madera del que salían dos varas, y a estas se ataban las orejas. Pero el niño, que aprender aprendió a caminar, se cansaba, y habiendo ido a verlo, por las noticias que le llegaron del caso, el gobernador de la provincia le regaló un caballito enano. El niño, bien atado a su bayo, hacía su vida montado, comiendo y aprendiendo el alfabeto, apurando las necesidades en vejigas, haciendo recados, y finalmente durmiendo sin apearse, que buscó el truco de que el caballito se echase de panza, apoyada la cabeza en un haz de paja, con lo cual el niño, que se llamaba Critón, podía desbrazarse como en almohada de cama. Se comentaba el asunto en todo el país, y los padres de Critón decidieron cobrar a los que llegaban curiosos a ver el teatrillo, a quien ya llamaban el centauro de Tracia. Y de boca de pastores, un día de viento favorable, debió de llegar a un campo de centauros veros la noticia de que había uno de muestra en un valle de Tracia, y el cabeza de los centauros mandó hacer un censo por si se había traspapelado alguno, y no, que estaban todos en el campo; visto esto se pasó a averiguar cuál centauro se había deslizado hasta mi valle en busca de moza, sin dar parte a una oficina que hay entre ellos, que concede salvoconductos para incumplir el sexto con humanas de religión ortodoxa, que para las otras hay libertad. Y por un pastor viejo que era apreciado entre centauros por haberles enseñado a distinguir las hierbas purgantes y a silbar en caramillo de juncos, y regalado un plano de París de noche, pidieron permiso aquellos para enviar un embajador a reconocer a su congénere. Concedido este, una mañana galopó hasta mi aldea un hermoso centauro, la capa hípica de percherón normando y la parte humanal pilosa en trigueño, el rostro bien barbado y noble, los ojos claros y la cabellera trenzada sobre la nuca. Fue bien recibido, aceptó una jarra de cerveza, y se le explicó por el alcalde de barrio que no era tal centauro lo que había, que eso era hipérbole como anuncio de barraca de feria, y que lo que había era un niño orejudo y un bayo enano. Sin perder el centauro la cortesía, pero notándosele el cabreo, rogó que se olvidasen de llamar centauro de Tracia a aquella anormalidad, que la palabra centauro era marca registrada en Homero y en Plinio, entre otros, y que no podía usarse a capricho, y que lo que era un centauro, bien a la vista estaba. Hizo muestras de trote y de galope, tendió el arco, relinchó, y después de hacer unos pasos de escuela española, se sostuvo en el aire, apoyándose en el erecto miembro jaspeado. Y se fue, saludando a las mujeres que aplaudían. Yo estaba allí, encaramado a una cerca de madera, y no le quité ojo durante toda la embajada. ¡No se me olvidará nunca!

—A mi patrón escocés, que se llamaba sir Andrea, le preocupaba dónde tendrían los centauros el ombligo, si en el vientre humano o en el caballo. ¿Pudiste fijarte en ello?

—Me fijé. Los centauros tienen el ombligo en su vientre humano.

Fue muy apreciada la historia contada por Cirilo y Rabel comentó que lamentaba no tener la dirección en Escocia de sir Andrea, que le escribiría dándole una novedad tan importante para el progreso de las ciencias como era la del ombligo centáurico.

El fuego se apagaba, y el sueño tomaba por los ojos a los viajeros, ayudándose del canto del mar, que es como escuchar moverse una cuna. Envueltos en sus mantas se echaron en los muelles cojines, y a poco dormían todos, con gran variedad de ronquidos, menos Ragel, que vigilaba sentado a lo moro junto al brasero. Cuando el siríaco consideró a todos sumergidos en el profundo sueño primero, se deslizó hacia Egisto, y sacudiéndolo de un brazo lo despertó, rogándole, cuando le vio abrir los ojos, que callase y lo siguiese fuera de la tienda. Egisto se aseguró de que llevaba el largo puñal a mano y la bolsa con las tres monedas en las bragas, y salió silencioso como le pedía Ragel, el cual al verlo fuera de la tienda se arrodilló y le besó la mano.

—Tú eres el rey Egisto, y yo soy tu criado Ragel el Sirio, a sueldo de tu registro de Forasteros y a la escucha de la venida de Orestes. Te reconocí por haberte visto una vez en el hipódromo.

Egisto explicó a Ragel el porqué de aquel viaje, y que callase su descubrimiento, que no debía saberse nunca que, esperándose de un año para otro la venida de Orestes, el rey Egisto salía de vacaciones pagadas.

—No te hubiera molestado, mi señor, si no fuese que me urge recordarte que hace cuarenta y dos meses que no recibo paga alguna, y el trato del centeno anda mal, con la guerra de los Ducados y con la carga de alimentar a los que huyen de ella y se apiñan en los campos del Vado de la Torre, a la limosna de la condesa doña Inés. Y además porque es mi obligación prevenirte contra ese que llamas tu oficial de Inventario. Puede decirse, mi señor Egisto, que yo huelo mismo los disfraces. Orestes no es, pero bien podría ser su criado Flegelón, que es el espía de los espías de tu hijastro.

Dijo esto Ragel, y a Egisto le entró la risa, y cogiendo del brazo al siríaco se apartaron de la tienda y caminaron por la arena, y Egisto no dejaba de reír y de apretar el brazo de Ragel.

—¡Tienes olfato! Y cuando te cuente que acertaste en lo que se refiere al disfraz de mi oficial, también verás por qué no puedo pagarte los atrasos de que me hablas, y créeme que me gustaría hacerlo, ya que pareces tan fiel. Mi oficial de Inventario verdadero, un tal Jacinto, sufrió hará cinco años un ataque del que quedó parálítico del lado derecho, y sin habla, y en su cama está, llagado y dolorido, esperando la muerte. El uniforme de oficial de Inventario era de él, comprado con adelantos sobre

su sueldo. Ahora yo no podía nombrar un nuevo oficial de Inventario, que no tengo con qué pagarlo, ni con qué comprar un uniforme nuevo. Ni siquiera tengo suelto, amigo Ragel, para comprarle a la mujer de Jacinto el uniforme de su marido. ¡Así andan las casas reales! Y por invención de la susodicha mujer llegamos a un acuerdo, que fue que una cuñada del baldado se hiciese pasar por hombre, pegándose un bigote y vistiendo el uniforme, y así el sueldo, o la esperanza de sueldo, mejor, quedaba en la misma casa. Y como yo no puedo pasar sin oficial de Inventario, que el inventario es una de las columnas de la monarquía bien ordenada, acepté la propuesta. De modo, Ragel, que mi oficial es una mujer honrada, lavandera que fue de la inclusa, y por eso sabe llevar muy bien, con cruces y palotes, el apunte de las prendas interiores y exteriores, y no ese Flegelón de que hablas, ojo derecho de mi hijastro Orestes.

CLITEMNESTRA esperaba sin impaciencia el regreso de Egisto, aunque nunca se habían separado desde el día de los amores, y pasaba aquellos días consumiendo las más de las horas pintando a la acuarela las etiquetas para los frascos de mermelada de mora y para las cajas de jalea de membrillo, que eran ambas un triunfo de su confitería, y después del almuerzo salía a pasear por la terraza, llevando en brazos al gato Tinín y jugando con una sombrilla napolitana de flequillo. Ahora no podía bajar a pasear por los jardines, que los dos criados que quedaban en palacio de la antigua familia de siervos los habían transformado, parte en huerto —en el que cosechaban excelentes ajos y muy buena remolacha de mesa— y parte en prado, aprovechando para riego el agua del baño donde sumergían sus cuerpos los antiguos reyes antes de ser ungidos. En este prado pacía la vaca frisona, muy lechera, única que quedaba de la ganadería regia, y la leche y lo que daban las crías se repartía a medias entre el rey y los dos criados. De tierras aforadas de la herencia materna de Egisto llegaban en otoño a las arcas reales parvas rentas de centeno y de miel, y por Adviento algo de vino y unas pruebas de cerdo. De esto, y de una gratificación para sal y pimienta que el Senado acordaba cada enero, vivía la augusta familia. De los días agamenónicos quedaron en el palacio dos armarios con camisas, que fueron arreglándose para Egisto, y la sobra de falda sirvió para pañuelos de nariz, y en el guardarropa del rey se hallaron dos docenas de capas. Estas las reclamó para sí doña Clitemnestra, y cada año gastaba una en hacerse un traje nuevo, siempre con mucho escote, y se daba mucho arte para el adorno de abalorios y de cintas al traspaso. Cuando la reina estrenaba traje, mandaba la noticia a la Gaceta, que la publicaran en primera página, en recuadro. La reina le preguntaba al oficial de Inventario si las señoras de la aristocracia seguían su moda, y este le respondía que bien quisieran todas, pero que unas damas no se atrevían a imitar la majestad, y otras no hallaban modista que diese con el punto en el corte de falda o de corpiño, o de la manga japonesa.

Clitemnestra era una mujer más bien pequeña, y lo que sobresalía en ella era la blancura de su piel. En la redonda cara reposaban dos grandes ojos castaños y serenos, y pese al pelo rubio, cejas y pestañas las tenía negras. Lo que los ojos tenían de quietos, lo tenía su boca de movable, que siempre estaba haciendo mohínes, mojando los labios con la puntita de la lengua, iniciando un silbido o imitando pájaros. Abundante de pecho, era muy delgada de cintura, y apretaba el corsé inglés lo que podía, aun a costa de una respiración dificultosa, que por otra parte la ruborizaba deliciosamente.

Clitemnestra nunca declaraba su edad, y desde que el marido zarpó para la guerra y entró en la tragedia, daba las fechas por un vestido que estrenara, por el temporal que estropeó las claraboyas o por una caída que tuviera. Era en el razonar confusa, en

el hablar voluble, y nunca sabía terminar una historia; le salían ramas en cada párrafo, y por ellas se iba poco menos que gorjeando, que su decir era una mezcla de gritos, risas, suspiros, confidencias, lágrimas, voces de mando, citar con sus abuelos y mucho «¡ya lo decía yo!», y estando en la mayor animación, de pronto callaba y se quedaba mirando para el techo, como si viese volar mariposas, con la boca entreabierta y la cabeza ladeada. En algunas de estas ocasiones, Egisto se ponía a cuatro patas y comenzaba a ladrar, y entonces Clitemnestra salía de su ensoñación y gritaba pidiendo socorro, abrazándose al primero que encontraba, y de este comportamiento de Clitemnestra en todo susto con perro, comenzó Egisto a sacar algo que no eran celos, pero lo parecían, considerando que si en un paseo solitario de Clitemnestra saliese un can ladrando hacia sus finos tobillos, la reina se abrazaría, verbigracia, al capitán de lanzas, que casualmente pasaba por allí, regresando del mercado, como solía, de comprar un tubo de fijapelo, o al dependiente de la joyería que venía a ofrecer un anillo con piedra meteorítica, bueno para el reuma, y el galán, espantado al animal, se aprovechase de la señora reina, que tardaba en salir del susto. Tentado estuvo Egisto una tarde, en la que aparecía Clitemnestra especialmente distraída, de hacer una prueba en la terraza, usando un sordomudo demócrata que servía en el riego de rosales, y que además de sus opiniones políticas, era propalado de rijoso por las criadas. El rey estaría escondido tras una columna para impedir que el hecho se consumase.

Profundizando en el tema, Egisto se decía que así como la reina cayó en sus brazos por el susto del pisotón del galgo, pudo haber caído en brazos de otro por el pisotón de un foxterrier, lo cual quitaba todo el mérito a su conquista de la reina moza, a sus canciones y flores, a sus suspiros y serenatas, y Clitemnestra, entregada una vez, por propia dignidad no tendría más remedio que confesarse enamorada de Egisto, disculpando con la joya brillante de un gran amor la súbita caída. Y así, pues, fue casualidad el que Egisto se transformase en el matador de Agamenón y en la víctima de Orestes. ¡Parecía todo aquello asunto de novela psicológica!

Clitemnestra se sentó en un diván en un rincón del gran salón, y cuando llevaba allí media hora, hundida en un mar de viejos cojines, los más de ellos rotos o descosidos y soltando pluma, se acordó de que no había música ni sesión de lectura, que hacía más de diez años que había muerto Solotetes. Estos olvidos le sucedían con frecuencia, especialmente en otoño, cuando se ponía a régimen de compota de manzana, que es tan evasiva. Y recordando a Solotetes se echó a llorar, mientras alcanzaba un espejo de mano, que no lloraba bien si no tenía el mirador delante. El tal Solotetes había llegado de enano a palacio, recién casada ella con Agamenón, y sus padres, no valiendo el mozo para servicios armados por su poca talla, lo habían educado en cítara, lenguas y arte de la lectura. Se ponía de pie en un tablado, y a la luz de un farol —encendido aunque la lectura la hiciese a mediodía y en la terraza—,

leía las novelas alejandrinas, imitando voces, pasos y ruidos, el galope de un caballo, el ladrido lejano de los perros, un niño que llora hambriento, una moza que canta en una viña, un suizo que pone en hora un reloj de cuco, una campana de ermita cercana al mar, un etíope que estornuda porque ha llegado al paralelo 17 viajando a llevarle un recado a Otelo, el gallo matinal, el ratón que come una nuez, el alguacil toledano que llama a la puerta de un judío, el gato en celo, el viento lebeche, el suspirar de una romana, la caída de las gotas de veneno en el vaso de limonada y el rodar de una moneda de oro que cae en suelo de mármol y va a perderse debajo de una alfombra pérsica. Esto último lo imitaba tan bien, que una vez que lo hizo en la procesión de san Basilio volvió la cabeza el arzobispo, alarmado, creyendo que era una onza que tenía escondida en la tiara, no se la llevase un sobrino suyo, fabricante quebrado de cosméticos, que estaba procesado por corrupción de menores. La gracia de Agamenón era meter el enano en una piel de liebre y echarlo en el patio a los galgos. Cuando los perros se acercaban veloces, venadores al fin, el enano imitaba el horrible cacareo de la gallina búho del Ponto Euxino, y los galgos se detenían y no osaban atacar, pese a que Agamenón los azuzaba. La dicha gallina búho sale en la infeliz historia de Persílida y Trimalción, amantes desventurados, que ella parió en una playa, de un pirata, mientras él estaba en prisiones del tirano de Siracusa por negarse a vestir de mujer y hacerle los gustos al soberano. Al final de la novela se encontraban en una inundación, y Trimalción reconocía el niño en una lancha de salvamento.

Clitemnestra terminó de recordar a Solotetes, se enjugó las lágrimas y se dirigió a la cocina a hervir la leche, que su cena era un tazón de ella, endulzada con dos cucharadas de miel. Comenzaba a anochecer. La reina tuvo un escalofrío melancólico. Ya en el dormitorio regio, se desnudó rápidamente y espulgó la camisa a la luz del candil. La cama era inmensa, situada en un estrado de seis escalones, bajo un zodiaco de bronce, del que colgaba un paño azul en el que estaba pintado el rapto de Europa. A Clitemnestra le gustaba, porque el toro se parecía a Egisto en la mirada. Por cierto, que en todo el día no había tenido tiempo de acordarse del amante esposo, que andaría por la orilla del mar contemplando naves. A Clitemnestra le gustaría hacer una navegación como las que leía Solotetes, anclando el barco en una pequeña bahía una noche de luna llena. Le dificultaba ahora el embarque el elegir el traje que más la favorecería, y dudando entre uno blanco, de piqué, o una bata a rayas rojas y amarillas, regoldó, y se durmió con el agrío de un buchizo de leche que le había subido a la boca, como a niño que acaba de mamar.

DESPUÉS DE PASAR la mañana caminando por la ribera, haciendo carreras los ayudantes de pompa de Eumón por la playa, pisando espuma de las ondas moribundas los cascos de los pesados percherones; viendo en los pequeños puertos llegar las barcas con las abundantes caladas, y Ragel, que se había unido a la compañía, conocía la diversidad de peces y los nombraba, ya por Aristóteles, ya por Linneo, hicieron en el atrio cubierto de una ermita abandonada, antaño dedicada a san Evencio Estilita, un almuerzo de salmonetes egeos, que dijo el siríaco que estaban en sazón. El vino del país era un blanco alegre, levemente dulzón, y tan cordial en el abrazo que parecía un viajero más de aquella compañía en vacaciones. Los salmonetes los cocinó a las finas hierbas un marinero viejo, manco del izquierdo, que usaba la ermita para almacén de salazón, quien les mostró a los viajeros la columna sobre la cual, en días de antaño, había estado la imagen del patrón, y se decía que el que lograra subir a ella, y permaneciese allá arriba en oración durante todo un día, al cumplirse las veinticuatro horas, si no estaba en pecado mortal, vería todo el oro que estaba perdido en el país, y brillar los tesoros ocultos de los filibusteros.

—Se cuenta de un tal Andión que subió, y estuvo las horas precisas, y amaneciendo vio dos cuernos de oro mismo en lo que debía de ser el desván abierto de su casa, donde colgaba el pulpo seco, y se tiró de la columna abajo, y corrió, diciéndose por el camino cómo no había visto nunca aquella riqueza en su casa, y cuando llegó a su desván descubrió que el tesoro tenía dueño, que los cuernos lo eran de un sátiro elegante, que vestía los suyos con oricalco, y en su ausencia araba en su mujer. Probaron todos a subir a la columna, y no era fácil, tan lisa y alta tres varas, pero Eumón lo logró, quitándose la pierna de madera, y utilizando la infantil como de faja de despuntador de cipreses.

Habían discurrido pasar la noche en las ruinas del faro, que fuera el de aquella costa tan famoso como el de Alejandría o el de Malta, y era fama que había sido construido metiendo de cimiento, con la primera piedra, el cadáver de un tritón adulto con su bocina. El faro estaba situado en el extremo de una larga punta de roca oscura, y quedaban de él la alta torre y una sala de columnas. El mar rompía sonoro, y las gaviotas hacían y deshacían en el aire un techo de alas.

Preguntó Eumón al siríaco si perturbaría la navegación el encender en las luminarias más altas una hoguera, a lo que contestó Ragel que no, que por lo que él sabía el faro seguía en las cartas, aunque dado de ciego por avería, y se ofreció a subir por si funcionaban las tapaderas de los deslumbres, que son unas piezas de latón que se manejan desde abajo con cuerdas, como quien toca campanas. Subió Ragel ágil el caracol de la escalera, y regresó con la nueva de que las tapaderas funcionaban, y que bastaría con aceitar el eje, y que anudando las cuerdas del petate de las piernas

postizas de Eumón a los cabos que colgaban, restos del uso pasado, él se comprometía a armar el juego. Leña había bastante en el entresuelo. Los viajeros se acomodaron en la sala de columnas, al abrigo del vendaval, habiendo uno de los ayudantes de pompa fabricado una escoba con unas rama y barrido un rincón, y el oficial de inventario ayudó a Ragel a engrasar el eje de las tapaderas con el aceite refinado que llevaba en sus alforjas en una alcuza, que siempre desayunaba con pan remojado en óleo.

Poniéndose el sol, acudió una mujer con la cena que había encargado Eumón en la aldea vecina, y la portaba en una cesta de mimbre dorado, Cubierta con un mantel muy blanco, y consistía la tal cena en un surtido de empanadillas de anchoa y en mojama con aceitunas, con un postre de pichón en vino dulce. La mujer estaba en los treinta, y era una morena sonriente, de pecho suelto y pierna fina, y le gustó a Eumón, que no le quitaba ojo. El rey tracio la convidó a cenar y a quedarse a ver el juego de luces del faro. La mujer dijo que no podía quedarse, que se llamaba Erminia y que tenía dos hermanos pequeños, que su padre se había casado de segundas, y un novio carpintero de ribera, con el que pensaba casarse para Pascua Florida y con el que parrafeaba de crepúsculo, que era la moda, y que el juego del faro lo vería muy bien desde la puerta de su casa, la tercera a la derecha saliendo de la aldea hacia el camino real. Miró para Eumón al decir esto, como si le estuviese dando la dirección, no fuese a perderse, y cobrando de manos del mismo Eumón, quien fue generoso en la propina, cogió la cesta apoyándola en la cintura, se echó como un manto el blanco mantel por la cabeza y se marchó dando alegres buenas noches. Eumón se levantó y se acercó a la puerta para verla caminar por el estrecho sendero entre las rocas, y en el silencio de la noche y sobre el respirar del mar se oyó el cantar de la mujer. Todos escucharon atentos, sorprendidos de aquella apasionada voz que se alejaba en la noche.

—¡Así será el canto de la sirena! —dijo Ragel al mozo del laúd, quien acariciaba las cuerdas del instrumento, como queriendo aprehender en ellas el amoroso canto.

—¡Así será! —dijo Eumón, sentándose, y tomando con ambas manos una jarra de vino, y bebiendo bien más largo de como acostumbraba.

Llegó desde el mar la noche, salió el creciente de parte de tierra, y se asomaron a sus ventanas las parpadeantes estrellas. El viento había caído, y solamente se escuchaba el juego de las olas entre las rocas. Egisto, que había buscado en su maleta un calcetín de lana y se lo había puesto de gorro, que le temía a la rosada nocturna, dijo que ya era hora de encender el faro, lo que subió a hacer Ragel, encargándose los ayudantes de pompa de tirar de las cuerdas. Los dos reyes salieron a un montículo próximo, acompañados del hiperbóreo del laúd, y pocas cosas de las que habían visto en su vida les gustaron tanto a los reyes como el alumbrar del faro, haciendo señas variadas en las tinieblas, abriendo y cerrando los ojos, derramando en el aire, con la

ayuda de la lengua del viento, una lluvia dorada de llamas. El músico hizo decir a su laúd una música soñadora, hecha de susurros en las cuerdas graves y de brincos alegres en la prima. Los dos reyes creyeron hallarse en el mar, dueños de navíos, hábiles pilotos, deslizándose en la noche, guiados por la luz del faro, hacia la isla Florida, donde es la fuente de la eterna juventud. En su entusiasmo, Egisto se quitó el improvisado gorro de dormir, y saludó con el calcetín de lana a las gentes que en tierra firme debían de estar contemplando cómo el gran príncipe en su perfecta nave viajaba seguro en la noche, llevando en la estela la otra mitad de la pálida luna. Eumón aplaudió, y Egisto dijo que iba él a tirar de las cuerdas, para que los ayudantes del tracio y el oficial suyo de Inventario pudieran pasar al montículo a contemplar las luces, antes de que se acabase la leña.

Y tomando del brazo a Eumón, añadió, confidente:

—Y si tú, amigo Eumón, quieres ir a hacerle una visita a Erminia, desaparece en las sombras, que yo diré que has ido a ver el faro desde el bosque, que quieres averiguar el efecto de la combinación del canto del ruiseñor, que se despide hasta mayo, con las luces del faro.

—Amigo Egisto, la monarquía no reconoce el adulterio por parte de rey, pero prefiero quedarme con la imagen en la memoria de aquel perfil moreno sobre el manto blanco, y en el corazón con el cantar de Erminia alejándose en la noche, digo yo que hacia la luna. A lo mejor en la cama lo perdía todo, y lloraría como quien pierde una esmeralda.

—*Tristia post coitum!* —comentó el del laúd. ¡Con eso quería quitarnos de encima de las muchachas san Tigearnail!

Acabada la leña y terminado el juego de las luminarias del faro, se echaron a dormir, preparándose para la jornada del siguiente día, que la harían hacia el Vado de la Torre, de regreso a la ciudad de Egisto. Y queda por contar de aquella etapa que, estando en el aceitado de las tapaderas de los ojos del faro, el siríaco Ragel se confesó al oficial de Inventario que era un ojo del servicio de Egisto, por lo cual nada tenía de extraño que supiese que su género era el femenino y el motivo de andar travestida por aquellos pagos. El oficial de Inventario se quitó el sombrero y despegó el bigote, y mostró una cara agraciada, y sonrió al tratante en cereales, diciéndole que se llamaba Eudoxia y que la cansaba aquel inútil trabajo, con la pobreza del rey, y que si encontrase marido que lo dejaba, y en muriendo su cuñado, que ya era cosa de semanas, podía la mujer, su hermana, vestir el uniforme. Preguntó Ragel a Eudoxia si podía verla de cuerpo entero, que el traje masculino deformaba, y él no quería apalabrarse a ciegas, y Eudoxia le anticipó la visión del pecho, que era redondo y lleno, desabrochándose el jubón, y para el resto, dijo, como dormirían en la posada del Vado de la Torre, que dan las habitaciones a la solana, que ya se citarían para las

altas horas. Hubo un beso de muestra antes de que Eudoxia se pegase de nuevo el bigote. Y bajando cogidos de la mano las escaleras, Eudoxia se rió, y Ragel, preguntando la causa de la risa, fue respondido por el oficial de Inventario que unos meses pasados, estando ella con un catarro goteado, tanto que se le despegaba el bigote, hizo de oficial de Inventario un medio sobrino suyo, sin que Egisto lo supiese, y vaya burla de Ragel, metiéndole mano a la que creía moza, encontrarse con un muchacho.

—¡Y como es un burlón, sabiendo que eres espía de Egisto, igual te decía que te confundías, que era el mozo Orestes!

—¿Orestes? —comentó sobresaltado y en voz alta el siríaco.

Y como estaban en la bóveda de la leña, se hicieron ecos aquí y allá, y parecía que huía alguien, repitiendo la última sílaba del nombre fatal.

EGISTO despertó el primero, que tenía horas militares, y levantándose salió a la entrada del faro, orinó en cuclillas, hizo unos ejercicios de respiración y se remojó la cara con agua de mar que había quedado de la marea alta en el hueco de una roca. Imaginaba, contemplando el mar, que acercándose a tierra la nave en que viajaba Orestes, la luz del faro le había servido de guía, evitando fuese a perderse en unas rompientes, y ahora desembarcaba el vengador en una playa cercana, y ambos por distintos caminos, el matador y el que había de morir, irían a encontrarse tan inevitablemente como se encuentran los dos lados que forman un ángulo, a la puerta de la ciudad. Y con el juego de luces del faro, él había hecho irremediable su propia muerte. Se distraía Egisto inventando coincidencias, y al final siempre se asustaba, temiendo que la realidad se diese a imitar sus imaginaciones. Cuando regresó a la sala de columnas que había servido de dormitorio, para cerrar la maleta, recoger las mantas y envolver las caracolas y conchas que llevaba de regalo a Clitemnestra, ya estaban los compañeros desayunando de las sobras de la cena y echando un trago, y el oficial de Inventario le daba la prueba de su pan aceitado al siríaco Ragel. Era la más hermosa de las mañanas de otoño. Chillaban las gaviotas peleándose por las migas que les echaba el mozo del laúd, y del brasero de la hoguera que habían hecho en las luminarias del faro todavía salía una humaza blanca, como de chimenea de cocina en la que quemaran mimbres, tal la del hogar de un marinero, que se alegra desde el mar conociendo por aquella seña que su mujer, madrugadora, ha encendido el fuego.

Habían acordado Egisto y Eumón hacer el camino de regreso por tierras del condado del Vado de la Torre, pero Egisto no quería entrar en el castillo a saludar a doña Inés de los Amores, a la que tenía ofrecida una caja de música, y la caja estaba reservada en una tienda de Esmirna, con tres escudos de señal, y era de marfil calado, y el relieve representa a la dama del unicornio.

—Era yo mozo —dijo Egisto— y quedé en volver con la caja de música, precio de un beso a boca abierta, al reino de doña Inés, que es la soberana del Vado, siempre eligiendo galán y nunca casándose, pero surgió Clitemnestra y ya sabéis de mi vida y el porqué de no haber podido darme aquel fino gusto.

Y tampoco quería Egisto pasar el río en la barca, por no ser reconocido del barquero Filipo, que fuera de sus siervos antiguos, cuando los reyes mandaban en los ríos. Que pasasen todos, que era una linda cosa meter los caballos en la barca e ir a sabor de la corriente desde las ruinas del puente al pedrón de la otra orilla, el barquero a popa con la larga pértiga, que él iría en su Solferino a cruzar el río una legua más arriba, y ya les saldría a la venta del Mantineo a hora de almuerzo. Se aceptó la propuesta, y Egisto decidió separarse de la compañía al llegar a las lomas

que dicen del Ahorcado. Estos eran dos otros gemelos, que separaban la marina propiamente dicha del país del río, y si en la cara que daba al mar, como barrida por el viento salado, aparecían desiertos, con grandes calveros areniscos y barrancadas de desnudas paredes, donde capas rojizas alternaban con otras de cantos rodados, por la banda del río era un país de bosques espesos que los nativos llamaban la Selva. El camino que llevaba al vado atravesaba sotos de castaños, ancheaba en un claro del hayedo, cruzaba el sombrío robledal, y terminaba su viaje llaneando por entre prados regadíes, bordeado de abedules y de chopos. Los prados de cada vecino estaban separados por mimbreras y manzanos, y las blancas casas con sus huertos aparecían de muros bajos encalados, en los que ahora, en otoño, coloreaba en rojo la hiedra.

Preguntó Eumón por qué se llamaban del Ahorcado aquellas lomas, y respondió el oficial del Inventario, que desde sus tratos con Ragel se aproximaba al resto de la comitiva y aparecía locuaz, que un leproso se había marchado de su casa cuando lo dio el médico del lugar por gafo, a vivir de limosna, tocando la campanilla por los caminos para que los viandantes se apartasen. Dejaba mujer guapa y moza, y ella le juró que le sería fiel, y que los viernes, junto a una fuente que brota vera del camino —y que se podía ver desde donde estaban hablando—, le dejaría el almuerzo de vigilia, visto que es el día en que los ricos dan limosna de la carne que les sobró el jueves, y temen no se les conserve para el sábado, y el leproso consideraba que la guarda de la abstinencia era condición para el milagro de su curación, que andaba pidiendo a los santos anárgiros. Pero llegó un viernes en el que no halló el bacalao con manzanas asadas, y se sentó a pensar qué haría si es que la mujer estaba enferma, cuando llegó un perro que tenía de guarda en la casa y le era muy afecto, y en la boca portaba el can un borceguí que el gafado, por el color amarillo, conoció como del médico que, dándolo por leproso, lo echara de vagabundo. Y el doliente, estimando que no podía añadir al mal de la lepra la indignidad de los cuernos, en el único árbol que había en estas lomas, y que era un pino castellano, se colgó.

—El ahorcado —explicó el oficial del Inventario— fue bajado del árbol con pértigas, por miedo al contagio, y tenía atado a su cinturón, con sus propios cordones, el borceguí del médico, y otro gafado que pasó por allí y examinó al difunto, dijo por altavoz que no estaba leproso. La viuda se marchó del país, y el médico nunca más se atrevió a diagnosticar lepra en un marido con mujer moza, aunque la tuviese.

Se despidieron los dos reyes, y viendo cómo Egisto obligaba a un trote corto al viejo Solferino, Eumón se dijo que le había de hacer a Ragel el encargo de un caballo para el rey, y que se lo mandaría como regalo de despedida. Desde los años de mocedad, nunca Egisto se había visto solo en el campo, saludado por el sol, libre cabalgador. Cantaban los pájaros en los alisos, volaban los cuervos en los barbechos, y sobre su cabeza describía anchos círculos, indolente cazador de gazapos, el gavilán. ¿A qué llaman los hombres vivir? En un repente, el corazón del viejo rey había

recobrado el ritmo de la juventud. Egisto osó canturrear el comienzo de un romance antiguo, con andante de lanza y banderola que salía a librar cautiva. Y viendo un fresno joven en el lindero del bosque, apeándose del caballo tiró de navaja y cortó la más esbelta rama, la que limpió y redondeó en los nudos, y con un cordón del jubón ató su puñal y su pañuelo verde de sonarse en los oficios en la punta más fina. Y ya dueño de lanza con banderola, trotó por aquellos claros, poniendo la mano izquierda de visera por ver si aparecía a lo lejos la figura de una aventura, y deteniéndose pensativo en las encrucijadas, como los héroes que pintan los libros de caballerías. El propio bayo Solferino parecía contagiado del entusiasmo real, y sacaba el andar braceado de sus buenos días de picadero. Egisto inclinaba de vez en cuando la cabeza, fingiendo saludar a pasajeros que no había, población transeúnte de las novelas bizantinas escuchadas en el salón de palacio a Solotetes. Saliendo de una espesura de álamos plateados, junto a un regazo, asustando torcaces bebedores, pasó una corza joven, que se detuvo un instante y levantó la dulce mirada hacia el rey. ¡Igual era una infanta encantada que acababa de llegar de los bosques de las Ardenas, huyendo de las cazas!

—¡Te doy salvoconducto! —le gritó Egisto—. ¡Soy el rey!

La corza no lo escuchó, y pareció irse en vuelo sobre los grandes helechos. Se terminaba el bosque, y ya se veían los dos molinos y el estrecho paso junto a la represa. Y con el bosque se terminaba aquella hora de libertad y de fortuna. Egisto temió ser visto desde los molinos con aquella lanza que parecía de niño pobre que saliese a jugar a cañas, y deshaciendo el ingenio, guardando puñal y pañuelo, tiró la rama de fresno a la cuneta, y al rey le pareció que con ella, que allí quedaba en el polvo, había tirado al suelo el último día feliz de su vida. Por el rostro de Egisto se deslizaron dos gruesas lágrimas.

Pasó el rey el río por el camino de los molinos, y a las doce horas en punto llegó a la venta del Mantineo, donde lo esperaba Eumón con el resto de los viajeros, quienes bajo la parra ya vendimiada probaban los vinos y hablaban de doña Inés, la condesa de aquellos campos y de aquella torre, que se veía desde allí altiva y oscura en una colina hacia el Sur, guardando el vacío, y de la guerra en los ducados vecinos, que se habían hecho insurrectos sastres y podadores, y querían cónsules de libre elección. Y Ragel contaba y no paraba de los delirios amorosos de doña Inés, y a él mismo, un anochecer de noviembre con viento y lluvia, y se había visto obligado a echarse el capizuelo de cuero por la cabeza, lo confundió la señora, primero con un correo alemán, y le pedía noticias de un amante que decía que tenía por allá, y después con el propio amante, que se había teñido el pelo de negro y se había recortado la perrera en flequillo, y llegaba a escondidas por ver si la dama le era fiel. Descubierta que era Ragel el Sirio, doña Inés, decepcionada, no le dejó entrar en la casa y le hizo dormir en la huerta, al abrigo del tejadillo que cubría el lavadero.

—No me marcharé —dijo Eumón paseando con Egisto mientras la hija rubia del Mantineo ponía la mesa— sin pasar a saludar a esa dama tan enamoradiza, y el pretexto será que somos colegas. ¿Y qué edad tendrá?

—Pasará algo de los treinta y cinco, pero dicen que se conserva como de quince, y cuando aparece en lo alto de la escalera creerías que es una imagen policromada de altar, María Magdalena que se ha puesto a andar y yo creo —aseveró Egisto— que el día en que doña Inés comenzó con eso de los amores locos, a querer hacer de cada viajero desconocido un amante suyo, y a entregarse, en sueños de palabras, a varones que venían de lejos perfumados con anís, fue cuando dio en imaginar que Orestes, tras mi muerte, se refugiaba en su torre y ella lo esperaba a la puerta de su condado, con un candelabro encendido en una mano, y la copa de vino en la otra. Su ama, Modesta llamada, me dice que nunca nombra a Orestes, pero que todos los desconocidos que pasan por la torre, ya los que declara súbito amor, son como las apariencias del que vendrá un día. Por eso yo quería, en mi malicia defensiva, y por muestra de la mente siempre avizor, haciéndole el regalo de la caja de música, ver de llevarla a la cama media hora, en uno de sus calores que le dan, que se pone a temblar como el centeno verde, y desgarrar pañuelos con los agudos dientes, y adelantarme en la prueba de la niña al hijastro vengador.

—¿Es virgo? —preguntó el tracio, curioso.

—¡Eso puede jurarse! —afirmó Egisto—. ¡Y aun estoy, por meditación que no por informes, en que también lo sea Orestes!

El rey de la tragedia se empinó para alcanzar un pequeño racimo que habían olvidado en la parra los vendimiadores, y el tracio lo contempló con pena. Egisto iba viejo, terminando la sesentena. Se metía de hombros, y cuando llevaba el vaso a la boca le temblaba la mano. Inquieto, de vez en cuando se levantaba de donde estaba sentado, miraba alrededor, y se iba a otro asiento, siempre frente a la puerta. Eumón se alegró de haberle dado ocasión para aquellas vagancias por los campos y la marina.

En la venta, con el cotidiano y vespertino paso de refugiados, había poco que comer, y caro, y el almuerzo quedó reducido a un poco de truchuela cocida con calabazo dulce, y de postre un higo por cabeza, miguelino reventado, que derramaba sus azúcares por la corteza verde y rosa. Y quejándose el siríaco Ragel al Mantineo —el griego fugitivo, gordo y bien barbado, siempre sudoroso, que daba nombre a la posada— de la mala calidad de los vinos, aseguró el mesonero que nada hace más daño a los vinos que el ruido de la guerra, y es sabido que los caldos se vuelven y ensombrecen, y al final quedan como agua muerta.

—Tenía un odre de tinto galiano que estaba en su punto, y aún no lo había subido al estante y estaba cabe la puerta, que quería que lo tomasen dos heladas, cuando llegó una viuda joven con dos críos, y se echó junto a él, tomándolo de almohada, y

llora que llora toda la noche, y a la mañana siguiente el vino era vinagre, y había perdido la color.

Desde la posada, que está en un alto y tiene como un serrallo abovedado alrededor de un patio cuadrado con fuente y abrevaderos, decidieron seguir a la ciudad sin hacer noche allí, lo que contrarió a Ragel, quien aseguraba a los reyes que en anocheciendo comenzaba el paso de huidos de la guerra, y a lo mejor podía escucharse una buena historia, y que no todas las viudas mozas que pasasen iban a llevar dos niños en brazos. Lo que le dolía al siríaco era no poder hacerle la prometida revista de cuerpo al falso oficial del Inventario.

Salió la tropilla no bien terminado el almuerzo, y caminó por el atajo que va entre brezales y eras de centeno a salir adonde dicen la Lengua del Lobo, y cuando llegaron al mojón, donde el camino real comienza a descender, en amplias curvas, hacia la ciudad, vieron a esta, blanca y redonda, y era la hora de encender faroles, y ya se veían aquí y allá alegres luces.

—¡Es el hogar! —dijo el tracio respetuoso, quitándose la birreta.

—¡Es la prisión! —dijo Egisto inclinando la cabeza.

Entraron en la urbe por la puerta del Palomar, y hallaron la puerta de palacio abierta

—¿No tienes centinela? —preguntó Eumón a Egisto.

—¡Vienen cuando quieren! ¡Deben andar ahora en el vareo de las castañas!

La puerta la había abierto una campesina, que había hallado allí refugio, según explicó a Egisto, porque habiendo traído una cerda preñada a la feria de San Narciso, adelantándose con la sesión de fuegos artificiales —que ella había llegado de prisa con su troyano por encontrar temprano un buen lugar a la sombra en el ferial—, el animal se puso a parir, y le pareció que no molestaría en aquel caserón viejo y desierto. Y allí estaba, tumbada en paja la cerda, que era galesa recastada, con manchas negras en el lomo, y doce lechones mamaban incansables, propietario cada uno de una teta fecunda. Egisto le recomendó cuidado, no fuese a provocar un incendio con la vela que había encendido a los pies de una lucha antigua en mármol que adornaba la pared, y eran Héctor y Aquiles, y si bien en el relieve simulaba que suspendían el diálogo de sus espadas por escuchar los consejos de un dios que asomaba entre nubes, la verdad era que parecía que habían dejado de golpearse con el hierro por escuchar el monótono murmullo glotón de los infantes porcinos. Egisto le dio a la campesina una semana para que dejase el lugar, recomendándole que quedase limpio y barrido, y que quemase algo de espliego al irse.

Cada cual se fue a su cama, y el oficial del Inventario, que no dormía en el palacio real porque con la visita tracia no había sábanas para todos, invitó a Ragel a seguirle hasta el portal de su casa. Se oyó en la plaza la voz de un sereno que daba las diez y lloviendo, cuando Egisto, tras despedirse de los tracios, entró en la cámara

nupcial. Clitemnestra dormía en el medio y medio del ancho lecho, en la boca un trozo de raíz de regaliz que le hacía como de chupete, y el hermoso y largo cabello, siempre una nube de oro, derramado sobre la almohada. El rey suspiró y se desnudó en silencio, sacando las tres monedas que llevaba ocultas en las bragas y metiéndolas debajo del colchón, envueltas en el pañuelo verde que le había servido de alegre bandera. Por primera vez desde sus bodas, no dejó de mano una de las antiguas y largas espadas, de sonoro nombre. Llovía, y las gruesas gotas de las enormes nubes que pasea el Sudoeste tamborileaban en los cristales. Se batió, lejana, una puerta, pero Egisto ya dormía, fatigado del largo viaje.



LA PIEL DEL REY amarilleó como pergamino. Calvo, debajo de la corona, cubriéndose la cabeza, se ponía trozos de tela, buscando que fuesen de vivo color. Ya no podía su mano con las espadas agamenónicas, tiradas en el suelo en un rincón del gran salón, las hojas oxidadas, y de su cinta sólo colgaba un pequeño puñal. Cada vez veía menos, y el temblor de sus manos iba en aumento. A las horas de paciente espera habían seguido otras de alocada inquietud, y Egisto, movido por no se sabe qué sueño o instinto se echaba a caminar lo más rápidamente que podía por los largos corredores, cada vez con más curvas, cada vez más estrechos y oscuros, desembocando uno en otro, y durante horas caminaba sin hallar una salida, bajo el vuelo raudo de los grandes murciélagos, hasta que al fin se encontraba frente a una puerta que, abierta, le daba paso a la terraza, donde ya era noche cerrada, y la casi ceguera de Egisto le impedía contemplar las estrellas que, apáticas y lejanas, presidían su destino. Orestes no acababa de llegar, y la vida se le iba al viejo rey. Podría morir de aquel lobanillo negruzco y venoso que le estaba saliendo junto a la nuca, o de aquel loco galopar de su corazón, que lo escuchaba a la vez en las sienes y en los pulsos. Se arrodillaba y doblegaba, intentando contener aquel caballo loco que se desbocaba en su pecho, se encabritaba, y se detenía ante el obstáculo, quieto un minuto interminable. Por el lobanillo, le parecía que a veces le entraba en la cabeza una corriente de aire frío, que se esparcía por ella, y el aire frío, helado, le iba llenando, y terminaría por estallar, como una vejiga hinchada en exceso. Otras veces era como si hubiese hallado sitio en el lobanillo una rata, y trabajaba continua y ruidosa en roer un trocito de madera que debía haberse metido allí no se sabía cómo, salvo que el lobanillo fuese como un melocotón y tuviese hueso. Con frecuencia, quedándose adormilado en un rincón de la cocina, veía, como de bulto, sus días infantiles, en su casa de campo cercana a la ciudad, su padre saliendo a cazar llamando a gritos sus lebreles, la madre bordándole jubones en la solana, el criado Diomedes cazando para él con liga mirlos y jilgueros, que encerraba en pequeñas jaulas colgadas en la ventana de su cuarto. Se detenía en un recuerdo, y no sabía salir de él, husmeándolo, reconociendo su veracidad por un aroma que iba unido a una habitación determinada, o a una persona, o al tiempo, a la época de la recogida de los membrillos, o cuando venían los siervos a hacer la sidra. Su padre olía siempre a perro, al sudor ácido y orinado de los perros que vienen cansados del monte, cuando Egisto apoyaba su cabeza en las rodillas paternas. Su madre era como un pañuelo de batista perfumado con lavanda, y lo sentía pasar delicadamente por su frente. Abría el ojo derecho Egisto para comprobar si aún estaba allí el pañuelo en la blanca mano, o si era memoria que él hacía, y el pañuelo estaba, y el olor en el aire, tibio y azulado. Flotaba el pañuelo sobre él como una nubecilla blanquecina, y el rey se

sentía ahora seguro, acunado en los brazos maternales, y se dejaba ir descuidado, río del sueño abajo. Pero aquella hora sosegada era muy breve, y despertaba sobresaltado, corriendo todo lo que le permitía su reuma, a cerrar puertas y ventanas, cuyos picaportes y fallebas nunca encontraba, a detener el viento que entraba por doquier oponiéndole sus manos abiertas, con los dedos llenos de anillos de latón amarillo, y gritando a criados que no había que no dejaran apagar las lámparas, que nadie había encendido. La piel del rey, reseca, amarillenta, se cubría de pequeñas manchas rojizas, como lunares. Egisto se sentía incómodo dentro de aquella piel tirante, y si acercaba sus labios a la mano, la encontraba salitrosa y fría. Pero, ¿quién osaría despellejar a un rey? Y, sin embargo, Egisto necesitaba una piel nueva, una piel de Moscovia que oliese a tanino, o la piel suave de un lechón, o de una mujer joven. Los humanos debían mudar de piel como las cobras, y Egisto se imaginaba en el río contra las hojillas babosas de la ruda temeraria, y así el rey podía deslizarse por entre los prados de trébol hacia el camino, a vigilar la llegada de Orestes, quien pasaría a su lado sin verlo, con sus grandes zancadas insolentes. Egisto podía morderle en el tobillo, habitados sus dientes por venenos antiguos y regicidas, que en un instante espesan la sangre del mordido y este ve soles rojos, antes de caer redondo, con la lengua fuera, y los ojos abiertos que nadie los podrá cerrar. Egisto oía resonar en su cabeza, como en vacía nave de alta bóveda, el ruido de las espuelas de Orestes al chocar entre sí cuando el príncipe se detenía un instante para asegurarse de que no se le había caído del carcaj la flecha de plumas azules. Egisto, serpiente, silbaba, y Orestes volvía la cabeza, buscando el silbador en la oscura noche y fría. Sí, la noche era fría. Egisto tenía mucho frío, y vestido de serpiente no podía acercarse al fuego, junto al cual molía lentamente mijo en un almirez la reina Clitemnestra. Unos hombres se asomaban al balaustre de la escalera principal y mostraban la piel de Egisto a otros que llenaban el patio. Era su piel, desde los pies hasta el cuello, como si lo hubiesen degollado. Su piel abierta, seca, raspada por dentro, con las señales de los clavos que la habían tenido tendida en una tabla, al viento norte.

—Mide algo más de vara y media —dijo una voz.

—Pueden sacarse dos tambores —comentó otra.

Las voces sonaban indiferentes, comentarios de tratantes muy usados por los regateos. Probaban su piel, estirándola, oliéndola, midiéndola a cuartas, enrollándola.

—¡Yo la compro! —afirmó una voz joven desde el rellano de la escalera—. ¡Pago al contado en oro amonedado de este reino!

—¿Cómo se llama el comprador? —preguntó el oficial del registro de Forasteros, señalando con una enorme pluma negra, una pluma arrancada a las alas de una ave gigante de remotos cielos.

—¡El comprador se llama Orestes! —gritaba la voz joven, cada vez más cerca.

Pero Egisto se palpaba, y aún tenía la piel en su cuerpo, la piel reseca y amarilla,

la piel suya, la piel que olía a Egisto. Y se negaba a entregarla, ni en sueños ni despierto, y gritaba y gritaba, pero nadie lo escuchaba, y menos que nadie los hombres que seguían vendiendo su piel.

—¿Nadie da más?

Los pequeños lunares rojizos se iban convirtiendo poco a poco en moscas que se posaban, volaban y volvían a pesarse, y cuando se agrupaban sobre su ombligo o sobre una pequeña llaga que Egisto tenía en una rodilla, componían un borrón brillante y verdoso. Eran unas moscas grandes, de alas azuladas y el cuerpo verdoso, con finas estrías amarillas, y en la cabeza tenían un solo ojo, que a veces crecía y toda la mosca era un ojo purulento e inquieto. Egisto se daba cuenta de que se estaba pudriendo, y por esto no le causó sorpresa alguna el escuchar a Orestes rechazar su piel.

—¡Está mal curtida! ¡Devolvedme mi oro!

Una moneda rodó sobre el cuerpo de Egisto, una moneda enorme, como la rueda de un carro. Se escondió debajo de su piel, y era como un escudo protector escondido allí, contra el que se romperían todas las espadas. Pero por los ojos entreabiertos de Egisto, el noble Orestes, irreprochablemente armado, entró dentro del cuerpo del viejo rey, y ya no valía el escudo. Orestes avanzaba dentro del rey, por un estrecho sendero que hay en la espalda de todo cuerpo humano, y al avanzar le deshacía las entrañas con las espuelas, con la espada, con las crestas de gallo del casco de guerra, con los diamantes de las sortijas de sus dedos, con la misma mirada iracunda, con los largos y curvos colmillos de jabalí, con las palabras fatales.

—¡Egisto morirá como un perro!

Y Egisto, despertando o resucitando, huía a tientas a esconderse, a sumergirse en las tinieblas de un calabozo secreto, a ocultarse detrás de una enorme tela de araña y poco a poco regresaba al mundo, con su eterna y misma piel. Y se arrodillaba junto a las rodillas de Clitemnestra, y se abrazaba a ellas, mientras la reina seguía moliendo el mijo para las papas de la cena, o ya las tenía hechas y comía lentamente, soplando cada cucharada. Apoyaba el plato en la cabeza de Egisto, y exclamaba:

—¡Pobre, pobre!

TERCERA PARTE

ORESTES vacilaba entre emprender el viaje hacia su ciudad por tierra firme o por mar. En cualquiera de los dos casos pensaba tomar el camino muy lejos, en el lugar más distante y a donde no hubiese llegado la noticia de la tragedia. Podría así inventarse más fácilmente nombres y patrias, motivos del viaje, que podían ser búsquedas de cosas extraordinarias, y corriéndose la noticia de que viajaba con tal fin un joven caballero, nadie sospecharía que fuese Orestes. Y en la etapa siguiente, ya era otro joven caballero, de otra patria, con otro motivo.

—Tú —le había dicho Electra— declararás siempre que eres Orestes, y que te diriges, sin perder hora, a cumplir la venganza. La gente se apartará, religiosamente aterrada por tu sino fatal. Y Electra insistía:

—La cabeza levantada, el manto desgarrado por las zarzas de los caminos, los zapatos cubiertos de polvo. Pides agua, bebes, te mojas los ojos y das las gracias.

Orestes os da las gracias, dices. Y prosigues tu camino, y cuando estés a diez leguas de la ciudad, y supones que ya le ha llegado a Egisto la noticia de tu presencia, galopas a otro lugar, donde te haces reconocer, y después a otro y a otro, y así Egisto en cuatro días recibe la noticia de tu presencia en cuatro lugares diferentes, que una línea que tirases entre ellos haría un círculo alrededor de la ciudad. Te adelantarás desnudo, cubriéndote con el escudo.

Electra le rogó que se desnudase y abrazase el escudo, que era ovalado, de bronce forrado de cuero y tejo, y se pusiese en la puerta, a contraluz, lo que Orestes hizo. Electra se arrodilló y se echó ceniza por la cabeza.

Pero las cosas en los caminos resultaban diferentes. Orestes llegó a una aldea, y preguntó dónde podía pasar la noche. Era un país de pastores, y las casas, todas de planta baja y de piedra rojiza, cubiertas con pizarra oscura y paja, se extendían por la falda de una montaña rocosa. El pastor a quien se dirigió estaba arreglando un huso, y no levantó la vista del trabajo.

—Más abajo, junto al abrevadero, hay una casa para forasteros.

Era la primera noche que Orestes iba a pasar lejos de Electra. Cuando Orestes estaba en cama y ya se le acercaba el sueño, Electra venía silenciosa y solícita, lo arropaba, le tocaba los pies por si los tenía fríos, le frotaba la frente con las yemas de sus dedos mojados en aceite perfumado para que tuviese sueños felices, y se marchaba de puntillas, presurosa.

Llegó Orestes a la casa para forasteros, y preguntó si había cama. Le respondió un hombre gordo, con un gorro de piel calado hasta los ojos, el labio leporino, perilla de mosca y manco del siniestro, que la había y cómoda, con colchón de crin, y las mantas acabadas de lavar, como en todos los finales de verano.

—¡Me llamo Orestes de Micenas! —dijo el viajero.

—¿Cae muy lejos eso? —preguntó el gordo.

—Cien días.

—¡Hombre, si fuese joven y estuviese más delgado, me iba contigo de criado, sólo por la comida y el calzado, por ver mundo! ¿A Levante o a Poniente?

—A Poniente.

—Me gusta caminar hacia Poniente, porque es el camino que hace el sol. Deja tu caballo que ya lo meteré en la cuadra, pon tus armas en el astillero y bebe de mi vino. Voy yo mismo a comprarlo a las bodegas, y acierto siempre en traer un tinto regoldador, que es muy del gusto de estos pastores. Yo no soy de aquí, sino de colonos emigrados, en la costa. Pero los piratas quemaron nuestras casas y tuvimos que repartirnos tierra adentro. Como esta gente come tanto queso y bebe tanta leche, necesitan un vino que les remueva el estómago. ¡Ese fue mi éxito! Yo me llamo Celión. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Orestes.

—¡Nunca oí tal nombre! ¿Es de mártir?

—¡No! Fue inventado para mí. Echaron a suertes las letras y salió Orestes.

—Según eso, serás muy afortunado.

—Voy a mi patria porque he de cumplir una terrible venganza. El amante de mi madre mató a mi padre.

El gordo Celión, que sacaba una hogaza de pan de la artesa, volvió el pan adentro y bajó la tapa.

—¡Eso no te exime del pronto pago!

Orestes abrió la bolsa de piel de topo y buscó en ella una moneda de plata. La echó a rodar por la mesa. El gordo Celión la dejó caer en las losas del suelo, donde cantó. Antes de recogerla, sacó pan y vino, se quitó el gorro de piel y, poniéndolo sobre el corazón, le dijo a Orestes que le perdonase, pero que había costumbres mercantiles en su nación a las que no podía faltar, y que muchos, en aquellos tiempos de confusión, pasaban diciendo que iban a grandes venganzas, que les habían quitado el reino o la mujer mientras peleaban en Troya, y citaban la hospitalidad antigua, bebían un pellejo ellos solos, y se iban sin pagar.

Cogió del suelo la moneda y la miró, y con satisfacción comentó que era tebana.

—Es una moneda muy sólida, siempre en su peso.

—Ya ves que pago —dijo Orestes—, pero si alguien tiene derecho a hospedarse gratis en esta casa, soy yo. ¡Un padre muerto y una madre adúltera!

Le hubiese gustado a Electra el oírlo, porque ponía una emoción grave en sus palabras. Apoyaba la frente en la delicada mano, en la que lucía un anillo de oro.

—Si quieres —dijo Celión respetuoso—, no pagas el pan.

Y con un ancho y afilado cuchillo cortó de la hogaza una rebanada todo a lo largo y se la puso delante a Orestes, servida en una servilleta blanca. Daban las buenas

noches los pastores que entraban, frotándose las manos, que la tarde había enfriado, y dándose palmadas en las espaldas. Celión servía diligente de su vino, y cuando cada cual tuvo su jarrilla en la mano, les presentó al forastero.

—Este joven caballero, único huésped hoy de servidor, se llama Orestes de Micenas, y viaja por vengarse del asesino de su padre, que está a todo en la cama de su madre.

—Os convido al vino —dijo Orestes, quien se sentía contemplado, con ojos asombrados, pero a la vez incrédulos, por los pastores.

—¡Este es de verdad! —apoyó Celión—. ¡Tardará cien días en llegar!

—¿A quién matarás? —preguntó el más joven de los pastores, que llevaba al cuello un pañuelo rojo.

—En primer lugar —respondió Orestes—, al asesino de mi padre. Con espada, y cortando en el cuello.

—¿Y en segundo lugar? —preguntó Celión—. ¿Te atreverás a matar a tu madre?

—Ese es mi secreto —respondió en voz baja, pero que todos oyeron, el príncipe Orestes.

—Yo —dijo uno de los pastores, hombre de madura edad, el rostro arrugado, los ojos azules, descubriéndose para contar y mostrando la crespada cabellera cana— conocí a uno que estaba en un caso semejante al tuyo. Tenía que matar al asesino de su padre, que se acostaba con su madre. Andaba afilando cuchillos en la sombra. No era de la aristocracia como tú, sino de familia de soladores de zuecos. El marido había salido cazador, y pasaba los días en los montes, a la perdiz y al conejo, y la mujer, por aburrimiento, se entregó al que les vendía los trozos de álamo para las suelas, después de probar en un oficial de torno que tenían en el negocio, pero este, con el miedo de que llegase sin aviso el marido, que era su jefe, no lograba ponerse a punto. Al marido le soplaban que la mujer lo coronaba, pero él no lo creía, y al final dijo a los soplones que aunque fuese verdad, que más lo descansaba, y que muchas veces venía fatigado de la caza y tenía que ponerse a placer, y maldita la gana que tenía. A la mujer le dolió que su marido consintiese, que era prueba de desamor, y logró convencer al forestal de que acabase con el cornudo, lo que hizo. Y un hijo que había del matrimonio, creciendo, se enteró de que su padre no había muerto de accidente, al despellejar una liebre cortándose una vena y desangrándose en el monte, sino que le había dado muerte el amante de su madre. Y se puso en vengarse, escondiéndose detrás de los árboles, buscando la hora del cuchillo, o levantándose por las noches para sorprender al asesino entrando o saliendo de la casa. Y en una de estas lo encontró, y lo apuñaló, y cuando encendió la luz, vio que se había equivocado, que el muerto era el tornero, que como ya no había miedo de que regresase sin aviso el cazador, ahora servía muy bien.

—¿Y qué hizo después el hijo vengador? —preguntó Orestes.

—¡Nadie sabe nada del alma de nadie en este mundo! Ayudado por la madre disimuló el cadáver del tornero en un pozo abandonado, donde echaban perros muertos y cabras despeñadas, y la madre le dijo que lo que ella hacía con el tornero que era por medicina, y que qué iba a ser ahora de ella con aquella dolencia. Pero el hijo no creía tal cosa, que bien veía que todo era vicio, y queriendo meditar más profundamente en la condición de la madre, terminó por conversar en lugar neutral con el asesino de su padre y lo encontró risueño y gran narrador, y se hicieron amigos, y como prueba de amistad el vendedor de madera de álamo le dijo al muchacho que no volvía a visitar a su madre, que se quedase sola con sus remordimientos, y que a él también le pesaba de la muerte del cazador, que era grande conversador, y asaba el conejo como nadie. Hicieron un viaje juntos, el vendedor de madera de álamo prohijó al muchacho, y se casaron con dos hermanas huérfanas que tenían una buena labranza.

Cuando se hubieron ido los pastores, regoldando, y Orestes hubo cenado migas y cecina, despidiéndose de Celión se fue para la cama, rogando al mesonero que lo despertase de alba. Y no le salía del magín la historia que había contado el pastor, y ya se veía en conversación con Egisto en una solana, el cual le ofrecía su amistad y dinero, un viaje por los antípodas y una joven esposa, que entrando Orestes rodando en el sueño, cada vez se parecía más a su madre Clitemnestra. Pero despertó sobresaltado, porque por una de las puertas del sueño había entrado sigilosamente Electra y lo contemplaba iracunda. Orestes dio un grito, que hizo acudir a Celión.

—¿Pasa algo, Señoría?

—¡Grité soñando! —respondió Orestes.

—¡Eso será que no tienes costumbre del ajo verde de las migas! —comentó apagando el farol de la escalera el mesonero.

ORESTES, sentado en un poyo sobre el que había doblado su capa, esperaba en el patio a que viniese a buscarlo el mayordomo que iba a llevarlo ante el tirano de aquella ciudad, que estaba sobre el mar, amurallada en una colina, y tenía un pequeño puerto abrigado, alegre con los tantos colores de las velas de las naves surtas en él. Las murallas eran de verdosa caliza, con grandes manchas de hiedra plateada, pero las casas, los palacios, los muros de las huertas, los palomares, aparecían muy bien encalados. En los huertos se veían naranjos llenos de fruto rojizo, y aquí y allá elevaba su copa puntiaguda el ciprés. En el patio de la casa del tirano, a la sombra de los arcos y en la vecindad de la fuente, se estaba fresco en aquel caluroso mediodía de septiembre. Las golondrinas, despidiéndose antes de emprender viaje hacia el Sur, volaban sobre un enjambre de hormigas aladas, hartándose de dulzor. Orestes se sentía vigilado por alguien que se escondía detrás de una columna, o protegido por la persiana del balcón podía cómodamente ver cómo el príncipe se desabrochaba el cuello del jubón, se acercaba a la fuente, bebía en el chorro y se alisaba el pelo con las manos mojadas. Vuelto a su asiento, le entró el sueño al príncipe, quien despertó dando unas cabezadas y escuchando la voz del mayordomo que lo invitaba a seguirle.

—Perdona, extranjero, pero es la costumbre la que me obliga a cachearte, no lleves arma escondida. Y te advierto que ante mi señor no puedes sentarte, salvo que él te dispense, y has de hablar siempre con los brazos cruzados a la espalda.

El tirano estaba sentado en el suelo, en unos cojines, en el centro de una gran sala. Los pesados cortinones de terciopelo de los balcones cerraban el paso a la luz y al aire caliente de la cuadrada plaza. Iluminaba la pieza la claridad que entraba por las puertas abiertas. Ya en la sala, Orestes no vio al tirano hasta que le indicó el mayordomo donde se sentaba, diciéndole al oído que hiciese una reverencia de corte.

—Señor, me llamo Orestes de Micenas, y viajo hacia Poniente, obligado por el cumplimiento de una venganza.

El tirano contemplaba a Orestes, quien se había detenido a unas tres varas de sus pies, con los brazos cruzados a la espalda. El tirano cumpliría los cincuenta años, y lo que llamaba la atención en su rostro afilado eran sus ojos claros, muy separados bajo espesas cejas que todavía lucían rubias, aunque la barba fuese ya más entrecana.

—¡Una venganza! —exclamó como si estuviese aburrido de escuchar cada día aquella respuesta—. ¿Sientes odio?

Preguntó esto con voz afectuosa, y antes de que Orestes respondiese lo invitó a que se sentase a su lado. A cada rato entraba un esclavo y ponía ante el tirano un barreñón rojo, pintado con brincos de delfines, lleno de agua fría, y el señor sumergía allí las manos hasta medio antebrazo. Orestes recordó los consejos de Electra, que tocaban a la vez a los hombres y a los dioses:

—La justicia no sufre el odio.

El tirano se sonrió, y se salpicó la cara y el pecho con agua fría.

—Esa es una respuesta política, pero el corazón lo que pide, las más de las veces, es la justificación del odio. Por eso hay dos bandos y partidos en las ciudades. Las gentes se reúnen para pedir que baje el precio del trigo, pero lo que buscan es mi caída, mi degüello, arrastrarme por el camino de ronda hasta el puerto, y partirme en pedazos antes de echarme de comida a los congrios. ¿De quién vas a vengarte?

—Del asesino de mi padre, el rey Agamenón.

—¿Un rey? ¿Quién lo mató?

—El amante de mi madre, llamado Egisto. Yo los vi juntos y desnudos, a los adúlteros, en el mismo lecho, siendo todavía niño que no podía con la espada paterna.

—¿La vas a usar ahora?

—La llevo en mi caballo, envuelta en lana pura sin hilar, engrasada con aceite de la lámpara de un templo famoso, después de que hubo bebido en él, en noche de luna llena, una lechuza glotona.

—¡Me gustan las gentes que observan los ritos! Sonrió el tirano a Orestes, y viendo cómo el sudor brotaba en la cara del príncipe, le invitó a que usase del agua fría, sumergiendo las manos, mojándose la nuca y la frente.

—¿No puedes desentenderte del asunto? ¿Quieres recobrar el reino perdido? ¿No puedes esperar? ¿Solamente vives para eso?

Las palabras del tirano correspondían a las horas de desaliento de Orestes. «¿No puedo desentenderme de este asunto? ¿No puede esperar la venganza? ¿Solamente he de vivir para ella? ¿El reino perdido? ¿Qué reino, qué súbditos?». Electra mataba una paloma, y le obligaba a que mojase las manos en la sangre.

—Tienes que acostumbrarte a andar así —le decía.

El tirano palmeó, y acudió un esclavo con refrescos de lima y nieve. Los dos hombres bebieron a sorbos, alegrando la boca con aquella agua fría.

—Yo también fui un vengador —dijo el tirano—. Yo quería pensar en otra cosa, pero mi madre no me dejaba.

Se levantó, se acercó a uno de los balcones, apartó el cortinón, miró a la plaza y volvió a sus cojines. Era un hombre muy alto, muy ancho de pecho.

—Yo tenía que matar al segundo marido de mi madre, porque andaba escondidas enamorando a una hermana mía. Salí de la ciudad para prepararme para el crimen, para poder estudiar el asunto, atando todos los puntos, no fallase el golpe.

El calor de la sangre moza me traía otros pensamientos, pero tres veces al día recibía una señal de mi madre, unos hilos rojos atados a una punta de flecha. Sí, lo mataría con flecha. Tenía que terminar con aquel asunto, quería dedicar mi vida a otras cosas. Pero mi ayo me decía que no podría, que sería peor después de la venganza, que andarían voces volando tras de mí, acusándome del crimen.

—No dormirás, no hallarás casa fija, te mirarán como a un leproso. ¡Serás un perpetuo vagabundo! ¡Y no serás un hombre justo si dejas con vida a tu hermanilla!

Bebió de un golpe toda la nieve que quedaba en el fondo de la copa.

—No, no sería un hombre justo.

—¿Te vengaste? —preguntó Orestes.

—Todo salió de muy diferente manera de cómo yo imaginaba. Me entrené en el arco, y cuando me hallé maestro, volví a la ciudad en busca del padrastro. Era la hora en que él acostumbraba a salir del baño. Tenía siete espejos y se iba mirando en ellos mientras se paseaba secándose. Se detuvo un momento y se inclinó, para mejor secarse una pantorrilla. Tendí el arco y disparé la flecha contra su cuello. Me había equivocado. No le había disparado a él, sino a su imagen, reflejada en uno de los espejos. Asomó la cabeza, me vio, y se echó a reír. Reía con sonoras carcajadas, arrastrando la toalla, desnudo, pegando saltos, sin miedo de una segunda flecha mía. Reía y gritaba, acudieron esclavos, acudió mi madre. Mi padrastro reía y reía, no podía dejar de reír, se ponía rojo, y de pronto quedó serio, mirándome fijamente, dio un paso hacia mí y cayó muerto. Su cabeza rebotó en el mármol. Le salía sangre por la boca y por las narices. Yo dije que había entrado a mostrarle mi arte en Hechas, y que lo había encontrado en aquel ataque. Le echaron la culpa a que había comido higos por la mañana, y no había hecho la digestión. Y dieron la muerte por natural. Y pese a ello yo tenía la amarga certeza de haberle dado muerte. Lo peor era que, aunque vengador, no podía exhibirme como tal, desterrado ritual en cortes extranjeras. ¿Y cómo iba a castigar a mi hermana? Mi madre me pedía que la ahorcase, que ella iría a tomar las aguas a un balneario de la montaña, y mientras tanto yo la ahorcaba. Me dejó la cuerda, una trenza flamenca de tres cabos, dos amarillos y uno blanco, que hacía muy fino.

—¡Volveré dentro de quince días! —me dijo mi madre al despedirse.

Encontré a mi hermana en el jardín, con las manos cruzadas sobre el vientre, mascando un tallo de avena loca, los ojos cerrados. Y en aquel momento tuve la intuición de que estaba preñada.

—¿Para cuándo? —le pregunté—. ¿Para cuándo el niño?

Me miró asombrada, y se echó a llorar.

—Para la vendimia —dijo.

—Te buscaré marido —afirmé.

—¡Ya lo tengo! ¡Ya me lo tenía buscado el difunto!

Así era. Ya le tenía buscado el difunto un marido, un gentilhomme campesino, que llegó a pedir la mano saludando desde lejos con un sombrero verde. Me cogió del brazo, y me dijo que no podíamos negarle la niña, que ya sabía yo su estado, y que perdonase el desliz, pero que a la muchacha le había caído el pañuelo al camino y él se encaramó a la muralla de la huerta para devolvérselo. Hubo boda. Mi madre no

quiso asistir, se negó a chupar los caramelos que mandó el yerno, y decía que se había quedado sin hija. Pero, unos meses más tarde, lloraba de alegría acunando el retoño.

Sonrió, recordando la estampa de la abuela y el nieto.

—Por eso —le dijo a Orestes— te pido que lo dejes por algún tiempo. Quédate aquí domando caballos. Tengo hijas y sobrinas en edad de casar. Puedes elegir la que más te guste. Si te asomas esta noche a la ventana de la cámara que he ordenado disponer para ti, las verás en el patio, jugando al diábolo. ¡Hay muchas vidas, querido amigo!

¡HAY MUCHAS VIDAS! En su vagabundaje, Orestes solía recordar las palabras de su amigo el tirano, y también la hermosa estampa, en la noche, de las muchachas jugando al diábolo a la luz de las antorchas. Corrían, saltaban, giraban, y levantando las amplias faldas al correr dejaban ver las blancas piernas. Corrieron, cantaron y jugaron a echarse con las manos agua de la fuente. Hasta que, siendo ya la medianoche, vino la nodriza más antigua y las llevó a la cama. Eran seis, pero Orestes no olvidaba a una menuda y rubia que mismo debajo de una antorcha se recogió el pelo, atándolo con una cinta que sujetó con los dientes. No quiso quedarse allí, al servicio del tirano, aunque este le ofrecía cambiarle el nombre. Podría haber quedado si, contrariando a Electra, no hubiese dicho que viajaba a Micenas a cumplir con la obligación de una venganza. Pero habiéndolo dicho, todos los que lo habían oído estarían pendientes de él, del día de su marcha, y si se retrasaba en partir comenzarían las murmuraciones. Y si pretendía una de las muchachas de la familia del tirano, y casaba con ella, la mujer estaría siempre con el temor de que una mañana no lo iba a encontrar en el lecho, que Orestes, antes de que la juventud se fuese, había salido a cumplir su juramento. Y peor todavía si dejaba algún hijo. ¿Y osaría acariciar a este con las manos manchadas de sangre?

Orestes andaba ahora por países donde nadie sabía que existía tal ciudad de Micenas, y por eso no podían indicarle el camino más corto.

—¡Vete hacia el mar, que en los puertos saben de todas las ciudades y mercados del mundo!

Pero Orestes amaba los bosques y los estrechos senderos montañoses. Aquel era un mundo sin correos, no podían llegarle recados de Electra, y nadie le preguntaba su nombre. Había una taberna en cada aldea, y Orestes ponía una moneda en el mostrador.

—¿Vas a estar con nosotros una semana? —le preguntaba el huésped, guardándose la moneda en el bolsillo interior del chaleco.

La mujer le lavaba las camisas, y un criado le herraba el caballo, que Orestes advertía que desde allí partía para un largo viaje. Los aldeanos ricos, viéndolo tan cortés, lo convidaban a cenar en sus casas, y el posadero le llenaba la bota para el camino. Le iban bien aquellos vinos ásperos de la meseta. Siempre había una muchacha para decirle adiós. ¡Hay muchas vidas!

—¿Cómo te llamas? —preguntó el tabernero—. ¡Aquí tenemos la costumbre de interrogar a los extranjeros!

—Me llamo Egisto —dijo Orestes.

—Ese es el nombre de un rey que hay no sé dónde.

—El mismo, pero yo no soy ese rey, aunque sea más noble que ese rey.

—¿Cuál es el nombre de tus padres?

—No se sabe, que me hallaron en el campo amamantado por una corza, con doce libras de oro a mí lado, en doce bolsas. Y una serpiente sujetaba con su boca mi cordón umbilical, no me desangrase.

Los bebedores se apartan, y el tabernero, poniéndose un paño de secar sobre la cabeza, exclama solemne:

—¡Eres casi sagrado!

Tuvo que marcharse a escondidas de aquella aldea, porque la gente venía de más doce leguas a verlo, y las mujeres tocaban sus hijos en sus riñones. Una soltera de treinta le había mandado recado diciéndole que quería tener un hijo de él, que sería el consuelo de su vejez.

Orestes estaba ante el mar. En el horizonte se veía la costa de la Hélade Firme, y ante ella la línea oscura de las dos islas en la desembocadura del río. Eran las dos islas que él había buscado en la carta, en los primeros años de su regreso. Un hombre que llevaba al hombro un remo se le acercó.

—Si vas a pasar a la otra banda, lo mejor es que vendas aquí tu caballo. ¡Es un caballo viejo!

—¡Es mi caballo! —respondió Orestes.

—¡Fue un buen caballo!

—¿Cómo sabes de caballos, tú que eres marinero?

—No creas que duermo con una yegua. Pero a la vista está que es un caballo viejo, y que ha debido ser un hermoso caballo en sus buenos años.

Orestes contempló su caballo, que desensillado pacía al lado de la playa. Era la primera vez que lo miraba, teniendo en la mente aquellas dos palabras: «caballo viejo». Sí, el veloz ruano había envejecido en su compañía. El corazón de Orestes se llenó de una extraña ternura. ¡Años de incansable caminar! ¿Y no habría envejecido también él, Orestes, en el viaje de regreso, perdido por los caminos?

—¿Entiendes de hombres como de caballos? ¿Cuántos años tendré yo?

El marinero, apoyado en el remo, miraba a Orestes de arriba abajo.

—¡Quítate el casco!

Orestes se quitó el casco.

El marinero dio un par de vueltas alrededor de Orestes.

—¡Cuarenta y dos años!

—¿Un hombre viejo?

El marinero, apoyado en el remo, miraba a Orestes a los ojos.

—Mientras viajes, no serás un hombre viejo. Pero el día en que decidas descansar, aunque sea mañana, lo serás.

El marinero se fue con su remo al hombro, diciéndole que si quería posada que la había en el puerto, al otro lado de aquel montículo. Y Orestes se quedó a solas con su caballo en la playa. El viejo ruano se había saciado pronto, y se acercaba, como solía, a rozar con su hocico la espalda del amo. Orestes pasó un brazo por el cuello del caballo, y comenzó a imaginar el discurso que haría a una embajada que le mandaba Electra desde Tebas, reprochándole el retraso en la venganza.

—¡Este es el compañero fiel de mi viaje! ¡Un viejo caballo!

Sería inhumano venderlo, ya para carne embutida para leñadores, ya para labores agrarias. ¡Antes darle muerte por mi mano! Decidle a Electra apresurada, que tan pronto como mi caballo exhale su último suspiro, yo embarcaré en una nave, que ya estoy frente a la costa donde desemboca el río paterno.

Dijo en voz alta, y señaló la línea oscura de las dos islas, y la que más allá difuminaba la neblina de la tarde. Y el caballo escuchó las nobles palabras de Orestes, y no queriendo retrasar más el cumplimiento de la terrible venganza, se arrodilló, rozó dos veces la cabeza contra la arena, relinchó agudo como hacía por las mañanas en oyendo el gallo dar entrada al alba, e intentando levantarse, para morir de pie — que aquello de arrodillarse debía de haber sido una oración secreta propia de los hípicas—, no pudo, y cayó muerto, con las patas por el aire. Orestes desnudó la espada de la venganza, se arrodilló en la arena manteniendo el acero en alto, la empuñadura sujeta con las dos manos contra el pecho, y permaneció así toda la noche velando el cadáver de su caballo, mirando hacia el mar. Las olas rompían sonoras, y en la otra orilla se había encendido una luz roja.

Pasaron más años, ocho o diez. Al fin había salido una nave para la otra banda, y Orestes pisaba tierra en la desembocadura de su río. Orestes, que se veía tan distinto, ya en el umbral de la ancianidad, del Orestes de los años de juventud, se preguntaba quiénes serían aquellos a los que había de dar muerte terrible, cambiados también con el paso de los lustros, usados por los inviernos. ¡Semanas enteras pasaban sin que se acordase de sus nombres! Quizá lo que más le obligaba ahora al cumplimiento de la venganza era la muerte de su viejo caballo. No debía defraudarlo. Pero, ¿vivirían todavía Egisto y Clitemnestra? ¿Qué habría sido de su hermana Electra? Pero lo importante ahora era caminar, llegar nocturno a la ciudad, cerciorarse de que podía sacar rápidamente la espada vengadora de entre las mantas de viaje. Había comprado otro caballo, un tordo muy brioso, alegre en las horas matinales. Al llegar al vado, silbó reclamando la barca. Desde la otra orilla le contestó un muchachuelo saludando con la gorra, y gritando que ya salía. Fue fácil meter el tordo y atarlo, y la barca se

dirigió, río abajo, hacia la otra orilla, aprovechando la corriente, para dejar a Orestes y a su montura junto a las piedras del paso antiguo.

—Había un barquero llamado Filippo —dijo Orestes.

—¡Mi abuelo, que Dios tenga en su gloria!

—¿Hace mucho que murió?

—¡Unos quince años!

El muchacho apoyaba con la pértiga el viraje de la barca hacia la izquierda.

—¿Murió de viejo?

El tema de la ancianidad le venía ahora a mientes a Orestes a cada instante. Como él envejecía, todo envejecía.

—Viejo era, pero no murió de senectud, que fue que estaba poniéndole una bandera nueva al palo de popa, y llegó corriendo el criado de la posada del Mantineo diciéndole que en la paz que firmaban en los Ducados se aseguraba la construcción de un puente en el vado. Mi abuelo gritó que no era posible, que no podía haber puente mientras no viniese un tal Orestes, que tenía él que pasarlo en la barca, y estaba en la ley que puente quita barca. El criado gritaba más, diciendo que habría puente y pasaría la diligencia, y que el Mantineo iba a ser rico y poder casar la hija paticoja. Y mi abuelo erre que erre en que no habría puente mientras no pasase a Orestes vespertino, sin apearse en la barca de su caballo ruano, y estaría lloviendo. Y en su excitación no se dio cuenta de que daba un paso en falso, cayó al agua y se ahogó, que habiendo pasado toda la vida en el río no sabía nadar.

—¿E hicieron el puente? —preguntó Orestes.

—Empiezan para la semana que viene. ¡Pero que yo sepa no ha pasado el río el tal Orestes vespertino!

CUARTA PARTE

PASO DEL MENDIGO

ESCENA I

Ama Modesta y el Correo.

AMA MODESTA

¡Buenos días, Correo!

CORREO

¿Cómo se descansó? ¡Buenos días nos dé Dios!

AMA MODESTA

¿Quién descansa en estos tiempos, Correo real?

CORREO

¿Hubo gente?

AMA MODESTA

¡Mujeres, pobres mujeres!

CORREO

[*Posa la gran cartera en el suelo*]. ¡Les dio el baile, les picó la araña roja! ¡Que huya un hombre de la guerra, pase, pero mujeres!

AMA MODESTA

¡Se puso de moda huir! Y aunque huyeran señoras de atavío, por miedo a una falta de respeto, pase, ¡pero pastoras y lavanderas! [*Pausa*]. ¿Hay carta? ¡No sé para qué te lo pregunto!

CORREO

¿Cómo ha de haber carta? ¿Quién la escribirá? Una carta, ama, supone que alguien estuvo con la pluma en la mano dando noticias, poniendo cómo va de salud, el tiempo que hace, noticias de intereses, y mete el papel en el sobre, y baja de prisa por la calle que lleva al correo, y echa la carta en el buzón. ¿Hay ese alguien? Pues no, no lo hay.

AMA MODESTA

Las que se aguardan en esta casa son cartas de amor.

CORREO

Peor todavía, Modesta, ama Modesta. Si no hay gente para escribir de intereses,

¿cómo va a haberla para cartas de amor?

AMA MODESTA

Pues ella las contesta.

CORREO

¿A quién? Escribe, eso sí, cartas muy razonadas, sí señor, muy bien puestas, de libro, que yo leí algunas. Dice: «¡Nunca salgo de mis sueños sonriendo! Pregúntaselo al lucero de la mañana». ¡Muy bonito! Pero, ¿a quién se lo dice? ¿Existe ese, está esperando, tiene una flor en la mano, se mira en un espejo porque quiere que la carta de encendido amor lo encuentre galán con los rizos mostrándose bajo la montera? No lo hay, ama. Las cartas van, corren. Es su destino. ¡Quién sabe adónde van a parar las más de las cartas que se escriben! Aunque pongas las señas de uno que hay, señor Londres, calle de los Tabacos, 14, bajo, Alejandría, y le llegue la carta, ¿es el que tú piensas quien la recibe? Tú escribes de un ánimo y él está de otro, y no ve en la carta el cuidado tuyo, ni te ve escribir la alegría o la tristeza. Las más de las cartas le llegan a uno de un extraño.

AMA MODESTA

Dos que bien se quieren, uno son.

CORREO

Pero te repito que esos a quien doña Inés escribe no los hay, ama. Son como figuras de poetas. Ella pone en el sobre: «Al caballero del verde tabardo, en París de Francia».

AMA MODESTA

¡Lo hay!

CORREO

¡Habrá cien! Pero la carta busca uno sólo. La carta dice así: [Hace que lee en un papel cualquiera que saca del bolsillo de la zamarra]. «Señor del tabardo verde, esta que yo soy, segura servidora, muere de amor acariciando pañuelos de seda colorada. Ya viene el invierno, y ando sola por la casa, abriendo puertas, sin miedo al frío, a quien llega enamorado». Y yo, el Correo, no voy a andar corriendo detrás de todos los que vea pasar por las calles de tabardo verde, diciéndoles que monten en el mejor caballo y salgan por esta torre, suspirando.

AMA MODESTA

¡Uno de tabardo verde lo conocería ella, digo yo!

CORREO

Pero ahora ya tiene el tabardo amarillo, o se pasó a la capa corta. No hay nadie, ama Modesta. Todos los que podrían escribirle a doña Inés son gentes de la imaginación, pedazos de niebla, que se ponen aquí para levantarse más allá, llevados por el viento. ¡Ella que siga soñando, y tú que no te canses de planchar pañuelos para que pueda seguir diciendo adiós desde las almenas!

[El Correo guarda el papel en el bolsillo de la zamarra. Ama Modesta abre el aparador y se dispone a darle al Correo un vaso de vino].

AMA MODESTA

[Confidencial, mientras echa vino]. Algunas noches pasan hombres. Yo estoy en cama, con la puerta abierta, a la escucha de lo que hablan con ella, y por oír el acento extranjero de los más. Los hombres siempre hablan de ellos, y mi paloma solamente entiende de amor. Ellos la llevan por donde quieren, por las arboledas de sus pensamientos, que mi doña Inés no puede con los vagos ensueños suyos, y teme perderlos en una revuelta de la memoria de los que hablan. Los hombres son todos gallos, al menos en el hablar. Cuando a alguno le escucho el punto de la voz ronca, parece que también se quisiera echar encima de mí.

CORREO

¡A lo mejor empreñas de palabra!

AMA MODESTA

No es cosa de risa, Correo. Y ella es pura como una golondrina que todavía no hubiese salido al aire de fuera del nido. Es como una fiebre, ¿sabes? Llega la sed hasta mí. Toda la casa se llena de sed. Y ellos se van, y la perla mía queda sola en el mundo, sollozando.

CORREO

¡Todos tenemos un tema! De mozo, yo soñaba que llegaba a rico. Me caían las onzas en la cara, y era como un jabón de olor fresco. Un día, en la posada de Lucerna, al levantarme encontré un *carolus*. Le caería a otro que había dormido en la misma cama. Nunca más volví a soñar con hacerme rico. ¡Perdido quedó el virgo del sueño! y dejé de ser mozo desde aquel día, y comenzaron a asomar en mi rostro las arrugas.

AMA MODESTA

¡Soñar es muy cansado!

CORREO

Pero es lo más antiguo que hay. ¡Antes que hablar!

Ama Modesta se para, escuchando ruidos en el primer piso. Se habrá levantado doña Inés. Ama Modesta se inclina sobre el Correo, que se sentó a beber el vino. Bebe a sorbos, goloso.

AMA MODESTA

Bajaré ahora. Dile que no hay cartas, que con las guerras en las tierras y en los mares vecinos no pasan valijas, y que por miedo a los espías no dejan volar las palomas mensajeras. Puedes decirle también que encontraste uno en Florencia de Italia, que le va a escribir tan pronto como haya paso libre para cartas de amor. ¿Y cómo será ese?

CORREO

Puede ser alto, tirando a moreno, y sacando el reloj a cada poco.

ESCENA II

Dichos. Doña Inés.

Doña Inés asoma en la baranda del primer piso. Parece que encendiesen una luz allá arriba. Trae el rubio cabello suelto por la espalda, y una rosa blanca en la mano derecha.

DOÑA INÉS

¿De quién hablabais? ¿Hay cartas?

CORREO

¡Buenos días, señora mía!

DOÑA INÉS

¿Buenos días? ¿No es ya la hora serótina y viene la noche con sus pasos hoscos?

AMA MODESTA

¡Es mañanita temprano, sol mío! Viene el día lloviznando.

DOÑA INÉS

¡Dormí tanto! ¿Hay cartas? ¿Traes recados?

Baja lentamente las escaleras, inclinada sobre el balaustre. Baja como por música, la rosa donde tiene el corazón.

CORREO

[*Poniéndose de pie, declamatorio*]. Quemán las cartas los soldados, roban las valijas por si vienen cartas con noticias de tesoros. ¡Ay, demonio de guerra! El hombre no sabe de la mujer, el padre del hijo, no hay romerías, y la gente duerme tirada por los suelos, con el miedo por almohada, y se pierde la ciencia de hacer las camas. Los Ducados se volvieron locos, andan los reyes perdidos por los caminos, y ni se siembra el pan, y las gentes huyen con un poco de fuego en la mano, de miedo que se acabe el fuego en el mundo. A las palomas mensajeras les tiran con flechas envenenadas.

DOÑA INÉS

¿Nadie te habló de mí? Una palabra bien la guardarías en la memoria. ¿Quién te la robaría, escondida entre las otras?

CORREO

¡Me hablaron!

DOÑA INÉS

[*Corre hacia él, le coge las manos*]. ¿Dónde fue, cómo era, dio señas, dijo nombre? ¡Detente, no contestes todavía, piensa, recuerda bien, no vayas a equivocarte, no vayas a equivocarme! ¡El sol y la luna tienen sus caminos!

AMA MODESTA

Siempre trajo noticias ciertas. Acuérdate de cuando anunció al milano. ¡Después pasó aquel de la gorra blanca, tan convidador!

DOÑA INÉS

¿Uno de gorra blanca? ¡Nunca tal conocí! ¡El único hombre para quien miré en la vida fue este de Florencia de Italia!

AMA MODESTA

[*Sorprendida*]. ¿Cómo sabes? ¿Quién te lo dijo?

CORREO

¿Escuchasteis? ¿Quién dijo que fue en Florencia?

DOÑA INÉS

¿Puedo no saber, acaso, dónde tengo mi corazón a tomar el sol?

Ama Modesta y el Correo se miran, pasmándose de la adivinación. Doña Inés se ruboriza y besa la rosa.

CORREO

Se acercó a mí, y me preguntó si era yo el Correo titulado del Paso de Valverde y la Torre del Vado, y le respondí que sí, quitándome la gorra, que lo vi muy principal. Era alto, muy moreno, y sin embargo gracioso, y con la barba recortada a dos puntas. Es moda allí. Me preguntó si podíamos tener una conversación en un patio, y le dije que sí. Sacó el reloj dos o tres veces mientras hablábamos. Me dijo, poniéndose muy grave: «Dile a aquella que tú sabes, mi rubio cabello, que cuando haya paso libre para cartas de amor que le escribiré contándole todos los jardines de mi corazón». Y con las puntas de los dedos, un beso echó al aire.

DOÑA INÉS

¡Felipe, Felipe mío, tan lejos! ¿No te dijo que se llamaba Felipe?

AMA MODESTA

No tendría tiempo. Si miraba tantas veces la hora, es que tendría prisa.

DOÑA INÉS

¿Algo más urgente que yo? ¿Sacaba el reloj, Correo?

CORREO

Por lo menos nueve veces durante aquel coloquio.

AMA MODESTA

Los hombres tienen muchas urgencias.

DOÑA INÉS

¿Cómo hacía, Correo?

CORREO

[Sacando del bolsillo del chaleco su grande reloj de plata y llevándolo al oído].
Hacía así. Hizo así las nueve veces.

DOÑA INÉS

¡Déjame tu reloj! [Lo coge y lo lleva al oído. Ha dejado caer la rosa. Tiene el reloj del Correo en el cuenco de las dos manos, junto al oído]. ¡Corazón, lleno, galopante corazón! ¡Bien te escucho, amor, batir! [Al Correo]. ¿Decías que no

traías carta de amor? ¡Aquí la tengo, todo un escrito corazón! ¡Bate, bate por mí, en Florencia de Italia, a la orilla del río, príncipe de los lirios! ¡Pam, pam, pam, pam!... ¡Hasta morir! ¡Hasta morir, ciego siervo de amor! [*Pone el reloj en las mejillas, en el pecho, encima del corazón, sobre el vientre, apretándolo con las dos manos*]. ¡Hasta no vivir! ¿Cómo podría responderte ahora mismo que soy toda de ti, una hojita de acacia que la lleva el viento?

Cae el telón lentamente.

Eumón de Tracia sacó su reloj y lo escuchó, y se dijo que sería muy hermoso el tener un amor lejano y saber de él así. Y se dolió de sí mismo, que nunca lo habían amado tanto, ni se le habían ocurrido tales imaginaciones amorosas.

SOY MÚSICO, pianista. Querían que tocase en la plaza, para que bailasen los soldados con las mozas. Pero no podían bailar con mi música. Yo toco, por ejemplo, como se ve la luna en un charco o como se echa a dormir el viento en un bosque, o como brillan sus pies en el mar, o como mira una mujer enamorada a través del fuego. ¿Quién bailarías eso?

Doña Inés le sonrió, comprensiva. El músico se había levantado y se contemplaba en el espejo.

—Pudieron haberme dado muerte mientras huía. La noche era oscura como boca de lobo. Las luces hacen mucha compañía. En los conciertos, siempre me gustó tener algunas luces de más, encendidas encima del piano. Parecía como si me mirasen y alentasen, agradecidas porque las había encendido. Su mano llegaba hasta mi frente. Todas las luces son diferentes, y sin embargo todas son familiares, viejas conocidas, sonrisas acostumbradas a responder a la sonrisa de uno.

El músico se acerca a la mesa, y pasa la mano, como acariciándolas, sobre las llamas de las pequeñas velas del candelabro de cinco brazos.

Se vuelve hacia doña Inés.

—¿Sois la señora de la torre?

—¿Podría serlo otra? Yo soy el palacio, este palacio, este jardín, este bosque, este reino. A veces imagino que me marchó, que abandono el palacio en la noche, que huyo sin despedirme, y conforme lo voy imaginando siento que la casa se estremece, que amenazan quebrarse las vigas, se desgoznan las puertas, se agrietan las paredes, y parece que todo vaya a derrumbarse en un repente, y caer, reducido a polvo y escombros, en el suelo. Todo esto depende de mí, músico, de esta frase que soy yo, en una larga sinfonía repetida monótonamente, ahora adagio, después allegro, alguna vez andante...

Doña Inés había dejado de sonreír. El músico se acarició la barba, la melena, se miró y remiró las manos una y otra vez.

—Yo escribo la música que interpreto. Sólo ella me gusta. Me siento al piano y voy abriendo las hojas del día o de la noche. Pongo en lo ancho del mundo agua que corre, pies descalzos de mujer, árboles, pájaros de colores, caminos alfombrados de rosas, y pozos en los que se miran pequeñas estrellas allá abajo, en el agua quieta...

—¿Muchas estrellas?

Doña Inés pregunta confidencial.

El músico ha venido a sentarse junto a ella, en el diván cabe la chimenea.

—Alguna vez muchas, otras veces una sola, fría...

—¿Dorada?

—Sí, será dorada. En lo que me fijo es en las ondas de la luz en el pozo, como si

la estrella fuese una piedrecilla brillante que hubiese caído al agua.

—¿Quieres comprobarlo en el espejo mientras yo me miro en él? Un espejo es un pozo a su manera.

El músico sonrío, y acaricia el pelo de doña Inés. Ha sido un gesto imprevisible. Por primera vez no tiene miedo. Sonríe.

—¡Oh, eres una estrella muy hermosa! Si hubiese aquí un piano, te diría cómo te veo. ¡Nunca me atreví a soñar que pudiese acariciar el cabello de una estrella!

—¿Por qué huiste? ¿Perdió la guerra tu canción?

—Debería contestarte que huí porque mi corazón siempre sospechó de este refugio. La música y el amor se hacen con sorpresas muy semejantes. Como casi nunca salía de casa en mi ciudad, siempre fui muy dado a soñar con caminos: andaba y andaba, y en la noche más cerrada se encendía una luz, y yo podía posar mi fatigada cabeza en unas manos dulces y tibias, y dormir, escuchando una voz tierna cerca, muy cerca, casi en mi propia boca.

Doña Inés tenía el amor al alcance de la suya. Podía devorar, o ser devorada.

—¿Me parezco?

—¡Eres la misma! No podía haber otra ¡Dame las manos! Sí, son las tuyas, fueron siempre las tuyas, eres tú. Siempre has sido tú. ¡Me dueles en las manos!

El músico, como llevado por la palabra manos, mira las suyas, las acaricia, las lleva a los labios. Se levanta y se acerca otra vez a las luces.

Doña Inés teme perderlo.

—Me llamo Inés. ¡Llámame Inés!

Pero el músico está en sus recuerdos.

—Huí no sé por dónde, arrastrándome, a tientas. Me llevaron a la plaza y me sentaron ante un piano. Querían que tocara bailables para la juventud. ¿Bailables? ¡Ah, sí, una gallarda antigua! Una gallarda que bailaba mi madre, con cuatro reverencias y un pasito. La gente gritaba que no quería eso. ¡Eso pasó de moda!, gritaban.

—¡Queremos bailables nuevos!

Gritaban y gritaban. ¡La canción de los nuevos alborotados! La cantaban amontonándose encima de mí para que yo la aprendiese en seguida. Uno, montado, con la punta de la lanza me ayudaba llevando el ritmo, y golpeaba con el talón en las teclas. ¡Podía herirme, agujerear mi mano izquierda! Gritaban que yo era un músico de mierda. Dos mozas medio desnudas se subieron encima del piano y taconearon. Las lanzas, las espadas, las hoces estaban cerca de mis manos, las buscaban, y yo huía sin moverme, huía de aquel bosque de hierro homicida, interpretando una música loca, la música de mi terror, cada vez más de prisa, más de prisa. Comenzaron a dar vivas y a bailar. Pero las hoces no se iban, brillaban ante mis ojos, cada vez más cerca, más afiladas, más curvas. ¡No podía seguir tocando sin tropezar con ellas! De

un momento a otro comenzaría a sangrar. Y corrí. Me metí por entre las patas de los caballos, corrí por no sé qué alcantarilla. Una hoz enorme venía detrás de mí en el aire, dispuesta a caer sobre mi cuello. Tardé en darme cuenta de que era la luna nueva, mi amiga la luna nueva. Me detenía a palpar una mano con la otra, pasaba ambas por la cara, los ojos, las metía en la boca. Sí, estaban vivas, vivas como dos peces, como dos golondrinas...

El músico se ha arrodillado ante doña Inés, y ha apoyado su rostro en el cuenco de las manos de la hermosa. Lloro. Doña Inés lo consuela.

—Ahora estás aquí para siempre, seguro. ¡Mandaré traer un piano, encenderemos todas las luces, pasaré las hojas de la partitura! ¡No llores, que estás a salvo! Si no quieres casarte, es lo mismo.

—¿Casar? ¿Casarme contigo? ¿Y traerás un piano? ¿Mañana?

Doña Inés lo besa en la frente. Y sonrío.

—El piano tiene que venir en un barco. Llegará por el mar a Lucerna. Lo iremos a esperar, cada uno en su caballo. Yo en un caballo blanco y tú en un caballo negro. Las muchachas nos tirarán flores. Podrás tocar en el piano lo que quieras. ¿Me enseñarás la gallarda que bailaba tu madre? ¡Cuatro reverencias y un pasito! Te suavizaré las manos con secante de lirio y con país tostado de Venecia. Se ponen como seda virgen. Casi se puede decir que la piel se vuelve vidrio. ¡Mira las mías! ¡Y nadie te las herirá nunca, tus palomas mensajeras! Nadie te las cortará, amor mío, no siendo yo. Yo, con jazmines.

Eso dijo doña Inés, y se acercó al búcaro de los jazmines, en la repisa de la chimenea. Con dos jazmines en cada mano se acerca al músico, e intenta golpearle en los dedos. El músico la mira aterrado.

—¡No, no me cortes las manos! ¡Quiero que vivan! ¡No me mates las manos! ¡No me mates!

Y corre hacia la puerta, gritando. Y huye en la noche, con las manos delante de los ojos, luminosas como lámparas en las tinieblas.

Y doña Inés se queda sola, deja caer los jazmines al suelo, y sólo sabe decir:

—¡Pero si el jazmín no corta! ¡Pero si el jazmín ni siquiera araña!

Filón el Mozo anotó al final de este apunte de acto que el músico lo hubo, y era un tal que el miedo habido en la revuelta lo volvió loco, y andaba por todas las polis buscando un lugar seguro en el que dejar sus manos, y alguien le dijo que no había caja fuerte más cerrada que la del Preste Juan de las Indias, que la vigilaba el basilisco. Y Filón tuvo de un mercader genovisco noticias de que había pasado el músico, que se llamaba Fidel, aunque él ocultaba su nombre, al León de Judá, y fue lo peor del asunto que en llegando ante el tesoro real salió el basilisco, con la mala fortuna de que la terrible bestezuela lo que primero miró del músico fue las manos, y

tuvo el fugitivo que contemplar cómo comenzó a destruirse por ellas, antes de pasar todo su cuerpo a hedionda ceniza. Y todo fue por no avisar al Preste de su llegada, que este, que pasa por avaro, le habría guardado las manos y lo hubiese mandado con otras de quita y pon por los países cristianos, cobrando él un tanto por el alquiler de las ortopédicas.

Doña Inés, en los días siguientes a la huida del músico, guardó luto.

A LA PUERTA DEL SOL llegaron dos soldados, con el recado de que un rey llegaba y que pedía por favor cama limpia. Ama Modesta les preguntó si era su rey, y sabían el nombre, y ellos contestaron que ahora de últimas había tantos coronados, que sólo los escribanos llevaban la cuenta.

—Yo —dijo uno, moreno y pequeño y picado de viruelas— era guardamontes en la paz, y bajé a la ciudad solamente una vez, cuando tenía ocho años. Me llevaron para que el rey me librase de una verruga que me había salido en un párpado. El rey pasó en un sillón cubierto, y echó la mano por entre los damascos, y la verruga se fue.

—Pues yo —dijo el otro, que era también pequeño, pero regordo y rubio— nunca vi un rey hasta ahora. Estaba al lado de un charco, y uno que dijeron que era el Correo real le lavaba los pies. Con mucho mimo, eso sí. No le vi la cara, que la tenía cubierta con una servilleta floreada. Tardarán poco en llegar. El Correo dijo que le hicieras una buena cama al coronado, y que metieras en ella dos canecos. Nosotros cumplimos. ¿Queda un vaso de vino?

Ama Modesta los convidó a una jarrilla de tinto y los contempló, compasiva.

—¿Por qué estáis de soldados? ¿No tenéis hacienda?

—Amén de la guarda de los montes —dijo el moreno—, yo tenía un cabrón negro muy imparcial. Ahora lucho por ascender. Un sargento montado es una señoría.

—Yo —explicó el rubio— me alisté por ver mundo ¡Vas a ver mundo, Teófilo!, me dije, echando a correr tras el arcabuz. Y me metieron de retén en un castillo viejo, lleno de murciélagos, y el pozo cegado, que hay que ir a buscar agua a una mina apozada. Asomé la cabeza por una saetera para contemplar vuestro país de Valverde, tan sonado, y tropecé con los pies de un ahorcado, el antiguo señor de la Ribera, que gloria haya. ¡Mira!

Y mostró los zapatos bajos que gastaba, con hebilla de plata.

—¡Son de charol! —comentó ama Modesta—. Son como los del padre de mi señora, que en paz descanse.

—No sirven para la guerra, pero lucen —comentó el rubio.

Los soldados se fueron, y ama Modesta se asomó a la puerta por verlos marchar, y por si ya venía el rey aquel, guiado por el Correo. Pero era este, solo, quien se acercaba.

—¿Viene ese rey?

—Lo dejé descansando en un banco, en el jardín. ¿Está la señora visible?

—Se está peinando. Bajaré ahora.

—Entonces —dijo el Correo—, voy a pasarlo antes de que baje la señora condesa. Quiere estar siempre muy preparado para las visitas.

—¿Le pongo un sillón?

—¡Igual le gusta!

—Puedo ponerle un almohadón para los pies —sugirió ama Modesta.

—Ponlo —asintió el Correo—. ¡Estos antiguos son muy mirados! y de beber, agua con azúcar, que el vino le da urticaria. Estos coronados, los más de ellos están podridos. Voy en su busca, que hay que decirle los escalones.

—¿Está ciego?

—Misterios, ama. Esta gente real no es gente como nosotros. ¡Tienen los Santos Óleos de perpetuo en la nuca!

Salió el Correo en busca del rey, y a poco apareció llevando de la mano a un gran fantasmón, vestido con una casaca amarilla.

Este paso lo escribió así Filón el Mozo, titulándolo:

PASO DEL REY Y EL CAPITÁN DIALOGANTE

ESCENA I

AMA MODESTA

¡Bienvenido sea el señor rey!

EL REY

¡Hola! Sentadme bien y abotonadme la casaca hasta las rodillas.

CORREO

Sí, señor. Hay almohadón para los pies.

EL REY

¡Descalzadme! Un rey viste mejor descalzo.

AMA MODESTA

Lo descalzaré yo. [*Se arrodilla delante del rey y le quita los borceguíes*]. Si mi señora quisiese, podía echarle en los pies un perfume de mérito. Tiene un estante lleno. Los más de los perfumes son de Siria.

EL REY

¡No quiero nada! ¡Nunca me olieron los pies! Correo, ponme los ojos.

CORREO

Sí, Alteza. [*El Correo mete la mano en la faltriquera del rey y saca de ella dos ojos de vidrio, que le pone con mucho cuidado, levantándole los párpados*]. ¡Ya

están!

EL REY

Pásame una luz por delante, comprobando si quedaron bien centrados.

CORREO

[*Pasándole el candelabro por delante*]. ¡Quedaron! ¡Imponen!

EL REY

Eso es lo que se pide, que impongan respeto. Yo siempre fui un rey serio. ¿Estoy abotonado?

CORREO

Hasta las rodillas, Alteza.

AMA MODESTA

¿No tiene sed, señor?

EL REY

Desde que quedé viudo paso meses sin probar el agua. ¿Qué se dice por aquí de la guerra?

AMA MODESTA

La gente huye, que se acaba el pan...

EL REY

Aún puedo llegar a ser el señor rey de los fugitivos. ¡Lástima que haya perdido la mitra y que me hayan robado el caballo! Ni un rey puede vivir en paz en tiempos como estos. ¡No tengo mujer, ni hijos, ni casa cubierta, y la bolsa vacía! ¿Quién anda por ahí arriba?

AMA MODESTA

Es mi señora, la condesa soberana, que baja a saludarlo.

EL REY

¡Que haga las reverencias, Correo! ¡Yo estoy dos grados más alto en el protocolo bizantino, y aún no decaí del todo!

Baja doña Inés. Como siempre, en la mano una flor.

ESCENA II

Dichos. Doña Inés.

DOÑA INÉS

¡Buenas noches al rey!

EL REY

¡Haz una reverencia, condesa!

DOÑA INÉS

[Haciendo dos reverencias de corte]. Alteza, sed bienvenidos al Paso de Valverde.

EL REY

¡Dame la mano, que te la voy a besar!

DOÑA INÉS

En una mano traigo una rosa y en la otra un colibrí. ¡No puedo daros la mano!

EL REY

Un colibrí. ¿De qué color es?

DOÑA INÉS

El colibrí de esta banda es escarlata, y sólo canta al irse el invierno, cuando desaparece la nieve y abren las fuentes.

EL REY

Siento no verlo. Suelta ese pájaro y dame la mano. Eso sí, que no venga volando a posarse en mi solideo.

DOÑA INÉS

[Hace que suelta el pajarito famoso, y le ofrece su mano izquierda al rey]. Aquí tenéis la mano que me calentaba el colibrí. ¡Salió por la ventana a la noche! ¡Le gusta la luna nueva!

EL REY

[Acariciándole la mano]. ¡No te la calentó mucho el colibrí! Es la mano izquierda un tulipán. Hace once años que estoy viudo. Me casaron de siete con una de diecinueve que tenía capital. Los padres de uno piensan en todo. Era

gorda, muy gorda. Cuando se murió, me di cuenta de que nunca supiera lo que es amor.

CORREO

¡Pues era una señora muy risueña, cantando ópera, y meneando el polisón como las de París!

EL REY

¡Lo mismo insinúas que fui cornudo!

CORREO

¡A los siete años, qué sabe uno de eso!

EL REY

¡Yo no quiero morir sin saber lo que es amor! ¡Di en este tópico! Lo primero de todo es ponerme en dialogante de amor, aprender a suspirar. ¡Tiene que haber alguna delgada de precio! ¿Dónde está el capitán?

AMA MODESTA

¿Uno de espada, con esclavina apuntada?

EL REY

¡El mismo!

AMA MODESTA

Pasó al atardecer con unas mujeres. Dijo que volvería. Como me pareció un caballero principal, le di a beber por la copa con pie de plata.

DOÑA INÉS

[*Coge la copa y la mira a la luz del candelabro*]. Tiene los labios delgados. ¡Dejaron la señal en la copa!

EL REY

¡Mujeres! Tienen un rey de presente y están buscando en una copa los labios de un capitán. ¡Es mi capitán, el que guarda mi real persona, un criado mandado, uno que está a sueldo! ¡Si no cobra no come! Todos los días, antes de que me duerma, me recita prosas de amor. Llegado el momento, quiero hacer una declaración floreada. Hoy tengo mucho sueño y queda dispensado. Correo, ¡quítame los ojos!

CORREO

Sí, Alteza. ¡Son unas piedras muy hermosas! [*Le quita los ojos y se los mete en*

la faldriquera].

DOÑA INÉS

¡Brillaban como esmeraldas de Indias! ¡Nunca ojos tan bellos me miraron con tanto asombro!

EL REY

[*Muy galante*]. ¡Alondra, te miraron por mí! Los que tenía puestos ahora eran mis ojos de otoño, pero los tengo también de verano y de primavera. ¡Un rey no es un pordiosero! Mañana, señora mía, te he de recitar una prosa en el jardín, con los ojos de verano puestos. Y tú tienes que responderme con otra. ¡Piensa que hace once años que quedé viudo, y que desde entonces los asuntos de gobierno no me permitieron acercarme a una mujer!

DOÑA INÉS

[*Graciosamente burlando*]. ¡Me gustan los príncipes castos y valerosos! Amo la tronada y el relámpago, estando sola en el campo. ¡Un hombre es un viento loco o no es nada! Tú, rey, serás una hermosa tempestad.

EL REY

¡Si pones esa voz, no dormiré! ¡Ay, qué paloma! ¡Cálzame los borcegués, por favor!

DOÑA INÉS

¡Lo que me place! [*Se arrodilla y lo calza*]. ¡Tus pies parecen dos halcones gemelos!

EL REY

¡Ah, unos pies nobles, los pies de un rey militar! Me pusiste los borcegués cambiados, el del pie derecho en el izquierdo y el del izquierdo en el derecho ¡Deja, no los toques! ¡Tomo esto como una misteriosa señal galante!

Mientras doña Inés calzaba al rey, entró el capitán, que se quedó en a puerta.

ESCENA III

Dichos. El capitán.

CAPITÁN

¡Misterioso amor, madeja nunca devanada!

EL REY

Capitán, ¿por dónde anduviste? ¡Me iba a acostar in ti!

DOÑA INÉS

¡Misteriosos encuentros en la noche, cuando va ponerse la luna!

CAPITÁN

¡Encuentros de pájaros en las tinieblas!

EL REY

¡Ese saludo no me lo enseñaste!

CAPITÁN

[*Sin hacer caso al rey, siempre dirigiéndose a doña Inés*]. Encuentros de picos de aves, que se cambian cintas con nombres escritos.

DOÑA INÉS

¡Timidez de las palabras!

CAPITÁN

¡Largo silencio que morirá en un beso!

EL REY

¡A la orden, capitán! ¡Mañana hay que enseñarme se punto!

CAPITÁN

¡Alteza, mañana daremos dos lecciones!

EL REY

¡Los años pasan, capitán! ¡No quiero morir sin saber lo que es amor!

DOÑA INÉS

¡Nadie debería morir sin saber lo que es amor, capitán!

EL REY

Necesito descansar.

AMA MODESTA

¡Hay una cama hecha en el segundo! Ahora mismo llevo los dos canecos.

EL REY

Hoy no los preciso. Que me abaniquen con plumas la nuca mientras subo las

escaleras.

AMA MODESTA

Hay un abanico napolitano.

EL REY

¿Está permitido, capitán?

CAPITÁN

¡Sí, Alteza, que estamos en guerra!

EL REY

Me olvidaba. ¡Demonio de guerra! Buenas noches, señora mía. ¿Cómo os llamáis?

DOÑA INÉS Doña Inés.

EL REY

En confianza, yo me llamo Segismundo. ¡Adiós!

DOÑA INÉS

¡Adiós, señor rey!

El Correo guía al rey por las escaleras, y detrás va ama Modesta abanicando la nuca real.

ESCENA IV

Doña Inés y el capitán.

DOÑA INÉS

¡Encuentros en la noche cerrada, cuando todas las aves del mundo y la luna nueva se fueron! Cualquier palabra entonces se llena de luz y sube hasta las estrellas.

[El capitán se apoya en el respaldo del sillón que había ocupado el rey, y mientras habla, doña Inés se va acercando, se sienta y apoya una mejilla en el revés de una mano del capitán].

CAPITÁN

Las estrellas siempre están a la escucha de las palabras de los amantes. ¿Qué es

hablar un corazón? En los ríos hay piedras que cantan al pasar el agua. En los ríos hay peces de plata que van y vienen, callados peregrinos. ¿Quién habla, quién canta? ¿Cantan, acaso, las mariposas que vienen en la noche a la luz de la casa? ¿Dónde he cogido estas palabras que voy vertiendo con mi boca, chispas, sabrosura somnífica, plumón de alondra, pétalos de rosa que se desprenden por saber de dónde viene el viento?

DOÑA INÉS

¡Mi corazón es un vaso que derrama!

CAPITÁN

¡Esa es otra lección! Los corazones son vasos llenos de caliente jengibre. ¿Quién osará añadir la gota que los hará verter? ¿O no la hay? Mejor sería llenarlos con nuestros sueños, y beber un poco yo de lo tuyo y tú de lo mío. ¡Démonos los secretos pensamientos! ¿Puedo ver si en el agua de tu vaso navega un clavel? ¡Miraré con mis labios calientes!

DOÑA INÉS

¡Labios finos, quizá crueles! Los adiviné en la copa en que has bebido. ¡Mira si te esperaba! ¿Se conocerán en los míos?

CAPITÁN

[*Incorporándose y apartándose*]. Si mezclas las lecciones, no te puedo seguir. Estábamos en el párrafo segundo de la comparación de los corazones con vasos de finísimo cristal.

DOÑA INÉS

[*Levantándose*]. ¿Mezclar lecciones? ¿Párrafo segundo? ¿Qué dices?

CAPITÁN

¡Las lecciones del libro! Con esto de la guerra casi se me olvidó la mitad. No puedo decirlo salteado.

DOÑA INÉS

¿Qué libro?

CAPITÁN

El Conversador Feliz de Amor. Ya me dijo mi mujer que no me fuese sin el libro, que podría quizá ganar algún dinero escribiendo alguna carta de ausente. Pero, en tiempo de guerra, ¡quién pensaba! ¡Y me sale cada asunto!

DOÑA INÉS

¿Por el libro? ¿Cabe amor en las letras de un libro? ¡Vete! ¡Mentira todo!
¡Palabras escritas! ¡Por el libro, Dios! [*Huye escaleras arriba, llorando*].

CAPITÁN

¿Y qué tiene de malo por el libro? ¡Se para donde uno quiere!

TELÓN

Este rey Segismundo fue uno de los reyes antiguos de los Ducados, y se daba de primo con Egisto, según anotaciones de Filón. Segismundo se perdió en la tempestad que sorprendió a un grupo de fugitivos bajando hacia el mar, por la sierra, y eso que lo llevaban en el medio, porque decía que estando ungido preservaba del rayo. Pasados años apareció un ciego en Micenas, tocando un triángulo de plata, que tenía tres voces, según grosor de lado, y cantaba acompañándose con él canciones pícaras. Pasaba hambre, y a todos preguntaba de qué lado caía su país, pero no se acordaba del nombre de este. Y Filón, por hacerle honor al muerto mísero en exilio, no lo quiso poner en sus apuntes, y hace que los dos soldados que anuncian que llega a la torre no sepan decir si es su rey o no. Escrúpulos morales que no son frecuentes en autores de comedias.

EN LA MISMA Venta del Mantineo estaba de moza de tabla y aguamaniles una llamada Lula, y sabiendo el huésped que Eumón curioseaba en las historias de doña Inés, se la llevó al tracio, ofreciéndole que por el regalo de una falda bajera, la muchacha le contaría lo que pasó yendo ella acompañando el cadáver de un sastre dicho Rodolfito, que lo llevaban a enterrar a la aldea de su viuda, que tenía un nicho al lado de una ermita en la que se veneraba a san Procopio, patrón de los gallos tartamudos, y en el camino pidieron permiso a doña Inés para posar el ataúd en el jardín de la torre, mientras los llevadores almorzaban en una taberna. Eumón aceptó la propuesta del Mantineo, y la moza, que era bonita y aparentaba muy limpia, el pelo recogido y las orejas pequeñas, y ladeaba un poco los ojos, lo que le hacía mucha gracia, contó que salió doña Inés a la puerta, y al pedido de la viuda contestó que podían posar, y lo hicieron en un banco de piedra. La viuda, como las buenas formas lo piden, comenzó a hacer el llanto del difunto. Era una mujer pequeña y delgada, pero con un hermoso pelo, que lo derramaba por la espalda, por debajo del pañuelo de seda negro.

—¡Ay, mi Rodolfito! ¡Ay, gentileza! ¡Ay, que no tuviste tiempo de gastar el sombrero que llevaste a la boda! ¡Ay, que no lo cansaban las manos en el azadón! ¡Ay, que lo sembrado por ti daba mil por uno, plantas lozanas!

Cuando cesó de llorar, explicó la viuda que su marido era sastre, pero que ella sólo sabía el planto que ha de hacerse a un marido labrador, y que lo importante, a lo que asintió doña Inés, era decirlo sentido. Acompañaban al sastre Rodolfito, además de su viuda, que era la legal, dos mozas, Alcántara y Liria, esta última la misma que contaba el suceso. Liria confesó que a ella le repugnaba el dolor de la viuda, porque sabía de buena fuente que hacía más de cinco años que el difunto no dormía con ella.

—Yo no me llevaba tampoco con Alcántara, que era otro de los amores del sastre, y discutiendo ambas con la viuda vinimos a descubrir muchas cosas de nuestro Rodolfito, que yo se las tengo perdonado, y me pasmo de no haber sentido celos. Resultó que el sastre se ponía en la puerta de la tienda cuando Alcántara pasaba, y si tenía prendida en la solapa una aguja con hilo verde, era que quería tener un parrafeo en la alameda. Yo era la del hilo colorado, y cuando lo tenía en la aguja, yo tenía que salirle por detrás del palacio real. Para Alcántara se perfumaba con lima y para mí con orégano macho, en lo cual descubría cierta decencia y gentileza, pudiendo decir cada una que teníamos amores diferentes. En esto concordó doña Inés, que estaba muy atenta a nuestra conversación. Confesó la viuda que de novios, en las citas, Rodolfito la llamaba Endrina, Sevilla o Arabia, pero yo no le permití que me llamase de otra manera, como a él le gustaba, que podía existir la nombrada. A Alcántara, en cambio, le placía que le cambiase de nombre, y siempre llegaba a ella con una copla, poniendo en verso el nombre de una enamorada famosa. Alcántara decía que parecía

como si lo trajese en el bigote, semejante a gotas de fresco rocío. «¡Te traigo —le decía— doña Galiana de Francia! ¡Pon la oreja en mi boca!». Y le cantaba aquello de «Galiana, donde va la manzana, tan temprana». Y Alcántara contó cómo le hacía cosquillas con el bigote rizado, y otras caricias, escandalizándose la viuda, que se santiguó de la rija del marido y de la liviandad de la moza.

—¡Era un perrito, fuera el alma! —decía la viuda.

—Pero Alcántara retrucaba que ese era el mérito que tenía, y fue llegando a este punto cuando entró en el asunto doña Inés, que vimos que era un alma loca «Contaba Alcántara, y puedo repetir sin error sus palabras, porque eran las mismas que a mí me decía, salvo mudarme el nombre, que sentados ambos en la hierba, en el Campo de Armas, el sastre la abrazaba diciéndole:

«—Quisiera correr como agua por encima de ti, tomar tu forma, envolverte, mojarte, hervir en ti como en una caldera de hierro esmaltado. ¡Quisiera que no hubiese más noches en el mundo que esta, más mujer en el mundo que esta, más calentura que esta, doña Inés del alma mía!».»

Y fue en diciendo eso de doña Inés del alma mía cuando se sobresaltó la doña Inés condesa. Fuese hacia Alcántara y se interpuso entre ella y la caja del muerto. Me parece que la estoy viendo, desgarrándose el corpiño.

—¿Doña Inés? —le preguntaba a Alcántara.

—Sí —respondió esta—. ¡Cuando más me gozaba, más me llamaba doña Inés!

—Y entonces la señora, despeinándose, descalzándose, comenzó a gritar, a llorar y a suspirar, diciendo que aquello de doña Inés por ella era, que gastaba el nombre en otra no habiendo podido conseguirla. «¡Era por mí! ¡Este muerto es mío! ¡Este era el que me amaba y me mandaba canciones por jilgueros!». Yo callaba, que conmigo Rodolfito estaba en paz, y además ya estaba apalabrada con un ganadero. Y doña Inés venga a arremeter contra Alcántara, y a decir que si ella le pedía a Rodolfito un ruiseñor que supiese llorar, Rodolfito se lo mandaba, y que ella, si quería, sería la dueña de las aves cantoras de toda la soledad del mundo. Y la viuda aprovechaba para decirle a la señora que si tan enamorada estaba de su marido, que bien podía poner los siete escudos que hacían falta para el entierro de primera, y aquí fue Troya, que doña Inés dijo que tenía que hablar a solas con el muerto, y que iba a hacerle un llanto cortés. Acariciando la caja, le hablaba a Rodolfito:

«—¡Recibí el ruiseñor que sabía llorar! ¡Ay, mi marquesita de amor, espuela reluciente, frasco de aroma, jinete del sol, viento del alba, libro de cien hojas! ¡Ay, palabritas de cera que yo ponía de molde con mi corazón en sus oídos! ¡Ay, manos tan besadas, cuando llegaba a caballo en la noche! ¡Ay, mariscal! ¡Ay, alfarero de mis sueños! ¡Ay, copas que se quebraron todas para siempre! ¡Ay, galán, galán, galán!».»

—Todas nos echamos a llorar, que nunca oímos un llanto tan poético, y ella con las rubias trenzas deshechas poniendo besos en el ataúd. Yo pienso —terminó

diciendo Liria— que algo tuvo que haber entre Rodolfito y la señora, y que todo aquello no podía ser solamente música de loca.

—¿Y enterraron al sastre? —preguntó Eumón.

—Yo me quedé con mi ganadero, y al alba, cuando la señora princesa se quedó dormida, la viuda y Alcántara sacaron calladamente la caja, y el ama de llaves les dio para el entierro de primera.

—Por si resulta —les dijo— que era un señor conde disfrazado

EL ÚLTIMO ACTO de la pieza de Filón el Mozo trataba de los últimos días de soledad y desespero de doña Inés, y se titulaba

PASO DEL MENDIGO

ESCENA I

Sucedía en el jardín de la torre del Paso de Valverde, en días de verano, cuando la guerra de los Ducados tocaba a su fin. Comienza el paso estando en el jardín ama Modesta y el mendigo.

AMA MODESTA

¿De qué te quejas? ¿No hay caridad en el mundo?

MENDIGO

¡Tengo asco de algún pan!

AMA MODESTA

El pan, cualquier pan, es santo.

MENDIGO

Desde que se revolvieron los Ducados, las gentes ricas les tienen miedo a los pobres, y dan más pan, pero escupen en él antes de darlo.

AMA MODESTA

En todo este reino no hay quien escupa en el pan. Además, un gargajo no le llegará nunca al pan. ¡Sería el fin del mundo que le llegase!

MENDIGO

¡Si me trajeses una jarra de vino!

AMA MODESTA

¿Escupo en él?

MENDIGO

¡Aún estás de buen ver! ¡Igual te cuesta ese salivazo una noche agarrada!

AMA MODESTA

¡Eres muy pícaro! ¡Ni que fueses ciego!

Ama Modesta va a buscar el vino para el mendigo.

ESCENA II

Entra doña Inés. Viste de luto. Como siempre, una flor en la mano.

DOÑA INÉS

¿Por qué andas a pedir por puertas? ¿No eres un hombre fuerte y sano?

MENDIGO

Pido para tener un motivo para andar. Si no tuviese que pedir por puertas, estaría lo más del día tumbado al sol, resoñando.

DOÑA INÉS

¿Sueñas mucho?

MENDIGO

Todos los días y a casi todas las horas. ¡No me cuesta nada!, y veo lo que sueño. Tanto, que algunas veces levanto la mano para tocar el sueño, que está muy cerca, de bulto.

DOÑA INÉS

¿Qué sueñas?

MENDIGO

Que llego a Toledo, verbigracia, o a Damasco, y me saluda la Señoría, y me traen asados montados, y como en mesa de mantel. También sueño que ando vestido de paño merino.

DOÑA INÉS

¿Y con mujeres?

MENDIGO

Sueño con dos.

DOÑA INÉS

¿Son dos de por aquí?

MENDIGO

No, son dos que no hay. Son dos sobrinas. Vaya, les llamo sobrinas porque antes soñaba con una tía de ellas, que tampoco la hay. Sueño con la sobrina pequeña y con la mayor, que es morena. Ando con las dos a un tiempo, de galanteo, sin

decirme. Todo lo paso en charlas, hasta que me duermo.

DOÑA INÉS

¿Y qué más sueñas?

MENDIGO

¡No te rías! Sueño que me hacen rey.

DOÑA INÉS

¿Vestido de rey?

MENDIGO

Sí, con sombrero con plumas, como Egisto, y me llevan en una silla cubierta por el condado, con una bota de vino colgada del techo.

DOÑA INÉS

¿Nunca has soñado conmigo? ¡Muchas veces me mirabas!

MENDIGO

Un día en que estabas muy escotada, con una blusa verde, de codos en la ventana. Después, decías adiós a alguien con un pañuelo ¡No sé a quién despedías! Pero debía ser uno montado, y que iba con prisa, que poco después le ladraron los perros de las casas del vado.

DOÑA INÉS

¿No lo has visto salir?

MENDIGO

No, solamente escuché los perros.

DOÑA INÉS

¡Lo viste salir!

MENDIGO

¡No vi a nadie! Te vi a ti, te contemplé desde debajo del tajo, y me eché a soñar, cubriéndome la cabeza con la chaqueta de pana. Era por mayo.

DOÑA INÉS

¡Era por mayo! Pasara toda la noche conmigo. ¡Mis besos lo tenían con la boca abierta! Apareció muerto en la selva, cuando fueron a cortar el roble bravo para las doblas de los yugos, en septiembre. Tenía una hoz clavada en el rostro, y el pecho desnudo comido del lobo.

MENDIGO

¿Lobo? Sería de una rata. En la selva hay ratas moriscas, el pelo ojo de perdiz, siempre hambrientas. Yo quería hacerme una bufanda con sus pieles, pero harían falta diez o doce.

Entra ama Modesta con la jarra de vino.

ESCENA III

Dichos. Ama Modesta.

DOÑA INÉS

¡Fue él, ama Modesta! ¡Fue este!

AMA MODESTA

¿Quién, madama?

DOÑA INÉS

¡El que mató!

MENDIGO

¡Tontería! ¡No mato las pulgas por no perder de dormir!

DOÑA INÉS

¡Al de Atenas! ¡Al que mandaba su retrato pintado en un vaso! ¡Al que apareció muerto en la selva!

AMA MODESTA

¡Nunca oí nada de ese!

DOÑA INÉS

¿No oíste que me lo habían matado? ¿Quién me mata todos los amores? ¿Dónde se hacen sombra? ¿Cómo voy a poderme casar, agasajar un esposo querido, parir hijos, si me matan los amores no bien nacen? ¡No, parir hijos no! Se parecerían al padre, le quitarían el amor mío al padre. ¡El mío ha de ser un amor célebre, hasta morir, como en el teatro! ¿Cómo acostarme con el padre de mis hijos?

MENDIGO

¡Eso es una vaguedad! A mí me da igual cualquiera de las dos sobrinas. La verdad es que la morena me salió algo más robusta.

AMA MODESTA

¡Nadie te mata los amores, prenda! ¡Hoy has dormido poco, reina mía!

DOÑA INÉS

¡Me los matan! Todos tienen celos, y yo siempre sola, un alfiler perdido en un suelo de arena ¿Podía tener tanto amor yo sola? Todos los que pasan, todos, se enamoran de mí, todos me buscan en la noche. «¡Huimos de la guerra!», dicen. No hay guerra, no la hay. Inventan eso para estar a mi lado, para llorar en mis manos. [*Se acerca al mendigo y le ofrece las manos*]. ¡Bésame las manos! ¡No tengas miedo! [*Retirándolas*]. ¡No, no me las beses! ¡Tú matas, mataste, tienes sangre en los ojos!

AMA MODESTA

¡Siempre lo tuve por un hombre honrado!

MENDIGO

Dejé mi casa por una vuelta de ánimo. Soy de los de la parada de los Ducados. ¡Pregunta por los de Onofre! El toro lucero todavía es mío.

DOÑA INÉS

¿Un toro lucero? ¡No, no, no! Tiene que ser un hombre. Si mataste fue porque me amabas. ¿Te gusto? ¿Quieres que me desnude? ¡Cuida de mí, que no puedo con tanto soñar! ¡Algún día tiene que ser verdad, tiene que llegar la gran hora, la loca hora preciosa! ¡Dame una limosna! ¡Dame pan!

MENDIGO

[*Sorprendido, revuelve en la bolsa que lleva al costado*]. Esta corteza es de los ricos de Trizás. ¡Igual es de las salivadas!

DOÑA INÉS

¡No me importa! ¡Dame una limosna! Te juro que no se la pediré a nadie más, que estaré toda la vida comiendo este pan a tus pies. [*Se arrodilla a los pies del mendigo, se abraza a sus piernas*]. ¡La comeré día a día, con los ojos alegres! ¡No te me vayas! ¡Por algo mataste!

MENDIGO

¡Una señora tan ilustre y tan ida!

AMA MODESTA

¡Una almita muerta de sed!

DOÑA INÉS

¡Átame a tus sueños con piedras del río, no me lleve el viento!

MENDIGO

¡Yo no me ato por nada! ¡Ni por mil escudos de oro!

DOÑA INÉS

¡Yo me ato para no morir!

AMA MODESTA

¡No durmió nada mi reina! ¡Nunca duerme nada!

DOÑA INÉS

¡Para no morir, bien mío!

MENDIGO

¡En las casas de los pobres, te dan o no te dan, pero no hay estas farras!

El tracio Eumón dio fin a la lectura de la pieza de Filón el Mozo, y compadeció a aquella princesa doña Inés, y quitándose el estuche de madera de la pierna infantil vio que ya estaba casi a su tamaño natural. Se dijo que era una pena el no haberse enterado antes de aquellos apetitos de amor de la soberana condesa, y como que él ya iba advertido por la literatura de Filón, que saldría muy bien del paso si decidiese hacer algún día una visita a doña Inés. Si la visita tuviese lugar, le mandaría por escrito el resultado al dramaturgo, para que añadiese un cuadro a su pieza. Pero el tracio se temió a sí mismo, que se consideraba sentimental, y pudiese ser doña Inés la sirena del río que lo retuviese en aquel vado para siempre.

Eumón llamó a grandes voces a sus ayudantes de pompa, y dispuso salir para su reino lejano. Y cuando montaba en su bayo, se volvió para contemplar la oscura torre de doña Inés, que nadie creería, piedras tan negras y espesas hiedras, que fuese el estuche de una corza rubia, coronada de rosas.

SEIS RETRATOS

LO QUE SE SABE del regreso del gran Agamenón es poca cosa. El noble rey, envejecido en las lejanas batallas, decía a sus soldados que había llegado para él la hora del retiro, y que añoraba su ciudad y las soleadas murallas, y que los más de los días que le quedaban de vida los gastaría en pasear por el campo, en compañía de su amada Clitemnestra, y en conversar con los embajadores extranjeros, excepto los martes, que los dedicaría a enseñarle a su hijo Orestes arte política. De las hijas no solía hablar, y confiaba en casarlas pronto con hidalgos adinerados. Cuando pisó tierra argólida al cabo de los tantos años de ausencia, reconoció en el aire un frescor perfumado que más de una vez, durmiendo en su tienda de piel, lo había despertado, como si por un roto entrase una corriente de aire a golpearle la frente. Ahora recordaba que esto sucedía cuando soñaba con los veranos de su país natal, del que no tenía más noticias que aquel soplo aromático. Ancladas las naves en la ribera, Agamenón decidió viajar lentamente hacia su ciudad.

—Vamos —le dijo a su caballo Eolo— a dividir el viaje en cinco jornadas, y avanzaremos solos, el séquito una legua más atrás. Saldremos mañana, a hora de alba.

A lo que el caballo asintió, confiando en que tras dormir una noche en tierra firme le habría pasado el mareo que no lo había abandonado durante todo el viaje, atado a un mástil en la cubierta de la nave de su amo. Lo que hizo que el piloto, recordando la Odisea, lo comparase con Ulises, curioso de escuchar el canto triste y turbador de las sirenas. Eolo era el primer caballo de su familia que hubiese navegado, de lo que se sentía orgulloso, lamentando no poder enviar a sus parientes noticia de aquel ilustre viaje. Se tumbó Eolo a dormir en la serena noche otoñal, al arrimo de un roble. Ya había hojas secas en la hierba, que crujían bajo su panza, y levantando la cabeza podía ver a Agamenón sentado en el revés de su escudo de cuero, el casco sobre las rodillas, la blanca y larga cabellera al viento, contemplando la salida del creciente sobre las redondas colinas. El rey había cumplido los cincuenta, y graves arrugas surcaban su rostro. Eolo recordaba el día en que, potro a medio domar, fue presentado a Agamenón. El rey se dirigió a él, lo miró amistosamente, como si lo hubiese conocido de toda la vida, y sin más, lo montó a pelo. Eolo no se atrevió a encabritarse, protestando como solía de que le echasen encima a un jinete, y se dejó llevar por el campo, en un trote corto primero, y después en un galope alegre, en el que conoció la dureza de las rodillas reales. Al apearse, Agamenón le palmeó el cuello y el pecho, le miró la dentadura, le dio con el puño cerrado en los belfos, y desde entonces se hicieron amigos. Eolo no entendía el lenguaje del rey cuando este hablaba con los otros aqueos, pero si estando solos el coronado se dirigía a él, el caballo comprendía las palabras regias, y quedándose el rey como ensoñando a su lado, antes de la batalla o de correr la liebre, apoyado con el codo en la silla, entonces

Eolo llegaba a leer en la mente real los más secretos pensamientos. Agamenón, según Eolo, nunca tuvo la menor duda acerca de la fidelidad de Clitemnestra, y en gran parte porque en el matrimonio la había encontrado blanda, y muy distraída en la cama. Con lo cual, si otras cosas no lo probasen, puede creerse que el rey fue descuidado a la trampa mortal. En aquel último viaje, a Agamenón le gustó no ser reconocido en las posadas, y se hacía pasar por un noble señor bizantino, que viajaba por encontrar faisanes machos con los que mejorar sus bosques de Oriente. Era tan grande la emoción que sentía al recobrar la tierra natal —eso que esta emoción todavía no se usaba ni entre los griegos más sentimentales—, que agolpándosele en la memoria los sucesos de la infancia y de la mocedad, los mezclaba todos, y contaba un paso de cuando niño y lo injertaba en otro de hombre, y acababa riendo y diciéndole a Eolo que lo revivía todo a un tiempo, como si le anduvieran volando por la memoria retratos suyos, cada uno de diferente edad.

—¡Todas son flores en el campo de mis recuerdos, Eolo! —dijo el rey.

Cuando llegaron, anocheciendo y bajo una tibia llovizna, a la vista de la ciudad, Agamenón se apeó de Eolo y se descubrió. Había imaginado muchas veces aquella llegada, y la había soñado así, callada, sin trompetas ni salvas, regresando a su casa como si solamente hubiese faltado de ella una hora, y habiendo dejado los arreos militares en el rellano de la escalera, junto al astillero, entrar silenciosamente en el salón donde las infantas bordaban clavellinas en el blanco lino, Clitemnestra dormitaba acariciando el gato y escuchando una música lejana, y Orestes estudiaba en el mapa un viaje por mar, hacia Poniente. Agamenón caminó hacia la ciudad con el sombrero negro en la mano diestra, y no se fijaba que con la gran pluma roja, sujeta con hebilla de oro en el ala, barría las hojas secas de los abedules, caídas al suelo. Eolo se estremeció con un terrible presentimiento: a la luz vespertina parecía que el rey fuese derramando sangre por el brazo de la espada. Silbó Agamenón por si lo atendían sus perros favoritos —¿vivirían todavía?—, y el silbido se perdió en el silencio serotino. Eolo relinchó, por ver si alertaba a algún perro, aunque no fuesen los del rey, imaginando que a Agamenón en aquel momento le gustaría escuchar un ladrido. Cuando llegaron a la puerta de palacio, Agamenón, con la llave que llevaba colgada del cuello con una cadena de hierro, abrió el portillo, y buscando en la hornacina de la pared halló el eslabón y el pedernal y las pajuelas rezumando resina. Las encendió, y con ellas las grandes antorchas que, en aros de hierros, se sostenían contra el muro. Las sombras del rey crecieron, y llenaron todo el portal. La cabeza de la sombra real golpeaba contra las bóvedas. Eolo asomó la cabeza por el portillo, no queriendo perder aquellos hermosos momentos de la vida de su amo, pero no queriendo tampoco estorbar con su presencia, que a lo mejor Agamenón recordaba, en aquel instante, otras llegadas suyas en otro caballo, para él muy querido, y ahora difunto. Agamenón se quitó la coraza, colgó la espada en una de las alcayatas del

astillero, y se sentó en las escaleras. Quería entrar descalzo en el hogar, como cumpliendo un rito purificador. En las sandalias quedaba el polvo de otras patrias, y de los caminos. Y estaba descalzándose, cuando un rayo en forma de espada —o una espada en forma de rayo—, seguido de una sombra sudorosa cuyo hedor llegó hasta las narices de Eolo, se abatió sobre él. Eolo no vio más, que espantándose huyó en la noche. Nunca se volvió a saber de él. Los griegos, que son tan fabuladores, dijeron que se había convertido en viento vagabundo. Agamenón murió. Herido, se incorporó y cayó, y su cabeza golpeó siete veces contra la piedra del escalón, pues siete veces, mientras se le iba la vida, quiso incorporarse para ver quién era aquel, que en la casa propia, al fin de los años pisado el amado umbral, le daba muerte. Las antorchas se inclinaron sobre él, y su espada se soltó de donde la sostenía el ancho cinturón, y cayó sobre el rey. Sobre el pecho del rey. Se había levantado viento. Unos perros ladraron cuando el rey ya no podía escucharlos.

DE SANGRE REAL, y divinal —lo que probaba con una plumilla como de paloma que le había nacido en la rabadilla—, fue casada niña con el rey Agamenón, famoso en el campo de Troya. Su mayor gracia era la blancura de su piel, y siempre fue aficionada a vestirse de azul. Vivió al lado de Agamenón, su marido, años dichosos, comiendo bizcocho con miel y bebiendo sangría, con la única molestia de que el rey era muy viril e incontinente, y la despertaba por las noches dándole fuertes palmadas en las nalgas; Cuando el rey se fue a la guerra con sus siete naves, Clitemnestra quedó con sus tres hijos en el palacio, servida por cien esclavas, y lo más del día lo pasaba preguntando noticias del ausente, mandando sacar agüeros, y escuchando lecturas sosegantes inglesas, que le hacía el enano Solotetes. Pasaron los años, mermaron las rentas reales con los disturbios democráticos y los mayordomos ladrones, no llegaban noticias de Agamenón, y los augures no daban respuestas concordantes. Por la Hélade Firme y por algunas islas se había corrido la noticia de que Agamenón había dado muerte a su hija Ifigenia para firmar perpetua amistad con los dioses y un regreso victorioso, las arcas llenas de oro y plata, lo que con testimonios que figuran en la primera parte de este texto se demuestra ser falsedad, ya que Ifigenia vivía oculta en una torre del palacio, perpetuamente joven, asegurando con esta insólita mocedad virginal el paso de la tragedia de Filón el Mozo que se refiere al regreso de Orestes vengador, que ella recibiría la primera, por anuncio de voces secretas en la noche, encendiendo las luces. El hijo Orestes y la hija Electra emigraron cuando tuvieron la certeza de que su madre Clitemnestra se desmayara en los brazos de Egisto. El joven Orestes, antes de montar a caballo, escupió contra la puerta de palacio y degolló el lebrél preferido del amante, anunciando así su oposición al concubinato. Egisto había entrado en palacio, poniendo así fin con este trabajo a una larga mocedad en perpetuas vacaciones, para que los caballos, los halcones y los perros de Agamenón no olvidaran a su amo en la larga ausencia. Egisto, que aunque pequeño era fornido, se ponía un casco redondo, en el que cabía dentro muy sentado Solotetes, y aumentada así su estatura, calada la visera, cargando de talones al andar, el enano desde su asiento imitaba la voz del rey, y Egisto paseaba entre los caballos hablando de hipódromos, o llamando por sus nombres a los labradores —todo por la voz de Solotetes—, que acudían meneando la cola. La segunda vez que Egisto vino a ella, Clitemnestra quiso negarse, por temor a que el marido adelantase el regreso, pero no pudo, que se echó a reír al ver al pretendiente en camisón bordado, con una palangana micénica en una mano y una palmatoria en la otra, la toalla doblada en la cabeza, como si al uso de los burgueses argólidicos actuase de recién casado en la primera noche. Clitemnestra, hay que decirlo, se consideraba viuda, muerto Agamenón en lejanas colinas fatales, y no tuvo inconveniente alguno en que Egisto

se pusiese por rey interino, aunque según los peritos tal forma no constaba en ninguna de las constituciones de los griegos, y nada dice de ella la Política de Aristóteles. Después del regreso y muerte de Agamenón, y ya viuda legalizada, se celebró en palacio una boda privada para tranquilizar la conciencia de la reina. Clitemnestra, bobalicona y sensible, no comprendía cómo le daban a ella aquellos sustos, y por qué su hijo Orestes iba a aparecer una noche de truenos a dar muerte a su Egisto, y que mejor hubiese sido que el infante permaneciera en la casa, cobrando las rentas, guardando las ovejas, ayudando a mantener el gobierno real, y casándose con una rica que sacase a aquella familia de aprietos. Clitemnestra con lo que mejor soñaba, recostada en su sillón, era con cisnes blancos y con bolas de cristal, de colores. Siempre tenía frío en la espalda, y a hora de alba despertaba y le rogaba a Egisto que se arrimase a ella por la espalda y la calentase. Se dormía, y dos horas después despertaba, sudada y contenta, y corría a hacer el desayuno. Envejeció lentamente, escondida en aquel enorme caserón, cuyos muros se agrietaban y cuyas tejas rotas las volaba el viento. Llovía dentro como afuera, y los reyes tuvieron que refugiarse en una celda de la bóveda baja que había servido de depósito de carteristas de feria. Todos los criados se habían ido. Ya nadie regalaba nada. Clitemnestra dormitaba y se babeaba. Egisto traía flores y se las prendía en el pelo. La reina fue quedándose ciega, y recordando a las cien esclavas de antaño, las llamaba por sus nombres, imperiosa, y entonces Egisto, que había aprendido de Solotetes rudimentos de imitación de voz humana, respondía que iba a lo mandado. Clitemnestra advertía que no le pisasen la cola del manto, y volvía a dormir, los pies envueltos en una piel de macho cabrío. Y así iban los días, pasando, pasando. Guiado por el pinche de la taberna de la plaza, que cuando Egisto tenía alguna moneda les traía algo de pichón y de vino, apareció una vez un germánico que había inventado una batidora de espiral para hacer manteca, y pedía permiso, mediante pago, para poner a la reina Clitemnestra en unos grandes carteles en toda tierra de vacuno, diciendo que aquel artefacto era el alemán legítimo y el preferido de las majestades. Tomó un perfil de Clitemnestra, la cual le pidió que si el cartel era de colores la vistiese de azul, a lo que accedió el alemán muy fino. Pagó una onza por los derechos. Clitemnestra pidió a cuenta de ella vino dulce y una docena de pastillas de jabón de olor, le regaló unos calcetines a Egisto, y escondió la vuelta debajo de un azulejo, tan bien que nunca más la encontró. De aquí nació la leyenda del tesoro de Clitemnestra. Vieja, arrugadita, encorvada, fue perdiendo el sueño, y pasaba las noches en vela, a la escucha, por si se oían espuelas en los pasillos. Ella se metía en la cama, a lo largo, pero Egisto se acostaba atravesado, vestido, con la corona sujeta a la cabeza con un cordón, y abrazado a los pies de Clitemnestra.

HERMANA MAYOR DE ORESTES. Huyó con el infante por el asco de ver a Egisto en la cama de la madre. Era pequeña y morena, y llevaba al cuello, colgado de una cadena de bronce que figuraba en los anillos coronas reales y cabezas de toro, una cajita de plata en la que guardaba unas hilas empapadas en sangre de Agamenón, que le había dado el de pompas fúnebres que se hizo cargo del cadáver de su padre. Hay autores que aseguran que la vehemencia que ponía Electra en que la venganza había de ser cumplida en Egisto, nacía de que la infanta se había enamorado del amante de su madre, viéndolo siempre tan lucido de polainas, peinado de flequillo y mandando a cada paso a comprar pasteles de hojaldre, contando los chismes de la aristocracia y de un viaje que había hecho a Sicilia, donde lo confundieron con un príncipe secreto que esperaban para levantarse contra los Altavilla de Aragón, y lo querían poner a él de tirano, diciendo cuándo había que vendimiar y si el eclipse era fasto o nefasto, y sentado sobre un cajón con reliquias de los primeros mártires, calzados unos guantes bordados, que esos los había traído de la aventura y no entraban en ellos sus anchas manos, pero sí le venían justos a Electra, a quien Egisto se los regaló. Otros decían que Electra andaba despechada, porque era ella la hija que había de quedar en palacio, perpetuamente moza, esperando la llegada de Orestes, en vez de Ifigenia, y quería pronta venganza para que Ifigenia se pusiese a envejecer, como a ella le sucedía. Y aun parecía que el que Ifigenia no envejeciese, que era el precio de las súbitas arrugas que a Electra le surgían en la frente y en las comisuras de labios, e imaginaba que envejeciendo Ifigenia, ella remozaría, y volvería a la suave piel de los quince años, a los pechos levantados y tan redondos, a la cintura estrecha, al vientre plano y a los delgados tobillos. Cuando los parientes griegos de los infantes de Argos, Orestes y Electra —y eran veintidós, según las genealogías alejandrinas—, se cansaron de tenerlos de huéspedes, como Orestes había de estar todo el día manteniéndose en forma, entrenándose en el picadero y en la sala de armas, Electra hubo de ganar el sustento de ambos y se colocó en Tebas en casa de un fundidor de dientes de oro, cuya mujer se había vuelto loca en el teatro, y tenía tres niños pequeños, a los que Electra lavaba y peinaba y enseñaba a leer, amén de ayudar a meter la boca en una barrica con tapa de rosca, mediada de vino tinto caliente, cuando se ponía frenética. El fundidor, que tenía la casa, por el humo de los hornillos, fuera de puertas, daba a ambos hermanos comida y cama. Por entonces se supo que Electra, quedando ella de prenda sin desplazamiento, había convencido al fundidor de que le entregase a Orestes un oro que tenía para hacerle una dentadura completa al caballo favorito de un rico señor dalmata que negociaba en aceites aromáticos, y habiendo muerto el caballo de inanición, estaba el oro en la caja fuerte, en espera de nuevas órdenes; con ese oro Orestes salió para cumplir la venganza. Electra se tumbó en el

camino y obligó a Orestes a que su caballo la pisase al pasar, lo que el noble bruto hizo con el casco izquierdo en la nuca, como si tuviese el sentido de los ritos antiguos. Los más opinan que la propia Electra no volvió a tener noticias de él. Las últimas que de la infanta llegaron a Filón el Mozo fueron que Electra seguía en Tebas, con el cabello suelto, cada vez con más arrugas, y descuidada en el vestir. Le había dado por hablarse a sí misma durante todo el día, y aun en sueños, en voz alta, contándose lo que imaginaba que estaría haciendo Orestes, por dónde andaría, quién le afilaría las espadas, la capa del caballo o el nombre de la nave, qué almorzaba, el color de la capa, y hasta con qué mujeres andaría, y fue suerte este parloteo, que la loca, escuchándola, se distraía de sus manías y terrores, y andaba sumisa detrás de Electra, y anhelante, como el lector de novelas por entregas que se quedó estupefacto en el «Se continuará», y espera el nuevo cuaderno para saber en qué paró aquella caída de la carroza en el abismo, o si el raptor de la niña no fue descubierto y la vendió a unos gitanos. Corrieron entonces rumores de que Electra y el fundidor se entendían, en parte porque a este lo rechazaba la mujer loca, y en parte por que la infanta quería dinero para enviárselo a Orestes si este lo mandaba pedir por un criado de confianza. Pero también se dijo que ella no había tenido otro amante que el propio hermano, y eso con engaños, fingiéndose Electra en el pasillo, a oscuras, ser una criada de planchado que había en la casa, y no por calores que Electra tuviese, y en ramo de príncipes no había cerca más que el hermano, sino por haber hijo y darse así una espada de repuesto, en el caso de que fallase Orestes la venganza. Pero Filón el Mozo, que es la autoridad a quien hay que seguir en el personaje Electra, escribió una escena en la que pretendía dejar al descubierto el motivo de haberse metido la infanta en la cama de Orestes, y fue para, llegada el alba, descubrirse y decirle que aquel pecado era uno más a sumar en la cuenta de Egipto, culpable de que ellos anduviesen por el mundo sin casa ni ley. El final de Electra se ignora, aunque lo más probable es que no haya salido de Tebas, de la casa del fundidor de dientes de oro, quien le estaba muy agradecido por haberle apaciguado la loca, la cual había engordado, se pintaba los ojos y se vestía de lujo. Aunque el fundidor no sabía que aquel adobarse de su mujer, y ponerse galana en el patio, debajo del naranjo, con el traje escotado y los zapatos esmirnos, que dejan ver el meñique pintado de rosa, era por si volvía Orestes, del que se había enamorado locamente por lo que de él había oído a Electra.

DESPUÉS DE LA MUERTE de Agamenón a su regreso de Troya, y por supuestas invocaciones y augurios ciertos, se consideró que era indispensable para el cumplimiento de la venganza de la infanta se conservase en la dulce belleza de sus dieciséis años, con el cabello recogido en dos trenzas y la redonda pantorrilla realizada por el zapato de medio tacón. Así como Electra era pequeña y morena, Ifigenia era alta y rubia, y en la blanca piel salía a su madre. Temiendo que a la niña le llegasen correos secretos de Orestes anunciando la arribada silenciosa del vengador, Egisto la tenía encerrada en alta torre sin puertas, de la que se entraba y salía por un ascensor de roldana chirriante, adosado al exterior, y obra de un arquitecto boloñés Ifigenia vivía con su antigua nodriza y un gato de Angora, sordo como suelen los más de estos que son de ojos azules, mirándose en los espejos, y le dio por no visitar a su madre y por pasar horas enteras recortando en forma de corazón papeles de colores e imaginando viajes de novios, con novios que no había, y pues no sabía geografía, por países que tampoco. Y papeles tuvo para recortar porque un soldado que la había visto una mañana en los baños, antes del encierro, y le había gustado la mozueta, soltaba veletas, y aprovechaba los vientos, y cuando la veleta estaba a pique sobre la torre, disparaba su carabina contra la caña de amarre, y la veleta, como paloma cortada en dos en su vuelo, caía en la terraza almenada. El soldado se licenció, y la infanta tuvo que contentarse con recortar, haciéndolos cada vez más pequeños, los propios corazones azules, verdes, rojos, amarillos... Egisto explicaba el encierro de Ifigenia con un sueño que había tenido, que aparecía Electra con unas uñas enormes y desgarraba el rostro de su hermana, y se llevaba su mano derecha para llamar de una puerta, decía Electra huyendo. Y Egisto aseguraba que salvaba a Ifigenia de las iras de la terrible Electra. Con el paso de los años, Ifigenia se iba haciendo luminosa, y bajo la transparente y blanquísima piel se adivinaban los delicados huesos. El pelo, bajo el peine, sonaba musical, como dicen que suele hacerlo el de las sirenas. Una tarde de invierno, cuando estaban en la cocina calentando agua para la colada, le dio un ataque a la nodriza, tal que cayó con la boca abierta. Ifigenia tocó la campana de alarma, y vino Egisto con dos criados, que por entonces todavía tenía servicio, y disponiendo el entierro de la nodriza, le rogó a Ifigenia, la cual se había escondido en un armario, que se mostrase, que quería rogarle que se decidiese a pasar una semana de descanso en la cama de su madre, y que él dormiría en el trono, mientras no le buscaban un ama de llaves. Ifigenia dijo que no salía, que no quería que la vieses sin lutos, y que no precisaba de compañía. Egisto y Clitemnestra, como del esfuerzo que hizo el esclavo que manejaba el ascensor al bajar el ataúd con la nodriza dentro se le estranguló una hernia y murió, no podían, que no hallaban sustituto, pasar a consolar a Ifigenia, y poco a poco se

fueron olvidando de ella, y debía encontrarse bien, se decían si la nombraban, que no tocaba la campana. Ifigenia quedó sola en la torre —el gato escapó al cementerio y se echó a morir encima de la sepultura de la nodriza—, figura primaveral, alas doradas por sombra, rosa que no sabía marchitarse. No comía ni bebía. Paseaba por las salas polvorientas y oscuras. Se había acabado el gas para los quinqués y se habían consumido todas las velas. Ifigenia se sentaba en la cocina, junto al hogar, pero ya no había nada con que hacer fuego. Orestes no venía y ella no envejecía. Se consolaba con la amistad que creía que le tenían los espejos, pero los espejos de la sala, grandes ojos redondos en las paredes, la devoraban. Filón el Mozo le explicó a Eumón el tracio que Ifigenia solamente se alimentaba de aire y de sueño, y que los espejos, viéndose perecer en la penumbra de la sala, vampiros al fin, acordaron devorar a la infanta, que ya no era más que una sonrisa como un rayo de luz. Pero no podían devorarla mientras Orestes viviese, porque Ifigenia tenía que estar encendiendo las luces en la escena de la venganza, ella, la más bella de las luces. Pero aprovechándose los espejos de un rumor que corrió del naufragio de la nave en que viajaba Orestes, y por ende de la muerte de este, se hicieron con el cuerpo de la niña un velo que sólo ondeaba de aquí para allá, y sorbieron aquella que iba a ser para ellos una suave claridad matinal, y la resurrección. Pero la torre se llenó de ratas, y eso fue todo, ratas, ratas, ratas, lo que los espejos contemplaron hasta que las telas de arañas los cubrieron, y su azogue se pudrió, como si después de muerta Ifigenia, se hubiese convertido en carne humana. (Hay otras opiniones: que la raptó el soldado de las veletas; que aprovechó para huir el ataúd que debía llevar el cuerpo de la nodriza solamente, y llevó el suyo también; que la mandó matar con veneno en malvasía de Chipre su hermana Electra, y que aquella pupila griega, que no daba la edad, se llamaba Amarilis y murió de un vómito después de pasar la noche con un boyero en casa de la Malena, era ella, saliendo en busca de Orestes, y necesitada de dinero para el pasaje. Pero el autor está por la versión de los espejos, y gusta de imaginarse a aquella dulzura casi infantil caminando sin tocar el suelo, mientras las ratas se esconden, y los enormes, sucios, leprosos espejos se conciertan en la sombra).

LA NODRIZA DE CLITEMNESTRA se llamaba Oretana, y decía que era de una familia de tejedores hespéridos, habiendo huido de su país por vergüenza, que bailando por broma en plenilunio, en compañía de otras mozas —y allá se llevan los pechos sin ceñidor, y la falda corta abre por el lado derecho hasta la cadera—; digo que bailando con un muñeco de mimbre cada una, al que habían puesto sombrero y calzas, sin saber cómo, ella de aquel baile salió preñada. Le echaron sus íntimas la culpa a las bragas, que eran de un cartero que pasaba por mujeriego. Salió Oretana, repito, del país, y fue a parir a un bosque cerca de Sicilia, y lo que dio a luz fue una especie de cestillo redondo, con asa rizada. No sabiendo qué hacer con él, lo dejó en una iglesia de bernardinas, colgado junto a la pila del agua bendita, porque ella no se había atrevido a bautizar a aquel extraño fruto de su vientre, y pensó que la gente que entraba en el templo, al santiguarse salpicaría al engendro, y aunque de tan oculto e imperfecto modo, pasaba el niño, por llamarlo así, a cristiano. Se llenó Oretana de leche, y estaba en la plaza de Tarento esperando clientes, que era un año de sequía y las vacas no daban, cuando apareció un pregonero con trompeta, solicitando ama de cría para una infanta de Grecia. Oretana se ofreció, y el pregonero venía acompañado de un criador persa de gatos sordos, gran catador de leche por exigencia de su oficio, el cual halló perfecta la de la hespérida, con el tanto de grasa pedido. Y así fue como Oretana pasó a ser nodriza de Clitemnestra. Cuando llegó la era de casar la niña, Oretana, que le había tomado amor a la infanta, dijo que prefería un elegante rico que entendiese de hebillas y pasease en carroza, y se disgustó cuando Clitemnestra fue dada a Agamenón, aunque era rey, porque lo tuvo por bárbaro, cazador que olía a perros, y siempre diciendo que atravesaba a dos escitas con su espada larga, que no había virgos y que el hombre no toleraba la charla de las mujeres. Oretana favoreció lo que pudo los amores de Egisto con la reina, y le echaba a este cantáridas en el desayuno, y cuando Agamenón halló la muerte a manos del usurpador, la nodriza se vengó del rey, llamándole cabrón desde lo más alto de las escaleras.

ADEMÁS de lo que se dice en la tercera parte de este libro de los viajes, amistades, dudas y secretos pensamientos de Orestes, conviene explicar el final de la gran aventura, según los testimonios más veraces. Orestes llegó a la ciudad donde había reinado y sido muerto su padre Agamenón, en lo más crudo del invierno, un día de aguanieve, y anocheciendo. Sabía que tenía que apartar la cabeza para no tropezar con el farol que colgaba en la bóveda de la puerta del Palomar, por si había espía esperando desconocido, que no lo tomase por tal. Detuvo su caballo, y contempló aquellos lugares, que siendo los de su niñez y sus juegos, no reconoció. La ciudad había perdido parte de sus murallas, y donde fue la puerta del Palomar, que daba entrada a la Plaza Real, había ahora una ancha alameda, a la que se descendía desde la plaza por seis anchos escalones. El palacio real había sido derruido, y solamente quedaba en pie la torre, que a propuesta de varios eruditos locales y del dramaturgo Filón el Mozo —que a los sesenta años cumplidos firmaba Filón II—, el Senado había acordado que se llamase Torre de Ifigenia. A la torre octogonal de oscuras piedras, torre sin puertas y con la hiedra trepando hasta las puntiagudas almenas, la rodeaba verde césped, y solamente un rosal, que daba en el verano hermosas rosas rojas, había sido plantado allí. En el momento de la llegada de Orestes, el viento se llevaba una, la última, que había esperado a los finales días otoñales para brotar. Habiéndose apeado Orestes del caballo, y llevándolo de la brida, caminó despacio a lo largo de la alameda, buscando entrar por detrás de la basílica a la calle de Postas, cuya tercera casa a mano derecha era la del augur Celedonio. Orestes la recordaba muy bien, porque había ido allí a buscar, de parte de su padre, los augurios que el rey había mandado sacar para saber si el príncipe Orestes, que cumplía siete años, podía comenzar los estudios de cetrería e ir a clase con un halcón encaperuzado en el guante. A Orestes no se le había olvidado el recibimiento que le había hecho Celedonio, vestido de blanco, con un paño negro por la cabeza, y mostrándole en una bandeja de plata las entrañas de una liebre cazada por el gerifalte del rey, y con un palito adornado con unos hilos amarillos, señalándole un punto extremo favorable, que indicaba que al príncipe se le daría muy bien la altanería. Orestes, de regreso a palacio con la bandeja en las manos, fue aplaudido por la gente que lo reconoció. Toda aquella noche había soñado con azores, que lo rodeaban obligándole a ponerse una caperuzas de cuero. No encontraba la casa del augur, ni tampoco la del diestro Quirino, que se anunciaba con una muestra de espadas de latón colgadas de una rama de fresno sin desbatar, y que el viento hacía entrechocar ruidosamente. Un cerero embufandado ponía las tablas de su escaparate, cerrando el negocio, y Orestes se le acercó, preguntándole si aquella era la calle de Postas, como él creía, y si no estaban por allí las casas del augur Celedonio y del diestro Quirino. Orestes se había quitado

la boina, saludando, y mostraba la espesa y brillante cabellera blanca. El cerero, que respondía al saludo quitándose un bonete de pana con orejeras, se hizo repetir la pregunta, y mirando con curiosidad la ropa anticuada del forastero y su larga espada, le contestó que Celedonio había emigrado hacía años para un país que no recordaba, y en el que todavía se usaban augurios, y que había regresado, enfermo y con una pelada que le había borrado la barba, ganándose después malamente la vida con adivinanzas y suertes sobre partos de vaca o pedrisco que echaba a los labriegos, y vendiendo letras secretas contra el malojo, y que un día apareció muerto. Y en lo que se refiere al diestro Quirino, ese había tenido que marcharse de la calle, porque la viuda de un senador, que todavía estaba muy lozana y daba muchas recomendaciones para los burócratas, entre los que tenía pretendientes, se quejaba del ruido de las espadas de latón de la muestra. Y Quirino la muestra no la quería bajar.

—Se mudó —dijo el cerero invitando a Orestes a entrar en la cerería, dejando el ruano arrendado en una argolla de hierro que había en la pared, junto a la puerta—. Se mudó a una casa en los arrabales, con todos sus maniqués y floretes, y el criado finés de masajes, y a poco de vivir allí, como la casa estaba junto a un molino de viento, y Quirino tenía siempre las ventanas abiertas por mor de la práctica continua de la respiración científica, pescó dos pulmonías seguidas, y se murió.

Orestes le agradeció al cerero, que dijo llamarse señor Aquilino, el convite para entrar en la tienda, que la noche era de las más frías, y habiendo cesado de llover y estando el cielo despejado, luciendo las estrellas, comenzaba a helar, y en la tienda, junto al mostrador, había un brasero, cuyo calor acariciaba la piel. La tienda era pequeña, y del techo colgaban los haces de velas, de diversos tamaños, rizosas o lisas, y de colores. La cera melera daba su aroma cálido. Desde una viga iluminaba la tienda una lámpara de tres brazos, con pequeñas y anchas velas rojas, de grueso pabilo. Orestes se sentó en la silla que le ofreció Aquilino, desabrochó la zamarra y descionó la espada, y mirando las manos que tendió sobre el brasero, las llevó después al rostro Aquilino, que se había sentado a su lado, y era un hombrecillo delgado y con bigote a lo káiser, algo cargado de hombros, le dijo al príncipe que acontecía salir uno de la ciudad natal, dejar familia y amigos, y tras viajar muchos años volver a la amada patria, y no encontrar a nadie conocido, ni serlo uno mismo de nadie.

—A veces ni aún de nombre. ¿Hace mucho que faltas? Orestes lo miró con aquella mirada suya tan fatigada.

—¡Cincuenta años!

—¡Saliste muy joven! —comentó el cerero—. ¡Hubo muchos cambios! Por tus maneras, me pareces de la aristocracia.

—Estaba emparentado con la gente real.

—¿Con Agamenón?

—¡Con Agamenón!

—Siento que no haya venido Orestes a vengarlo. Egisto mucho mandar a comprar velas para que no pasase sustos por los pasillos su amada Clitemnestra, pero de pagar, nada. Mi padre le fiaba, pero cuando yo heredé la tienda, le negué crédito. Yo le vendía a Filón el Mozo o el Segundo, dramaturgo de tabla de la ciudad, velas para sus lecturas nocturnas, de pabilo trenzado resinado, que dan luz seguida y blanca, y se las iba a llevar a su casa, porque me gustaba que leyese escenas de las obras que escribía, y a él le gustaba leérmelas, y me avisaba de que, cuando en la representación se llegase a tal frase, que yo podía silbar o aplaudir, y así pasaba por entendido en los puntos críticos de los asuntos dramáticos. Y lo que más me gustaba, es lo que tenía preparado de la vuelta de Orestes, saliendo por el camino de las viñas, entre las columnas del templo antiguo, precedido de un perro que se llamaba Pilades. Cuando Filón estaba en la cama, ya en las últimas, yo le fui a llevar una vela con capirote, para que la luz no le molestase en los ojos, y la cera aromada con agua de melón que quitase el olor de orines que hay en los cuartos de los enfermos, y el poeta me rogó que abriese un cajón y que cogiese de él una bola que guardaba allí, y donde figuraba la entrada de Orestes con la muerte de Egisto y Clitemnestra.

—¿Conservas la bola? —preguntó Orestes.

—¡Ahora la verás!

Y apartando una cortina verde que daba paso a una pequeña trastera, Aquilino sacó una caja, dentro de la que estaba, envuelta en un paño negro, la bola dicha, y era una bola de nieve muy preparada, y dentro de ella un Orestes vestido de rojo, con una espada larga, atravesaba al rey Egisto, que aparecía coronado y con una capa blanca. A sus pies estaba ya caída Clitemnestra, vestida de azul. Aquilino movió la bola, y comenzó a nevar sobre el parricida y sus víctimas. Caía lentamente la nieve, llenaba la corona de Egisto y cubría el pelo rubio de Orestes, poniéndoselo tan blanco como ahora lo tenía.

—¡Es una escena preciosa!

Orestes no lograba mover la mirada de aquella escena, que debía haber sido la gran hora de su vida, esperada por todas las gentes, por los propios dioses inmortales. Permanecieron largo rato en silencio él y Aquilino, y el cerero de vez en cuando volvía a hacer nevar en la bola.

—¿Qué habrá sido de Orestes? —preguntó el propio Orestes, con una voz fría y distante, por simple curiosidad.

—¿Quién puede responder a esa pregunta sino Orestes? —respondió Aquilino envolviendo la bola y guardándola en la caja.

Orestes se puso en pie, ciñó la espada y abrochó la zamarra. Preguntó a Aquilino dónde había una buena posada, y el cerero le indicó que entrando a la izquierda por la primera calle estaba el Mesón Nuevo, que era de un genovés, y tenía vinos muy decentes, y las camas eran limpias. Orestes se despidió de Aquilino, muy agradecido,

y prometió hacerle una visita al siguiente día, y contarle de su vida y nación. Montó a caballo y se dirigió hacia el Mesón Nuevo, pero al llegar a la primera travesía dio vuelta, alcanzó la alameda por detrás de la basílica y salió al campo. Se había levantado viento, las nubes cubrían el cielo y comenzaba a nevar. Caían copos finos como en la bola de nieve del cerero. Gruesas lágrimas rodaban por el rostro del príncipe. Nunca, nunca podría vivir en su ciudad natal. Para siempre era una sombra perdida por los caminos. Nevaba.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ABAD MITRADO DE SANTA CATALINA, EL: Teólogo muy famoso en la Iglesia griega, quien tuvo una discusión secreta con el ángel Sammael, que se hacía pasar por el padre de Caín, ayudado por una opinión de Rabbi Eliezer; Sammael pertenece al orden de los serafines, y es el más antiguo de los críticos de arte. El abad mitrado de Santa Catalina tenía una yegua a la que apreciaba mucho, pero se acatarraba con frecuencia, mandándola Su Señoría a cambiar de aires. Empreñó del caballo de madera que naufragó en una playa, y de ella descendía el caballo de don León, de colores insólitos.

ADANA, OBISPO DE: Encargó en Tracia un muleto que tuviese alas en los cascos, para hacerlo salir en un milagro que confundiese a los monotelitas.

ALCÁNTARA: Una de las mozas amantes del sastre Rodolfito, experto en variaciones amorosas. Citaba a la niña poniéndose en una solapa una aguja de la que colgaba un hilo encarnado. Para ir a ver a Alcántara se perfumaba con aroma de lima.

AMA MODESTA: Ama de llaves de la Serenísima Señora doña Inés, condesa del Vado de la Torre y País del Paso de Valverde. Mujer caritativa, dolida de los frustrados amores de su hermosa señora. Siempre tenía pan y vino a mano, para alivio de caminantes. No quiso casar con un cantor de iglesia armenia.

ANDIÓN: Vecino del Faro, subió a la columna del estilista Evencio para ver los tesoros ocultos y el oro perdido del país. Vio dos cuernos de oro en el desván abierto de su casa, donde secaba el pulpo, y eran los de un sátiro que le recorría la mujer.

ANDRÉS: Uno de los falsos Orestes que descubrió la policía política, y que llegaban a la ciudad supuestamente vengadores. El miedo real obligaba a darles muerte.

ARAGONA: Yegua que parió el muleto alado para el obispo de Adana, ciudad célebre porque de ella era el clérigo Teófilos, que vendió el alma al diablo.

CAPITÁN, EL: Ayudante del rey Segismundo, huido de la guerra de los Ducados. Sabía de memoria el Conversador Feliz de Amor. Equivocó a doña Inés, la cual creía que llegaban en la noche pájaros cantores, en los picos cintas con nombres escritos. Estaba casado, y la mujer le había dicho que no saliese a la guerra sin los formularios, que podía ganar algo escribiendo cartas de ausentes. Le salían muy

buenos asuntos de mujeres, a las que sobresaltaba con sus decires, que andaba siempre repitiendo párrafos del Conversador para que no se le olvidasen.

CELEDONIO: Augur titulado de la ciudad de Egisto y Clitemnestra. Vaticinó la venida de Orestes vengativo y la feliz juventud de Ifigenia mientras la venganza no se cumpliera. Hablaba con sus cuervos y leía al revés. Descendía de los augures más antiguos, y hacía adivinaciones para los labriegos, con alfitomancia y geomancia. Cuando murió, encontraron una bolsa verde debajo de su almohada, con un letrero que decía: «Ahorros para comprar el Tarot de Marsella».

CELIÓN: Posadero respetuoso que no le quiso cobrar el pan de la cena a Orestes cuando supo que habían asesinado a su padre y que su madre era la querida del asesino.

CIRILO TRACIO: Oficial de pompa del rey de Tracia Eumón, visitante de Egisto. Era de tierra de montes en su país lejano, y vio el centauro.

CORREO DEL PASO DE VALVERDE, EL: Con licencia del emperador llevaba cartas de Oriente a Occidente, y viceversa. Fiel e imaginativo como los grandes correos de la Historia.

CRITÓN: El niño tracio que fue tomado por centauro.

DIMAS: Capitán que fue de la caballería en los días de Agamenón, y retirado, paseando al sol con Eusebio, oficial titulado del Registro de Forasteros, deseaba la llegada relampagueante de Orestes y la saludaba con frases solemnes tomadas de la antigua retórica, aprendidas en la cátedra de arengas de la Escuela de Dama y Equitación. Ya llevaba unos meses enfermo en la cama, y durante largas horas quedaba privado de los sentidos, cuando estalló una gran tormenta. Despertó de su modorra y gritó que era la venida de Orestes. Mandó abrir la ventana y fue entonces cuando entró una chispa y lo fulminó en el lecho, que tenía la forma de una espuela, el colchón tendido entre las abrazaderas, y *monsieur* Dimas Estratega, con un juego de pedales, cuando estaba insomne, hacía girar una rueda de doce puntas a sus pies.

DOÑA INÉS: ¡Luz que el mismo sol la toma! Todas las cosas de este mundo se reducían para ella a señales de un amor que llegaba, o que andaba buscándola, devanando los ovillos de todos los caminos. Delicada flor, siempre con el rocío de la mañana como seña virginal, entregaba su corazón a todos los hombres que la miraban a los ojos. Enloqueció, se echó a los caminos, daba limosna a los perros, y finalmente la violó un herrador ambulante. La encontraron muerta, desnuda, bajo un almendro. Llegó el juez y gritó: «¡Vestidla!». Y en el acto el almendro dejó caer todas sus flores

sobre el cuerpo de doña Inés, y quedaron cubiertas las desnudeces. Pasa por santa en el país.

ELVIRA PACHECO, DOÑA: Salía en el falso Caballero de Olmedo matando a su amador don Alonso.

EOLO: Caballo de Agamenón, el primero de su familia que hubiese navegado. Según testimonió Eolo en sus memorias, y cuando fue interrogado en forma, Agamenón nunca tuvo duda alguna acerca de la fidelidad de Clitemnestra.

ERMINIA: Moza del país del Faro, portadora de la cena encargada por Eumón. Era morena, y el rey de los tracios salió a verla marchar, desde el salido del faro. Airosa, descalza de pie y pierna, sonrió a Eumón, el cual se dio convidado para una visita nocturna, pero este quiso conservar el asunto en forma de sueño, para llevarlo para las largas noches invernales de su reino.

ESCRIBANO, EL: El amante de Laura, la madre de Tadeo, quien la visitaba con el pretexto de una instancia solicitando una pensión como viuda de pedagogo, siquiera el difunto Petronio solamente lo fuese de gimnástica canina.

EUDOXIA: Cuñada de Jacinto, el oficial del inventario del rey Egisto. Se disfrazó de hombre, con bigote rubio pegado, para que el puesto se mantuviese en la familia El siríaco Ragel la tomó por Flegelón, hipotético criado de Orestes, que solamente se había localizado en la firma de partes secretos, pero descubierto que era mujer, Ragel la pretendió en matrimonio, después de examinadas las íntimas prendas.

EUMÓN: Rey de Tracia. Tenía la cualidad de que una pierna se le infantilizaba por semestres, y entonces, por no cojear en los desfiles, salía a ver mundo, cubriendo el defecto con un juego de estuches de maderas livianas. Entendía mucho de ganado mular y de mujeres, y convidador.

EUSEBIO, EL SEÑOR: Oficial titulado del Registro Oficial de Forasteros. Examinaba y le sellaba la mano a todo extranjero que llegaba a la ciudad de Egisto. Pasaba la vida buscando a Orestes, y era el responsable de advertir su llegada al rey. Siempre estaba quejándose del frío, como todos los que practican el arte de la caligrafía, que exige muchas horas de asiento. Citaba en latín, leía con lupa de mango de oro, y se le atribuían amores con señoras exóticas.

EUSTAQUIO, EL SEÑOR: Tío del señor Eusebio, y quien lo introdujo en la corte real. El señor Eustaquio, maestro de Postas de Egisto, dejó memoria porque las leguas que iban desde las colinas a la ciudad, a través del valle y de la ribera, las dejó

señaladas con nombres de héroes y de animales, que se hicieron populares. Era pequeño y aristocrático.

EVENCIO, SAN: Santo estilita que vivió en la orilla egea del Imperio. Le daban de comer con largas pértigas, en cuyas puntas colocaban pan e higos. Solamente bebía agua de lluvia. Leía en voz alta la Vida de San Josafat, y aunque hubiese ciclón que se llevase los tejados de las casas y derribase árboles, él permanecía tan tranquilo en lo alto de su columna. Hacía sus necesidades en conchas marinas, que una gaviota doméstica que tenía le portaba en el pico, y después iba a tirar al mar. El día en que murió, que fue por el otoño, y le habían traído los vecinos una prueba del mosto, la columna se inclinó y lo depositó suavemente en tierra. Tenía dispuesto que lo enterrasen de pie, lo que así hicieron. En las listas iluminadas de santos griegos, como eran tantos en la letra E, no pudieron ponerlo en columna, y aparece sentado en un capitel corintio, lo que no le quita mérito, que todo el mundo sabe que fue estilita.

FILIPO: Barquero en el vado del río, en la frontera del reino de Egisto. Tenía su casa junto a un sauce llorón. Viendo pasar las aguas, se aficionó a la filosofía. Hablaba varias lenguas y gustaba del trato con desconocidos, a los que interrogaba, amable y curioso, cuando los pasaba en el río con su barca.

FILÓN EL MOZO: Dramaturgo de la ciudad. Tomaba apuntes para escribir la tragedia de la muerte de Egisto y Clitemnestra por el vengador Orestes, pero como este no llegaba, no daba por terminada la pieza. Escribió la pieza de los amores de doña Inés, y le dio una copia al tracio Eumón.

FILÓN EL VIEJO: Dramaturgo de la ciudad. Entre otras piezas, escribió un Caballero de Olmedo en el que el matador de la gala de Medina no era el Ruiz del pleito de los caballos, huido vestido de fraile, sino la despechada doña Elvira Pacheco, vestida de hombre.

FINÉS, EL CRIADO: Mozo nórdico de duchas y masajes del diestro Quirino. Soplaba con cañas el agua caliente en los riñones de los tiradores, terminados los ensayos. Se sangraba por los pulgares de los pies en los plenilunios en memoria de los dioses y de los héroes de que cuentan las runas del Kaléuala, y para él los inmortales griegos no eran nadie, y solamente el señor Edipo le ponía respeto.

FLEGELÓN: Criado hipotético de Orestes, cuyo sexo se ignora, lo que pueda explicar el error de Ragel al tomar a Eudoxia, la mujer disfrazada de oficial del Inventario, por el criado del príncipe. Pagaba por Orestes en las posadas, en el alquiler de naves o compra de caballos, que el vengador no quería tocar moneda con efigie de rey helénico, que decía que todos eran ilegítimos y cabrones.

Verdaderamente, Flegelón nunca fue visto por un testigo irreprochable. Los partidarios de su sexo masculino corrieron que habiendo entrado ocultamente en la ciudad, para un ensayo de la entrada de Orestes, le había hecho un hijo a una moza de panadería. El hijo resultó ser de un policia veneciano a sueldo de Egisto, que se había disfrazado, la mitad del cuerpo simulando ser la esquina de una calle con balcón, con un letrero azul que decía: «Rúa de Flegelón», y la otra mitad del disfraz una sombra que daba en la esquina. La moza de panadería salió a tomar el fresco, y se apoyó allí para ver la luna.

FLORINDA LUSITANA: Pupila en casa de la Malena. Hablaba por la ese y se alababa de sus lunares. Era romántica, y ensayaba las tristezas en el espejo. Cuando se acostaba con un cliente metía algodones en las orejas, porque así no escuchaba al ocupante, y podía oírse a sí misma las dulces palabras que recordaba de un amante, fidalgo y con guitarra, que tuvo en su país, y que se repetía imitando su voz en la memoria de su corazón. Y el de turno, tan contento, que creía que lo alegraban a él en portugués.

HELIÓN: Tuerto, oficial de antejo en las atalayas del rey Egisto. Por propios méritos había llegado a sargento de física óptica, y daba los planetas a los augures y a las naves. Estaba tan metido en el estudio de su ciencia, que un hijo que tuvo le salió ciego, y sus ojos solamente dos habas blancas. Fue diagnosticado por la Escuela de Salerno que toda la parte ocular de la semilla humana la gastaba Helión en su aplicación al catalejo, y así no dejó nada en ella de que se hiciesen los ojos del hijo.

JACINTO: Oficial del Inventario, autor de un comentario al arte del ábaco. Enfermo, su uniforme lo usaba su cuñada Eudoxia.

JINETE DE LAS DOS ESPADAS, EL: Se le vigiló por si era Orestes que llegaba de ocultis. Cuando quería, solamente se veía de él su sombra, pero si tenía que orinar volvía a aparecer su cuerpo. Se sospechaba por los servicios secretos que intentó entrar en la torre en la que vivía, asombrada de su perenne mocedad, la niña Ifigenia.

JUSTINIANO. Marsellés, acordeonista en casa de la Malena.

LAURA. Viuda de Petronio, pedagogo canino, y madre del mendigo Tadeo. Después de haber confundido a un escribano con el mar, huyó. El hijo pidió para ella a los dioses un feliz regreso en ligera nave al país natal, donde da dátiles la palmera.

LEGO ACÓLITO, EL: El lego irlandés, acólito de san Tigearnail, que disfrazado de heredero de la corona de los hiperbóreos salió al mar cuando el santo misionero quiso cazar con red y cuervos gaélicos el canto de las sirenas. Excitado por la

presencia de las hermosas en las olas, reventó por las partes. Dejaba en Irlanda un tío por parte de madre, al que fueron entregadas las ropas del lego, y el tío vistió un maniquí con ellas e hizo una ermita, y puso al lego acólito por mártir, y por patrón de los que guardan castidad. Ganaba para comer, lo que no era poco en Irlanda antes de que sir Walter Raleigh trajese la patata.

LEÓN, DON: El desconocido del jubón azul, de visita en la ciudad de Egisto. Algunos lo tomaron por Orestes. Después de foliado en el Registro de Forasteros, tuvo una conversación privada con el señor Eusebio, oficial titulado del mismo, al que confesó que era un caballero bizantino, que viajaba a causa de un desengaño amoroso, y que había visto una vez a Orestes, en su caballo negro, galopando por un camino entre olivares. Se dirigía hacia una casa blanca, en la ladera de una colina roja. El que decía llamarse don León confesó que se había descubierto a su paso, quitándose el sombrero bordado, y que había reconocido a Orestes por la armadura negra y las cuatro plumas del yelmo.

LINO: Tiple vaticano, propietario de la casa de la Malena. Unos piratas lo habían tomado por señora.

LIRIA: La otra moza amante del sastre Rodolfito. Cuando el sastre tenía hilo verde en la solapa, Liria tenía que salirle a la cita por detrás del palacio real. Para ir a ver a Liria, Rodolfito se perfumaba con orégano macho.

LUCERNA: Ciudad que nunca ha podido ser bien situada en las cartas, y mientras unos aseguran que es puerto de mar, otros hablan de una polis helvética, perdida entre montes, junto a un lago. En Galicia, que es en el extremo finisterráqueo, se asegura que está bajo las aguas, con sus torres y sus campanas, que alguna vez se oyen. Esté donde esté Lucerna, hay en ella mucho señorío, batihojas y orfebres, y una feria de capas con fijador metálico.

MALENA: Dueña que fue de la casa de su nombre, en la que fue sucedida por su heredero, el tiple vaticano Lino. Se conservaba el nombre. Estaba a la salida de la ciudad, junto al molino de viento, y tenía un patio abierto con una higuera y un pozo. La Malena decía que venía de la aristocracia gálica, como doña Inés, y que la había echado a perder un cazador de becadas, citándola en su cámara para que le sacase una espina que se le había clavado en un tobillo.

MENDIGO, EL: Del que se enamoró, creyéndolo asesino pasional, doña Inés en el jardín de su torre.

MICAELA: La jorobadita de la marina, que creyó estar preñada de Orestes,

porque este la había tocado con su bengala de plata en un hombro.

MONSTRUO DE LAS DOS CABEZAS, EL: Las cabezas, una era masculina y la otra femenina. Por incompatibilidad de caracteres hubo que separarlas, y la femenina dejó el cuerpo, que era masculino, y la pusieron de cabeza parlante, manteniéndole el calor vital con vejigas llenas de agua caliente. La última noticia de ella la tuvo Filipo, el barquero, y se la dio uno que la había visto en Buenos Aires.

MOZO DEL LAÚD: Era hiperbóreo, y viajó al sur por escuchar sirenas, mudas del norte marino por la astucia del misionero irlandés san Tigearnail. Acompañó a Egisto y a Eumón, y en la ciudad del primero dio un concierto a doña Clitemnestra, todo de nocturnos. La reina se descalzó, metió sus pies en una palangana llena de agua tibia, y dijo que la música y los pies calientes le recordaban la juventud. El mozo del laúd se fue con Eumón el Tracio, y no se tienen noticias de que haya logrado escuchar la sirenita.

MUERTO, EL: El sastre Rodolfito, cuyo ataúd acompañaban la viuda y las mozas Alcántara y Liria.

MÚSICO, EL: Huía de la guerra de los Ducados y de los populares que querían que les tocara al piano bailes agarrados. Las hoces de los revoltosos rozaron sus manos, y tuvo miedo de que se las cortasen. En la torre de doña Inés temió que esta, quien se arrancó súbitamente de amor y le quería regalar un piano, se las cortase con jazmines. El músico no se dio cuenta de que los jazmines no cortan, ni siquiera arañan.

PEPE: El foxterrier que Petronio, padre de Tadeo, enseñó a volar.

PETRONIO: Pedagogo de caninos. Enseñó la gimnasia sueca a los perros de la ciudad de Egisto, por método propio.

PILOTO, EL: Dio posada a Orestes en su viaje de regreso. Tenía ordenada su posada como una nave, y dio consejos al príncipe acerca de la inutilidad de la venganza.

POLACA, LA: Pupila en la casa de la Malena Cuando había algún tumulto, o una riña por pronto pago, se desmayaba levantando las faldas y abriendo las piernas, susto que le quedara de cuando en su país se anunciaba que llegaban los caballeros teutónicos a convertir paganos. La verdad es que llegaban violadores.

QUIRINO: Diestro, con sala de armas en la ciudad. Tiraba por geometría y discutía la trisección del ángulo. En su juventud tenía extraordinario giro de cintura,

que lo lograba de ciento ochenta grados, y quedaba con el pecho donde debía tener la espalda. Con los años fue perdiendo elasticidad, y a poco estuvo, la última vez que giró, en quedarse cambiado, la nuca, como él explicaba, en la vertical del ombligo. Fue contratado para modelo de san Miguel Arcángel en un icono, pero cuando llegó el pintor dijo que no le gustaba el perfil de su nariz vinosa y redonda sobre el ala dorada del ángel.

RAGEL SIRÍACO: Tratante en granos y oficial secreto a sueldo de Egisto, sin que este lo supiese. Casó con Eudoxia, el falso oficial de Inventario, y compadecido de la miseria real aseguró un envío de harina para las papillas de Egisto y Clitemnestra, lo que no quitaba que cada año enviase una reclamación de salarios.

REY, EL: Llamado Segismundo, rey ciego del Ducado de la Ribera. Tenía un juego de ojos de cristal de verano y otro de otoño, y cuando estalló la guerra estaba ahorrando para tener un juego de ojos de invierno. Conservaba el ceremonial antiguo.

SIR ANDREA, ESCOCÉS: Viajó a Tracia por estudiar el centauro y escribir una tesis doctoral sobre si el centauro tiene el ombligo en la parte humana o en la hípica. Tuvo que limitarse al estudio de un esqueleto, que nunca vio al cabalgador de sonora voz.

SOLOTETES: Enano lector. Cuando murió, lo metieron desnudito en una media calada de doña Clitemnestra y lo enterraron en la maceta de un naranjo de terraza. Sabía imitar la gallina-búho y la variedad de las voces humanas. También imitaba con soplos y resoplidos los animales mudos, que los hay, como el perro aborigen americano. Ocultándose, Solotetes solía acudir en las tardes de verano a casa de Filón el Mozo, el dramaturgo, a declamar actos de sus tragedias.

SORDOMUDO DEMÓCRATA, EL: Criado de regar rosales de Egisto. Este estuvo a punto de usarlo para probar la fragilidad supuesta de doña Clitemnestra.

SU BEATITUD DE OLIMPIOS: Patriarca de rito iconoclasta, monotelita, experto en mulas. Siempre encargaba a los reyes tracios mulas de cola cana, en memoria de una que había tenido en su mocedad. Hombre soberbio, solamente hablaba por señas a los inferiores.

TADEO: Mendigo de la ciudad, dueño de un mirlo amaestrado. Amistó con el desconocido del jubón azul, llamado don León, y creyó estar sirviendo al propio Orestes. Cuando don León se despidió y Tadeo supo que no era Orestes, dijo que nunca más serviría a nadie, ni haría ningún recado. Se dio a la bebida y a la gimnasia, y un día de viento sur creyó volar, y fue que se moría.

TEODORA: Pupila que fue de la Malena. Retirada y viuda, puso una frutería. Se había acostado con el llamado Rubito, uno de los falsos Orestes.

TIGEARMAIL, SAN: Misionero irlandés que evangelizó entre hiperbóreos. Astuto, dejó mudas a las sirenas nórdicas. De regreso a su país natal, fundó un monasterio y convenció a los lobos de las cercanías que se retirasen a las vecindades de otros monasterios más ricos en rebaños, advirtiéndoles, por otra parte, que sus ovejas no eran comestibles, lo que les probó echándoles dos que solamente eran piel y resorte mecánico. Vivió san Tigearmail ciento siete años, y a los ochenta cumplidos le salieron dientes de leche y unos pelos rubios en el entrecejo.

VADO DEL PASO DE VALVERDE: Pequeño reino entre los Ducados y el Imperio, condado de la hermosa señora doña Inés. Es un país de tierras cereales, viñedos en las colinas y bosquecillos de abedules y choperas. Lo ciñe un río de andar sosegado.

VIUDA, LA: La viuda dolorida del sastre Rodolfito, amante de Alcántara y de Liria, y de quien, en uno de sus mayores sobresaltos imaginativos, se enamoró doña Inés. No sabía el planto de los sastres, y por eso lloraba al marido como labriego.



ÁLVARO CUNQUEIRO MORA. (Mondoñedo, Galicia, 22 de diciembre de 1911-Vigo, 28 de febrero de 1981). Escritor y cronista, gran conocedor de la gastronomía española.

Estudia Filosofía y Letras en la Universidad de Santiago de Compostela entre 1927 y 1934. En 1929 colabora en varias revistas, como *Vallibria* y *Galiza*. Publica su primer libro de poemas, *Mar ao Norde*, en 1932, seguido por *Poemas do sí e non* en 1933. Compagina esta actividad con sus colaboraciones (poemas y artículos) en otras revistas y diarios como *Céltiga*, *Descobrimento*, y *El Compostelano*.

Durante la Guerra Civil, y vinculado al nacionalismo conservador del Partido Galeguista, se refugia en Ortigueira, donde trabaja como profesor en el colegio Santa Marta y colabora asiduamente en el semanario de la institución. En 1938 se da de alta en el Registro General de Periodistas y comienza a ser conocido por su trabajo en castellano en las publicaciones *Pueblo gallego* de Vigo, *La voz de España* de San Sebastián, y el *ABC* de Madrid.

Esta actividad como periodista no supone un abandono de la poesía, ya que publica *Elegías y canciones* en 1940 y también sus conocidas obras de teatro *Rogelia en Finisterre* (1941), *El caballero, la muerte y el diablo y otras dos o tres historias* (1945), *La balada de las damas del tiempo pasado* (1945), y *San Gonzalo* (1945).

Desde Madrid colabora esporádicamente en revistas literarias como *Finisterre* y *Posío* y finalmente decide volver en 1946 a Galicia, donde continúa su labor

intelectual y su colaboración con los principales periódicos gallegos.

En 1964 ingresa en la Real Academia Gallega con su discurso «Tesouros novos e vellos», una pieza clásica de la literatura gallega contemporánea.

Como escritor gana numerosos premios, entre los que destacan el Premio Nacional de la Crítica y el Premio Nadal, y como periodista, el afamado Premio Conde de Godó.

El día 17 de mayo de 1991 tiene lugar la celebración en su honor de las Letras Galegas. En la actualidad varios premios llevan su nombre, como el Premio Nacional de Periodismo Gastronómico y el Premio Álvaro Cunqueiro para Textos Teatrais.